







# LA CIUDAD de la LUNA

MURRAY LEINSTER



NOVELA DE CIENCIA-FICCION



# LA CIUDAD DE LA LUNA

## Murray Leinster

*Titulo de la obra en inglés: CITY ON THE MOON*
*Traducción de: F. Sesén*
*Primera edición: Julio 1962*
*N. de Registro 5444-41 Depósito Legal B -17780-62*

CENIT SELECCIONES CIENCIA-FICCIÓN

# I

## LA TRAMPA

Habían claqueteos y ruidos del motor en el interior del cuerpo herméti del jeep lunar, pero eran aquellos los únicos sonidos que podían oírse. L enormes ruedas metálicas rodaban sobre la roca y dentro del vehículo clamor era audible, mientras que fuera reinaba un absoluto silencio. enorme jeep, con su carga oscilante, se movía sin ruidos, como un fantasm en la que concernía al panorama. Y es que no podía oírse nada fuera del tub cerrado que constituía la cabina del jeep. Estaban en la Luna, un mundo s atmósfera.

El vehículo marchaba por entre las montañas, arrastrándose sobre s ruedas de siete metros de diámetro y recorriendo un terreno fantástico. Era noche y la Tierra llena vertía su luz enmarcada en un lecho de estrellas de brillo sin parpadeos. El claro de Tierra caía arrojando sombras y haciend relucir al jeep lunar mientras débilmente avanzaba entre pináculos y fosas una pesadilla violenta convertida en realidad. La superficie lunar parecía escenario de un antiguo bombardeo efectuado con meteoros y con montañ arrojadas desde el cielo para desgarrar el rostro de aquel mundo ya muerto. paisaje lunar era una pura confusión; era el caos; era el paroxismo de desolación.

Pero en la cabina del jeep había cierta confortable comodidad en sonido imperturbable de los motores. Los chasquidos y claqueteos transmitían a lo largo de los ejes de las ruedas para proporcionar una cier sensación de tranquilidad. Naturalmente, no se pensaba en nada anorma Excepto en una cosa: el peso era una sexta parte de lo que habría sido en superficie terrestre. Joe Kenmore, conduciendo el jeep, habría pesado só trece kilos y medio utilizando una balanza de resortes, en vez de sus setenta dos kilos y pico.

—Es extraño que uno aquí se sienta en paz —dijo por encima de hombro—, más seguro incluso que en la ciudad. ¡Esto está tan tranquilo! gente debería dejar de cuando en cuando los lugares demasiado atestados.

Aquello último era una ironía. La Ciudad Civil estaba compuesta por tr cúpulas polvorientas sitas a unos veinticinco tortuosos kilómetros de allí. polvo lunar, apilado desaliñadamente sobre las semiesferas infladas, manten fijas a aquellas gigantescas burbujas gracias a su propio peso. El mismo polv aislaba las cúpulas del increíble frío de la noche lunar, que duraba d semanas, al mismo tiempo que las protegía del calor de horno producido p los siguientes quince días de sol calcinador, sin el atemperamiento de u atmósfera y de unas nubes.

Unos ciento cincuenta hombres vivían y trabajaban y holgazaneaban en Ciudad. Además, habían estaciones localizadoras en donde el radar señala la caída de los cohetes automáticos de transporte que llevaban a la ciud suministros de la Tierra. Luego estaban las bases de proyectiles dirigidos, q fueron las primeras huellas de la Humanidad sobre cualquier cuerpo celest no fabricado por el hombre. Sus posiciones constituían alto secreto. Y más a del lado lejano de la Luna, remoto en el vacío, se alzaba el Laborato Espacial. Aquello era la razón de la existencia de la Ciudad Civil, del je lunar, de la presencia de Kenmore y Moreau en él y de los acontecimien frenéticos que ocurrían tanto en la Ciudad como en su exterior.

—Pero *yo* no me siento seguro —exclamó Moreau bruscamente—. Ten una sensación de otra clase y no me gusta. No hay motivo que la respal pero me paso el tiempo pensando en mis pecados. ¡Esa es mala señal!

Kenmore frunció el ceño. Algunas veces Moreau tenía razón. Él era miembro del grupo francés de la Ciudad —que tenía que ser internacio para poder existir—. Las bases de proyectiles dirigidos americanas en la Lu eran fuentes de histérica desconfianza en las naciones no americanas. Es bases podían lanzar y nadie podría albergar la más leve esperanza de poder interceptar. Las bases americanas mantenían la paz en la Tierra, pe difícilmente podían hacer nacer la buena voluntad entre loa nombres. L acontecimientos ocurridos en la Ciudad Civil demostraban que internacionalización del Laboratorio Espacial no había acabado con la tensió

—Estoy pensando —dijo Moreau con hosquedad— que han habido cuat jeeps en misiones como la nuestra...—, los cuales jamás regresaron a Ciudad. Uno de ellos con toda certeza fue saboteado por alguno de nuest amigos de la Ciudad. La avería del segundo fue por lo menos sospechosa. Y huellas de otros dos conducían a precipicios rocosos... caso harto improbab porque esas rutas habían sido estabilizadas con explosivos. No creo q ninguna de esas cosas fueran accidentes y por eso me siento intranquilo. Pe la verdad sea dicha, no sé por qué *lo* estoy ahora mismo.

Joe Kenmore gruñó y continuó conduciendo. La maniobra de un je lunar requiere realmente cuatro o cinco manos, una percepción extrasensori el don de profetizar y una visión tridireccional del conductor. Los jee

lunares eran vehículos extremadamente exóticos, derivados de los camion
terrestres utilizados para trabajar en una frigidez sin atmósfera. Cada una
sus cuatro ruedas giraba al extremo de un pedúnculo; cada pedúnculo pod
ser gobernado individualmente y también de un modo independiente s
elevado para sobrepasar por cualquier obstáculo. La cabina se alzaba a un
diez metros de la superficie; contenía un compartimiento aislado para carga
una serie de diversos aparatos. Reptando casi insensiblemente por encima
masas de roca, entre cráteres y restos de cráteres y entre cráteres interiores
otros cráteres lunares, aquel jeep parecía más un insecto plateado con rueda
Su carga actual era un cohete de mercancías sin tripulación venido de
Tierra, que había caído más allá de las montañas y que era transportado a
Ciudad Civil colgado debajo de la cabina, entre ruedas.

—Debemos sentirnos bien —dijo Kenmore—. Estamos retrocediendo p
el mismo camino por el que vinimos.

La curiosa huella de las ruedas del vehículo que quedaba en el polvo e
muy clara y visible al resplandor de los focos. Había, naturalmente, pol
lunar por doquier. Las violentas alternativas de alta temperatura y
temperatura bajísima, entre el día y la noche, habían fragmentado
superficie de las rocas en todas partes y luego habían desmenuzado l
fragmentos hasta formar con ellos una capa gruesa y profunda de polvo ta
fino como el talco. Debajo de algunas laderas habían, incluso, lagos
polvo... y un lago de esa índole era una trampa para los hombres y s
máquinas. Un jeep se hundiría allí como si hubiese caído en las aren
movedizas, sin esperanza alguna de poder salir. Además, lo curioso era que l
surcos dejados por cualquier vehículo durarían siempre por la falta de vien
que borrara la impresión más débil.

El jeep lunar siguió adelante, pasando bajo el monstruo desgarrado de u
monolito y rodeando una fosa que se hundía indefinidamente. La senda hac
fuera era perfectamente llana, Había sido escogida a base de fotografí
tomadas desde el espacio y, puesto que el jeep ya la había recorrido s
contratiempos una vez, parecía ser segura al emplearla para el regreso.

—Tengo cariño a todos los de la Ciudad —añadió Moreau pensativo—
Pero sigo temiendo que alguien pretenda matarme por cuestiones polític
¿No te pasa lo mismo a ti?

Kenmore volvió a gruñir. En el camino del jeep había una masa de ro
en forma de aguja, caída hacia adelante en toda su extensión como que
hace un millón de años, pero intacta. Maniobró el vehículo con cuidado pa
subir por encima del gigantesco caído. Tenía que levantar una rueda cada v
y posarla con delicadeza al otro lado.

El jeep se detuvo delante de la barrera formando con ella un ángulo
aproximadamente cuarenta y cinco grados. Directamente más allá d
obstáculo se alzaba una monstruosa pared de piedra de lo menos ochocient
metros de altura y que relucía bajo la luz terrestre. Parcialmente relucí
habían sombras de un negror absoluto en donde las porciones salientes q

impedían que llegara la luz. El antiguo camino del jeep se acercaba acantilado y giraba a la derecha, corriendo paralelo al farallón. Kenmore, c el ceño fruncido por la concentración, comenzó a levantar la pata derecha d jeep. Una vez alzada, el vehículo avanzaría un poco, volvería a bajar la rue y luego repetiría la operación con la pata trasera izquierda. Lueg deslizándose, operaría del mismo modo con las ruedas de la parte izquierda así el jeep podría proseguir la marcha.

Entonces se produjo un intolerable fulgor blanquísimo de l resplandeciente... más brillante que la que provenía de la Tierra, más brillan que el planeta mismo y mucho más todavía que la de los focos del vehícul Durante un instante todo el panorama lunar, todos los desgarrados montícul parecieron caer con una increíble dureza y toda la zona de los alrededores d jeep quedó alumbrada como si estuviera a la luz del día. Luego cayó la noch otra vez.

No se produjo sonido .alguno, pero el jeep lunar se estremeció por impacto que sus ruedas le transmitieron. Kenmore llevó las palancas hacia sí las tres ruedas asentadas sólidamente giraron hacia atrás con toda su potenci El propio vehículo retrocedió; entonces la rueda en parte alzada tocó superficie y el jeep marchó hacia atrás. Casi al instante pivotó en redon utilizando algún desconocido eje bajo él y se alejó del caído monolito.

—Tenía razón —dijo Kenmore.

El jeep volvió a avanzar. Sus ruedas crujieron y saltaron en la alfombra piedra; los focos alumbraron el camino. Pero la sensación de marcha pare en sí un sueño. Con una gravedad de un sexto ningún objeto cae deprisa. L saltos hacia arriba eran bruscos, pero los alunizajes eran suaves; en la Luna objeto cae menos de un metro en su primer segundo de descenso libre. Aqu vuelo era como una pesadilla.

¿Qué...?

—¡Mira atrás! —exclamó Kenmore.

Moreau se acercó a una de las poternas, miró y se quedó sin aliento: precipicio de ochocientos metros de alto se derrumbaba ante sus ojos. Su ma enorme oscilaba, se inclinaba hacia adelante. Piedras y fragmentos de roca esparcían con rapidez por todas partes; masas pétreas gigantescas se agitab en movimiento, lo que era más horrible, porque aquí no debería haber movimiento... porque lo único que debía moverse eran los hombres o s máquinas.

Parecía que el acantilado no caía tanto hacia abajo como lo hacía hac adelante. Se cernía sobre él jeep volador y velaba las estrellas; luego se le v caer como si fuera la zarpa de alguna monstruosa criatura.

Pero todo había sido una tremenda deliberación, en todo excepto en l saltos del jeep; las masas de roca descendían con cierta lentitud. Los objet en la Luna caen, aproximadamente, ochenta centímetros en el primer segun de caída; apenas metro y medio en el segundo segundo y un poco más de tr metros en el tercero. Los fragmentos volantes del acantilado parecían c

flotar por encima del veloz vehículo; pero también descendían y su masa e
monstruosa. Kenmore sin saber cómo, logró utilizar una mano para pulsar
mecanismo que cerraba las poternas de vidrio anteponiendo desde el exteri
una especie de persianas de acero, eso les serviría en cierto modo
protección. Las persianas estaban diseñadas para proteger a los ocupantes d
calcinante calor diurno, pero también podían servir para impedir que l
fragmentos de roca destrozaran los vidrios de plástico.

Algo chocó contra una rueda; algo rozó con increíble fuerza la par
posterior extrema de la cabina. Piedras, rocas, peñascos, cayeron ante
vehículo y se posaron casi deliberadamente«n el suelo... y la violencia de
impacto quedó demostrada porque se fragmentaron en partículas nada m
alcanzar el suelo.

El jeep vadeó hacia un lado para esquivar ana masa tan grande como u
casa, que alunizó a treinta metros de distancia. Era demasiado grande pa
rebotar pero se quebró como el aire líquido lo hace al caer. La masa
desintegró e instantes después el jeep saltó locamente como si sus rued
pasaran por encima de irregulares fragmentos.

Luego la luz terrestre quedó bloqueada, Kenmore soltó un juramen
cuando algo más alto que el propio jeep voló por delante de la ventanilla d
conductor y giró hacia adelante, desprendiendo partículas de su mater
mientras rodaba. Pareció chocar y hacer carambola con las paredes rocosas
ambos lados. El clamor de las piedras cayendo sobre el cuerpo de acero d
jeep levantó un estrépito que nadie hubiera imaginado ser capaz de oír.

Kenmore frenó, con el rostro retorcido por la tensión; después siguió
cerca al monstruo. Y de repente el caer de fragmentos de roca disminuyó. Ca
acabó... luego se oyó un terrible «boca de algún proyectil invisible. Despué
hubo sólo el diluviar de partículas que oscilaban, en sus tamaños, desde l
del grosor de un puño no hasta las que semejaban granos de arena; lue
silencio. En la súbita quietud una rueda batió con violencia; el último impac
la había alcanzado. Kenmore se puso tenso, sin saber si aquel batir sonaba
algo malo e irreparable. En cualquier caso el arreglo de la avería e
imposible. No perdió el tiempo y detuvo el vehículo.

II

## ALUNIZAJE DE EMERGENCIA

Moreau se arrastró de donde había sido arrojado por la sacudida del je y miró hacia el apenas alumbrado tablero de instrumentos, en donde los oj de Kenmore, también, estaban fijos. En la trasera del jeep algo crujió; hubo u siseo mientras el aparato de aire trabajaba brevemente. Pero el indicador presión no se movió; el jeep no perdía su aire en el vacío exterior. aislamiento del ala plástica de vidrio entre los cascos interior y exterior hab sellado cualquier agujero o rajadura producido en la plancha del vehículo.

—La explosión fue demasiado pronto —dijo Joe Kenmore—. hubiésemos tenido una rueda a la otra parte de la peña ahora estaríam enterrados.

Moreau tragó saliva.

—Una rueda se ha doblado... —dijo con un hilo de voz—. ¿Crees q podremos volver a la Ciudad así? Es inútil creerlo o no —le respond Kenmore—. Seguiremos adelante hasta que este trasto se caiga a pedazos... es que ¡lo hace. Si la rueda se cae, qué le vamos a hacer...

Moreau volvió a tragar saliva.

—Ese fogonazo puede haber sido de un meteoro. Quizá un aerolito chocado contra la parte alta del acantilado...

—Sólo que no fue así —dijo Kenmore con rabia—. El hierro vaporiza no hubiese dado una luz puramente blanca. Eso fue pólvora de magnesio combustión dentro de oxígeno líquido; ¡nosotros podemos causar explosion así!

Había nombrado un explosivo que era el más seguro para utilizar en l cohetes —es completamente inocuo a menos que sus ingredientes se mezcl — y el explosivo cuyos constituyentes eran los suministros normales para Ciudad Civil. Oxígeno, claro ,era para respirar, pólvora de magnesio para q los vehículos jeep se extendiesen por encima de los kilómetros y kilómetros polvo lunar y marcasen su posición para que pudieran ser vistos desde

espacio.

Un cohete había sido salvado así, antes de que su tripulación estuvie muerta.

—Entonces, pues... —Moreau emitió una serie de monosílabos furiosos su propio idioma. Si alguien había hecho volar un acantilado para destru aquel jeep y asesinar a su tripulación, toda blasfemia parecía tener cier justificación.

—Eso significa que quisieron matarnos, si —dijo Kenmore—. Se interesante descubrir quién, además de nosotros, estaba por ahí en un jee Podría ser que esos fuesen nuestros posibles asesinos. Abrió un cajón y sa las espacio-fotografías en gran escala que eran a la vez mapas y resultado las exploraciones en su área general de la superficie lunar.

Después de un tiempo, Moreau habló lentamente:

—Claro que podrían ser esos enemigos de la Ciudad Civil que no viven la misma urbe.

Kenmore no contestó. Sujetó una foto al bastidor del mapa, en don podía verla con claridad, y comenzó a obligar al jeep a rebordear de mo que se pudiese salir de aquella incómoda situación. La piedra gigantes directamente delante de ellos estaba rodeada por escombros; peñascos todas las dimensiones posibles formaban un círculo a su alrededor. El je podía marchar, lanzándose violentamente, pasando por encima de las piedr pequeñas; podría dar la vuelta y esquivar soslayándolas las mayor dificultades. El resto tendría que ser franqueado de otro modo, que si pudie salir de aquella incómoda situación. La piedra gigantesca directamen delante de ellos estaba rodeada por escombros; peñascos de todas l dimensiones posibles formaban un círculo a su alrededor. El jeep pod marchar, lanzándose violentamente, pasando por encima de las piedr pequeñas; podría dar alguna vuelta y esquivar soslayándolas las mayor dificultades. El resto tendría que ser franqueado de otro modo, si es que e posible.

—Nuestros presuntos asesinos —dijo Moreau inquieto—, podrían s individuos de la Ciudad que desaprueban por completo el proyecto del q forman parte. O también podrían provenir de la Tierra, desembarcad secretamente y operando desde una base establecida en cualquier parte s que los radares los hubieran detectado. Pero hay un quien dice que l Estados Unidos no se encuentra a gusto teniendo gentes de otras naciones la Luna. Dicen que sus... ejem... militares pueden producir accident sabotajes, para desanimar a los que quieran venir, o estén aquí.

—¡Eso no lo creo! —saltó Kenmore. —No —admitió Moreau—. Y tampoco. Ni creo en una base secreta establecida por nuestros enemigos. Pe alguien dirá que los Estados Unidos trabajan a escondidas para sabotear proyecto al que han admitido a otros países. La afirmación es una locura, pe creíble.

Kenmore gruñó. Había crisis en la Tierra, que esperaban vencer con

proyecto de la Luna. Habían habido veintitantas civilizaciones conocidas en planeta, durante el pasado, recordó, y cada cual había llegado a un punto crisis en el que se colapso. Siria y Babilonia, Grecia y Roma se alzaron cayeron... Y eran al menos tan civilizadas como naciones. De acuerdo que civilización occidental estaba construida sobre la fuerza mecánica más q basándose en los músculos humanos; se había alzado más alto por tanto q ninguna de las demás. Con bastante fuerza, los hombres podían hacer de Tierra un jardín y colonizar las estrellas. *«El hombre no sólo puede hacer est* pensó Kenmore; *«él hombre tiene que hacerlo ,o su civilización se hundirá. ¡ cultura debe crecer o morir!»*

Pero aquí estaba la cuestión de la fuerza. Sus fundamentos. El petróleo el carbón tenían un límite; sólo la energía atómica prometía dejar que progreso continuara. Sólo la fuerza atómica envolvía radiactividad y radiactividad significaba peligro. Ya el ambiente de partículas atómicas de atmósfera había multiplicado ocho veces su influencia desde que estaban uso los relativamente triviales reactores nucleares. No importaba con cuán cuidado se pusieran blindajes o pantallas, ni tampoco importaban los penos gastos y dispositivos de protección atómica, una porción seguida e inmutab de veneno atómico se instalaba en el aire. Había un límite para la fuerza q podría ser producida, sin destruir toda la vida en la Tierra y ese límite esta a punto de ser alcanzado... Sin haber producido bastante energía para civilización humana pudiese continuar su progreso.

Aquella era la razón para el Laboratorio Espacial... intentar descubrir nuevo principio para producir energía atómica. Porque los hombr consideraban que aquello era lo más importante, la empresa más grandio jamás emprendida. Los mejores cerebros de la raza humana trabajab febrilmente entre explosivos atómicos más terribles que las bombas de fusió cada inspiración era peligrosa; cada latido podía ser el último. Investigaban medio de un peligro excesivo, insoportable en la Tierra, e incluso en la Lun era preciso hacerlo a aquella distancia en el espacio, haciendo que el satéli fuese un campo de investigaciones que protegiera al planeta contra lo q pudiera ocurrir en el laboratorio. La misma Ciudad Civil existía como u base de suministros para el laboratorio, como un lugar en donde los hombr del laboratorio podían, relajarse de vez en cuando.

*«Si el laboratorio tiene éxito»,* pensó Kenmore, *«la Tierra será un jardín y estrellas serán nuestras».* Era el sueño más espléndido que los hombres habí intentado realizar. *«Pero a causa de la naturaleza de la Humanidad, la esperan en sí misma tenía sus propios enemigos.»*

Estaban los sistemas sociales que sólo dan resultado cuando los hombr son ignorantes y medio muertos de hambre. Habían naciones en las que ta sistemas todavía prevalecían. Las castas gobernantes se verían desterradas llegaba la prosperidad hasta el pueblo; sus enseñanzas no podrían resistir luz del día; sus gobiernos quedarían destruidos por el progreso. Y para ta naciones, el propósito de la Ciudad y del Laboratorio Espacial, era un pelig

real y presente. Por eso habían espías y saboteadores que podían gan
recompensas fabulosas por cualquier acción que obstruyera o paralizase
proyecto lunar.

El jeep siguió tambaleándose alejándose del lugar en donde debía haber sido sepultado. La rueda podría o no aguantar. Sería absurdo pa Kenmore y Moreau intentar enfrentarse a aquellos que habían provocado explosión en un territorio tan accidentado como aquel. Los culpables serí difíciles de hallar; además, el jeep no estaba equipado para la lucha. Ningu de los jeeps lo estaba. Cosa extraña, no se permitía nada más en la Luna, fue de las bases militares ocultas. *«Así, en el más implacable de los conflictos»,* pen Kenmore, *«para enfrentarte con la situación más trascendental, era necesar hacerle cara con las manos desnudas».* Los jeeps no podían luchar excep atacándose uno a otro a topetazos y los hombres no podían ofrecer batall sino practicar solamente el asesinato.

* * *

Los acantilados se alzaban a ambos bandos. El vehículo cojo tambaleante llegó a una llanura abierta que era un cráter lunar… Su par más lejana quedaba invisible por debajo del horizonte próximo. Las huell del viaje de ida, para recoger un cohete de carga y llevarlo a la base, estab todavía claras a la luz terrestre. Kenmore descubrió un estrecho círculo dirección a los acantilados de los que había salido.

—Esperarán de nosotros que rodeemos ampliamente para esquivar ot emboscada —dijo con sequedad—, de este modo les engañaremos… E espero. Nos encaminaremos de regreso directamente, antes de que pued preparar otra avalancha. Desearía que pudiésemos usar la radio. Con u rueda averiada…

La rueda se batía y saltaba visiblemente, pero era imposible utilizar radio. La falta de atmósfera en la Luna significaba que no había ionosfera pa refractar las ondas de radio y dirigirlas de nuevo hacia el horizonte. La rad trabajaba, pero solamente en distancias en línea recta. Comunicarse con Tierra requería ondas ultracortas para penetrar la atmósfera terrestre y reflector de unos catorce metros para dirigirlas en un radio compacto al trav de loa trescientos mil y pico de kilómetros de vacío. La Ciudad Civil esta apenas a sesenta kilómetros de distancia, pero sin embargo fuera del radio acción de las comunicaciones por radio en la Luna.

No obstante, Kenmore dio el interruptor. Una voz delgada se oyó y tripulante del jeep se puso rígido. Entonces oyó las palabras:

—*«¡Llamando a la Ciudad Civil! ¡Llamando a la Ciudad Civil! ¡No tenem radio!¡Vamos responda, Ciudad Civil!»*

Moreau abrió la boca de asombro.

—Pensé —dijo Kenmore— que nuestros amigos de allá atrás podrí

hacer una llamada de auxilio, esperando que fuéramos lo bastante locos com
para responder. Entonces nos dirigirían un rayo direccional hacia nosotros
sospecho que cuando intentásemos ir hacia ellos...

El altavoz seguía emitiendo voces. Se oía decir:

*—¡Llamando a la Ciudad Civil! ¡Llamando a la Ciudad Civil! ¡Vamos entrar! ¡Tenemos que hacerlo! ¡Envíenos un rayo, Ciudad Civil! ¡Este es un caso emergencia! ¡Es preciso que tengamos un rayo! ¡Vamos! ¡Vamos!*

No podía ser nada más que un cohete terrestre... La nave transportand viajeros que hacía dos viajes al mes desde la Tierra. El cohete traía personal suministro y se llevaba de vuelta informes voluminosos de las exploracion científicas que eran actualmente subproductos del verdadero proyec espacial. El trabajo esencial seguía en el Laboratorio del Espacio, más allá, el extremo lejano. El cohete terrestre había dejado la Tierra seis días antes partió de la plataforma espacial —el satélite artificial que circundaba Tierra, que era el primer dedo de la Humanidad hundiéndose en el vacío— allí haba tomado combustible para una segunda partida. Durante unos cuat días se lanzó en carrera libre hacia la Luna, con los cohetes apagados, Pe ahora los cohetes flameaban y el navío necesitaba un rayo direccional pa alunizar— porque casi todas las actividades humanas en la Luna tenían lug en la oscuridad.

Kenmore tocó un botón y las persianas de acero del jeep se descorriero Él y Moreau pudieron mirar en línea recta al través del cristal transparente la cabina. Por encima de sus cabezas estaban las estrellas, y la Tierra objeto brillante en el cielo. Había una sombra verduzca, en ella, co continentes distorsionados, claramente visibles y estaba también los casquet polares. Alrededor brillaban las estrellas y cada una relucía con una luz fija inmutable. Las estrellas eran de todos los colores.

Pero cerca del borde del rostro brumoso de la Tierra había movimiento, una llama blanquiazulada... Producida por las toberas de cohete, iluminado por el infierno que producía. El cohete estaba profundamente hundido en la sombra lunar y encima de las cabezas. Pod estar a una altura de setecientos kilómetros o quizás cuatrocientos, o quiz cien; tenía el aspecto de una nebulosa brillante y cercana moviéndose ent las estrellas.

Kenmore miró hacia allí. La brillantez brumosa en forma de corona trasladaba lentamente hacia un lado. Estaría decelerando en un ángulo pa alinearse entre 'la Tierra y la Luna. Su piloto estaba utilizando la velocida lateral con respecto a la superficie lunar para frenar su navío. La gravedad d satélite arrastraba al cohete hacia abajo; al poco, se dispararían l gigantescos cohetes del freno para regular por completo la caída y el aluniza sería muy, pero que muy suavemente dentro de un mínimo de dos kilómetr de las masas polvorientas que eran la Ciudad Civil. Los habitantes de la url deberían de haber oído aquellas llamadas del espacio; estarían alegrándos Alguno de ellos se habría puesto los vestidos de vacío para salir en la noch

frígida y sin aire y ver cómo el cohete llegaba a la superficie. Quizá celebrase grotescas danzas de bienvenida en la pequeña gravedad y al claro de l terrestre.

La voz débil se volvió a oír de repente, como si quien hablase estuviera punto de perder los nervios:

—*¡Llamando a la Ciudad Civil! ¡Llamando a la Ciudad Civil! ¡Escuchen, a abajo, escuchen! ¡Éste es el cohete terrestre! ¡Vamos a entrar! ¡No podem evitarlo! ¡Tenemos tres pasajeros y dos de ellos son mujeres! ¡Dennos un rayo pa el alunizaje! ¡Respóndannos! ¡Respondan!*

Moreau se agitó incómodo.

¿No habrán saboteado el rayo? —dijo intranquilo—. ¿Y por qué tra mujeres a la Luna? ¡No podían cometer mayor locura!

La voz del altavoz se hizo histérica de repente:

—*¡Locos!* —gritó con frenesí—. *¡Enviadnos un rayo ¡¡Tenemos que aluniz !¡Vamos, Ciudad Civil! ¡Llevamos a bordo a Cecile Duclos y a una chica llama Arlene Gray…!»* Joe Kenmore emitió un rugido. Cerró loa puños y los agi contra el cielo.

Allí estaba la chica con quien iba a casarse, si es que lograba regresar a Tierra. Se llamaba Arlene Gray y su padre tenía estrecha asociación con proyecto del Laboratorio Espacial.

Aumentó el volumen de la energía del jeep y lo lanzó locamente al trav del cráter casi a nivel del suelo. Era inútil, claro; la Ciudad Civil estaba a un sesenta kilómetros de distancia. En aquella superficie tan accidentada q tenía que recorrerse, quince kilómetros a la hora era una gran velocida Podría doblarla conduciendo con suficiente descuido, si la rueda estropea aguantaban; pero, incluso así, no llegaría a la Ciudad Civil en menos de d horas. El cohete caería al suelo dentro de un máximo de veinte minutos; qui diez. Posiblemente alunizaría en alguna parte todavía más pronto…

El jeep lunar saltó locamente hacia otra ruta que les conduciría a ciudad. Arrojó olas de polvo por los lados de sus gigantescas ruedas, una las cuales ya no era redonda.

Oyeron la voz dos o tres más, llamando frenéticamente y reclamando rayo para alunizaje, un rayo que les condujera hacia el espacio-puerto, tercera vez, la voz era muy débil; el cohete estaba pasando más allá d horizonte.

El jeep siguió adelante como una cosa loca. Dentro hubieron chasquidos tumbos y el suave sonido de las máquinas. Pero fuera no se oyó nada absoluto.

III

# LA CIUDAD DESIERTA

La Luna es un mundo pequeño de montañas altas. Por tanto, cuando jeep lunar franqueó el último obstáculo y la ciudad estuvo a la vista al abajo, el vehículo quedaba todavía demasiado alto. Los Apeninos alzaban s rocosos y descarnados dedos hacia las estrellas, a unos siete mil metros altura por encima de la lava congelada que formaba el Mare Indrium. En paso, el jeep estaba a unos cinco mil metros más alto que la ciudad. El vasto solamente ondulado mar llegaba hasta un horizonte que no era más que lugar en donde las estrellas comenzaban a brillar. Había un gris infini limitado por la nada y por otro luz grisácea procedente de la Tierra al arriba, pero que se desvanecía hasta una profunda negrura en la distancia.

Sin embargo, no había luces en donde la ciudad debería estar. Lejos, al lejos, Kenmore y Moreau podían ver un suave relucir de brillantez, pero era la ciudad.—Llama a la ciudad —jadeó Joe Kenmore—. ¡Entérate si cohete terrestre ha alunizado sano y salvo.

Moreau llamó; no hubo respuesta. Su aparato de radio debería lleg hasta la ciudad; volvió a llamar una y otra vez. No hubo ninguna clase respuesta. La luz parpadeante allá lejos del mar pudo haber respondido, quiz pero desapareció mientras el jeep se adentraba en el sendero marcado q formaba el camino.

El sudor inundó el rostro de Kenmore mientras la radio permanec obstinadamente silenciosa. No podía ver a la ciudad misma, naturalment Eran sólo tres grandes montículos polvorientos, invisibles a kilómetro y med de distancia. Pero deberían tener luces en la parte superior; deberían hab focos resplandecientes apuntando hacia el cohete terrestre mientr descargaba la carga y la entraban en la ciudad por las escotillas y esclusas aire. Deberían haber jeeps transportando cargamentos y las luces pectoral de los hombres con vestidos espaciales moviéndose de una parte a otra. Pe

no se veía nada de eso.

—¡Deja de llamar! —gritó Kenmore, cuando estaban ya a dos tercios d camino por el peso—. ¡Algo ha ocurrido!

Moreau apagó el transmisor. El jeep siguió adelante por el camir cuidadosamente, un sendero señalado por las ruedas de otros jeeps en otr viajes al través de aquellas montañas. Habían lugares en donde agud precipicios de cientos de metros aguardaban al incauto. Había una lar ladera que terminaba con brusquedad; uno podría sobrevivir al descenso só si pasaba entre dos rasgados monolitos sobre los que el polvo lunar hab colocado una especie de irónica apariencia de nieve.

Llegaron a nivel del suelo, al nivel del congelado mar de piedra, en don las huellas de los jeeps en el polvo mostraban el camino. Las ruedas d vehículo, con sus casi siete metros de diámetro, marcharon erráticas —una ellas cojeando violentamente— mientras Kenmore continuaba dirigiendo marcha al través de la noche.

Llegaron a las grandes masas polvorientas que eran la Ciudad y seguí sin ver luces... Ninguna luz en lo alto de la cúpula, ninguna en la esclusa aire. No había jeeps siquiera fuera de la Ciudad. No había nada en absolu que indicase una ocupación normal.

Y tampoco se veía ningún cohete terrestre.

Kenmore frenó a unos cien metros de la entrada en forma de túnel q conducía a la principal esclusa de aire. Con Arlene Gray en su mente, sudab se irritaba y estaba torpe de horror todo a la vez. Pero Moreau dijo, animoso

—Si hubiese habido un verdadero desastre, las cúpulas se habrí desplomado. Y las ves intactas.

Cierto... las cúpulas estaban intactas, sus formas cónicas no parecí haber sufrido la menor alteración. El polvo lunar tiene un pequeñísimo ángu de reposo y si la burbuja interior se hubiese colapsado, el cono mism mostraría el hecho. E incluso tener angustias por Arlene, Kenmore se d cuenta de que nada tan drástico como la destrucción completa había ocurri en la Ciudad Civil. Se puso presuroso su traje espacial, pero Moreau lo hi primero. Se precipitó hacia la pequeña esclusa de aire del jeep y se oyó chasquido de la puerta interior y el batir de la bomba. Luego el sonido q significaba la abertura de la puerta externa. Kenmore vio las luces del je iluminar la polvorienta superficie lunar y la cuadrada obertura de metal de esclusa de la Ciudad y los obscuros flancos de impenetrable gris. Apareció sombra de Moreau, multiplicada por el número de las luces. Era un grupo sombras desvaneciéndose a partir de sus pies, todas moviéndose con agudez pero de imprecisa imitación mutua.

Kenmore entró dentro de la esclusa. La bomba comenzó a funcionar, pe no pudo esperar; abrió la puerta exterior y la obertura se engrandeció manera explosiva. El aire interior se escapó para desvanecerse en la nad Kenmore bajó por la escala de cuerda.

La voz de Moreau, tranquila como siempre, irrumpió dentro del casco

Kenmore.

—La esclusa de aire está abierta. Hay muchas huellas de pisadas, todas e dirección al exterior.

Kenmore avanzó para ver. La inmensa soledad que un hombre sien dentro de un traje espacial en la Luna tenía, ahora una nueva justificació Para Joe, se mezclaba con el terror por lo que pudiera haberle ocurrido Arlene. La Ciudad Civil se levantaba desde la llanura del Mar Indrium, a un seis kilómetros del pie de la Cordillera de los Apeninos. Y los Apenin lunares son espectaculares. Ahora, a la curiosa luz reflejada de la Tierr parecían como dedos gigantescos tendientes implorantes hacia el firmament Se les veía desgarrados, formando una pared tumultuosa contra el insensible inmutable firmamento de estrellas. La Tierra brillaba con fuerza, imparcia sobre ellos y sobre el pétreo mar. El Mar Indrium era tan indiferente com carecía de perfecta llaneza; tenía una especie de suave y blando abrig formado por la pátina del polvo lunar. La luz terrestre servía para destacar soledad de un hombre en un fundo en donde los hombres ya no tenía quehacer.

Kenmore llegó hasta la esclusa de aire y Moreau señaló al sinnúmero d pisadas. La polvorienta superficie las mostraba con claridad. Habían mucha demasiadas. Todas en dirección al exterior.

Entraron los dos y Moreau encendió las luces pectorales de su armadur Luego maniobró en la palanca que debería haber cerrado la puerta exterio no ocurrió nada.

Sin una palabra, manejaron el cierre manual. De nuevo Moreau maniob con el mando que debería de haber abierto la puerta interior; de nuev también no ocurrió nada. Kenmore utilizó la palanca manual, rabioso, y poco la puerta cedió; hubo un suave bufido de aire. Entraron en el interior d las dobles puertas de la cúpula y cerraron la puerta exterior. Abrieron interior y se encontraron en una absoluta obscuridad. Estaban en el espac central de aire de la cúpula principal de la Ciudad Civil y ninguna luz reluc por parte alguna, salvo aquellas de sus vestidos espaciales; eso e inconcebible.

La burbuja plástica por debajo del cono polvoriento era muy grande. suelo era llano, naturalmente. El espacio de aire tenia, una form semiesférica, cien metros de diámetro y ciento veinte de altura. Era circular alrededor de su borde estaban los cubículos y techo que venían a ser l oficinas espaciales y laboratorios y zonas de esparcimiento, así como l cuartos amueblados para tener cierta intimidad, que era cosa tan necesar como las demás. En el centro estaban las plantas terrestres, que conservaba el aire evitando sus malos olores, regulaban la humedad y servían pa eliminar el $CO_2$.

Pero la habitación estaba oscura. Las plantas habían cerrado sus yemas hojas como por la noche; las hojas parecían colgajos.

Kenmore dio la vuelta para mirar el manómetro de presión. Habían por

menos una docena, cada cual con su sistema de alarma que funcionaría si
presión bajaba aunque fuese una onza. Las agujas estaban muy adentradas
la zona roja, lo que significaba que deberían usarse en el interior los vestid
y trajes espaciales. La presión era la tercera parte de la normal, Kenmo
golpeó uno de los instrumentos y la aguja aún descendió un poco más.
temperatura era, sin embargo, bastante normal. La ciudad no se hab
enfriado demasiado. Kenmore tragó saliva,

—No te quites el casco —advirtió a Moreau por medio
intercomunicador del suyo—. El aire no se ha ido del todo, pero está muy
punto. —Luego añadió—: Veamos si hay alguien muerto.

Pero una mirada a la estantería donde se guardaban los trajes espacial
fue suficiente respuesta. En la ciudad había un equipo para cada uno de l
ciudadanos, más recambios para la normal actividad exterior. La utilidad
un traje espacial que podía contener aire lo bastante sólo para dos hora
podría ser dudoso en un caso así. Si había una pérdida completa de aire en
ciudad, la muerte sería inevitable. Pero tales trajes estaban a mano para cas
de emergencia y los habían utilizado. Todos los ciudadanos habían tomado
respectivo y habían salido.

Kenmore se dirigió rápido a la oficina de comunicaciones, el rayo regul
que comunicaba con la Tierra estaba conectado, pero ninguna de las lámpar
estaba encendida; ningún dial registraba emisión. No funcionaba.

—Examinaremos las otras edificaciones —dijo—. ¡ Necesitamos saber
que ha pasado al cohete terrestre! Venía hacia aquí. ¿Qué le habrá ocurrido?

Arlene Gray estaba en aquella nave. No debería de haber estado, pen
Joe; no debía venir ninguna mujer a la Luna estando la ciudad en aqu
estado actual de equipo técnico o con las dificultades presentes entre s
habitantes.

La falta de peso atacaba los nervios; el constante confinamiento asustab
Pero salir afuera, al vacío, inspiraba terror. Las neurosis se referían a la Lu
en cualquier caso, pero las cosas ordinarias eran peor que las meramen
neuróticas. Rumores y tumulto habrían llegado hasta la Tier
indudablemente. Así, el intento era perfectamente obvio. Cecile Duclos hab
venido en el cohete terrestre. Ella era el personaje más popular de
televisión por lo menos en tres continentes. Su venida era un esfuerzo de l
relaciones públicas para dar cierto encanto al proyecto de una colonia luna
Pero no obstante...

¿Qué había ocurrido con el cohete terrestre? Al menos hacía dos hor
tenía la esperanza de alunizar de inmediato. El cohete debía de haber bajad
ya... ¿pero dónde? No podía permanecer allí solo; ni tampoco mantenerse
vuelo a poca altura, carecía de bastante combustible. Tampoco le era posib
volver a la Tierra; dependía de cohetes de recambio traídos por los proyectil
cargueros. Pero la nave no habría recibido ayuda para alunizar. No tenía
rayo de radar para guiarla a la pequeña y cercana zona desde la que la Ciuda
Civil podía ser alcanzada a pie con trajes espaciales.

Y si no" había aterrizado con propiedad, entonces la espacio-nave se había estrellado en los Apeninos. Aquella cordillera era el escenario más espectacular de cualquier parte de la Tierra o de la Luna. Pero tratar de encontrar una nave entre sus miles de picos y miles de kilómetros cuadrados...

Kenmore temblaba, pero atravesó con premura las esclusas que conducían a la cúpula de energía, que era un segundo montículo de polvo lunar con un globo similar a los anteriores dentro. Allí estaba el equipo que suministraba la energía, la maquinaria y los generadores primarios. También habían plantas creciendo, para ayudar a acondicionar el aire. Pero no encontró luz. Era tan grande como la cúpula principal y las máquinas relucían siniestramente a la luz inadecuada de las lámparas pectorales de los dos trajes espaciales.

La presión allí era todavía menor, la temperatura todavía más baja. Aquella cúpula había perdido el aire más de prisa que la principal. Los conmutadores de los generadores estaban en posición cero; alguien los había cerrado con cuidado antes de que abandonaran la Ciudad. Los enormes tanques de combustible de reserva parecían intactos. Normalmente, claro, la energía de la ciudad provenía de las calderas de mercurio exteriores. Durante el día, la luz del Sol proporcionaba fuerza sin límite.

—Si alguien no pone en marcha los generadores —dijo Moreau meliflu—, las calderas estallarán y el mercurio se perderá cuando salga el Sol.

Pero el amanecer estaba todavía a una semana de distancia en el tiempo. Kenmore ni siquiera pensó en ello; emitió ruidos incoherentes de rabia y angustia. Abrió la marcha prácticamente hasta las esclusas de la cúpula de aire. Una parte de la ciudad podía ser aislada de las demás. ¡Naturalmente!

En la cúpula de aire la presión era un poco mayor, la temperatura también. Las masas de vegetación de los tanques hidropónicos, formando una especie de absurda jungla, relucían al recibir las luces de los trajes espaciales de los dos hombres. Habían filas de torres de tanques, desde las cuales las hojas se proyectaban a sí mismas de manera extravagante. Las cristaleras de sus cascos y ellos mismos se impregnaron de humedad porque el aire era demasiado tenue. Pero era posible sobrevivir en aquella cúpula sin traje espacial. Sería como vivir en la alta montaña, aunque la baja gravedad serviría de ayuda. La demanda de oxígeno del cuerpo sería menor; incluso uno podría sentirse confortable.

—Voy a abrir mi casco —dijo la voz de Moreau a través de los auriculares—. Vigílame, Joe.

Abrió la cristalera; entonces su expresión demostró un puro asombro.

—¡Alguien vive aquí! ¡Oigo su jadear!

Corrió a través de los pasajes entre las artesas hidropónicas de bajo nivel. Kenmore le siguió con toda rapidez.

Había una luz sola, no demasiado brillante. Contra la pared lateral una lámpara de emergencia relucía en la vasta oscuridad de la cúpula de aire. Un hombre enorme, patilludo, gimoteaba en alta voz acostado en un camastro junto a la lámpara. Kenmore abrió su propia cristalera del casco mientras

Moreau daba una patada al camastro.

—¡Despierta! —gritó—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde están los demás?

Kenmore jadeó.

—¡El cohete terrestre! ¡Iba a alunizar! ¿Qué le ha ocurrido?

Los ojos del hombre se abrieron en mitad de un ronquido. Les mi inexpresivo; luego pareció animarse.

—¿Vinisteis, eh? ¡Kahk vasta zdarovya! Os esperaba. ¡Pitkin no teme nadie... ni a los americanos! —Se puso en pie—. Todos los demás empezaron asustarse cuando el aire empezó a escapar. El director se puso gris de mied Abrió las instrucciones secretas y se marchó en el primer jeep. Pero yo sab que los americanos volverían antes de que la ciudad fuese destruida. Así q esperé ¡Pitkin no tiene miedo a nada!

—¿Qué le ha ocurrido a la ciudad? —preguntó Moreau.

—¡El cohete terrestre! ¡El cohete! _gritó

Kenmore.

Pitkin agitó su brazo.

—La ciudad comenzó a perder aire. Eso es todo. La presión comenzó descender hace dos días. En las tres cúpulas a la vez. El director esta asustado. Trató de llamar a la Tierra en solicitud de órdenes, pero no hab radio. Gritó que era obra de un sabotaje... Era listo, ¿verdad? —Pitkin gui el ojo con malicia—. Sabía que los americanos estaban queriendo echar a to el mundo fuera, así que se los llevó a todos, en jeeps, hasta una base proyectiles en busca de la seguridad. Tenía instrucciones escritas y esta asustado, pero se fue. ¡Y todos los demás le siguieron! ¡Todos excepto Pitkin!

—¡Pero el cohete! —gritó Kenmore—. ¡El cohete terrestre! ¿Dón alunizó?

Pitkin se encogió de hombros hasta que las orejas desaparecieron ent sus clavículas. Miró al reloj y dijo complacido:

—He dormido doce horas. No sé nada de ningún cohete. Pero conozco los americanos, ¿verdad? ¡Sabía que volverían!

Kenmore se volvió fiero hacia Moreau.

—¡Voy a buscarlo! —dijo—. ¡Estaba bajando y seguramente tenía radar de distancia! El piloto no será, tan idiota que no advierta la diferenc entre los Apeninos y el Mare Indrium. Daré la vuelta...

Se dirigió hacia la esclusa de aire. Moreau dijo, pensativo:

—¿Encontraste las infiltraciones de esta cúpula, Pitkin? Es preciso que l hayas encontrado si no, no te hubieras arriesgado a dormir. ¿Qué clase filtraciones son?

—Hechas por una navaja de afeitar, tajos —dijo Pitkin con tranquilida —; sí tajos en la pared de plástico de detrás de un tanque de agua y en tod partes. El aire se escapaba. Estaban aquellos que dijeron que los ray cósmicos habían podrido el plástico. Pero yo... ¡yo soy Pitkin! ¡Me sospeché! —volvió a guiñar el ojo con cierta malicia—. Los americanos só desean americanos en la Luna, ¿verdad? Los echaron de la Ciudad, ¿verda

Pero, ¡yo… yo soy Pitkin! ¡Y seré americano!

—¡Pitkin, estás loco! —exclamó Moreau—. Varaos en busca del cohete. puedes hacer subir la presión de aire en esta cúpula, será una buena acció Nosotros… ejem, ejem… volveremos con toda probabilidad.

Corrió Kenmore… No al modo de la Tierra, sino mediante el único sisten por el que un hombre puede viajar de prisa en una mínima gravedad. Parec patinar por el suelo, como si de sus pies salieran ruedas.

Atravesó la esclusa, entró en la cúpula principal y alcanzó a Kenmore tiempo para compartir la compuerta de aire.

En su interior, Moreau dijo hoscamente por mediación de su micrófor del casco:

—¡En verdad, Joe, loe habitantes de la Luna son lunáticos! ¡Algui saboteó la Ciudad! ¡Esto es una locura!

Kenmore no respondió; actuaba como si no le hubiese oído. Atravesó polvoriento mar hasta el jeep y comenzó a trepar por la escalera.

Abrió la puerta exterior y se detuvo.

—Me acabo de acordar de algo —dijo con aire de gran calma—. Mientr veníamos por el paso vi una luz allá en el mar. Oscilaba. Puede haber sido un jeep viniendo hacia la Ciudad, pero en ese caso ya debería de haber estac aquí. Voy a ver si posiblemente proceda del cohete.

—¡Excelente! —exclamó Moreau con gravedad—. ¡Eso es mu prometedor!

## IV

## ARLENE GRAY

Kenmore cruzó hasta el interior de la pequeña esclusa de aire. Moreau siguió a través de la puerta exterior y se agarró a su pomo. Pero cuand Kenmore cerró la interior para poder abrir la externa otra vez, Moreau fu pillado desprevenido. La puerta quedó abierta; perdió el equilibrio y volvió cerrar. Su ciclo tenía que haber sido automático; quedaba cerrada ahora has que la puerta interior fuese abierta y otra vez la cerraran.

El jeep partió al instante y Moreau quedó colgando de la escala cuerda. Juró violentamente en su propio idioma y golpeó la hoja, mientras velocidad del jeep aumentaba. Los golpes eran inaudibles para Joe Kenmor dentro. Pero muy poco audibles. La rueda dentada daba un rítmico batir cada revolución. La velocidad aumentaba todavía más y Moreau juró co mayor violencia. Empleó un sistema para llamar: tres golpes deliberados lentos, luego tres rápidos y tres espaciosos. S. O. S. La repitió.

El jeep alcanzó su máxima velocidad de sesenta kilómetros por hora en ondulante piso polvoriento de la superficie del mar. El claro de tierra lo hac parecer como nevado, a excepción de que las ruedas del jeep lo levantaba salpicando el ambiente como si en vez de polvo se tratase de líquido. Sin ai para esparcir sus partículas, el polvo volvía a caer lentamente, como si fue un líquido. El jeep dejaba unas olitas gemelas detrás de sus ruedas; parecía como dos montículos alargados, disminuyendo lentamente en la lejanía.

Moreau adquirió una insospechada elocuencia en sus juramento mientras seguía pendiendo de la escalera. Caer, ahora, significaría verse ba aquellas ruedas gigantescas. En cualquier caso, volver caminando a la Ciuda era apenas posible, quizá no lo fuera en absoluto. Sin luces para guiarle y só con la mole de los Apeninos para señal, podría pasar por la Ciudad sin verl Y, además, el aire de sus tanques no había sido repuesto últimamente.

Moreau, colgado de una mano y con ambos pies en la escala de cuerd buscó en el bolsillo de emergencia de su hombro y sacó un cohete de señale Golpeó la caperuza, arrancándola, aprovechando para hacerlo la sólida oscilante cabina que tenía encima de la cabeza y soltó la cola del cohe cuando creyó que había apuntado bien. Partió vivaz, dejando un chorro chispas rojas. Caló al suelo, rebotó, se elevó y volvió a caer. Lo hizo delan del jeep; Kenmore no podía por menos de haberlo visto y entonces acordaría de la existencia de Moreau.

El jeep se detuvo y su puerta interior chirrió. Moreau lo oyó cuando ten su casco apretado contra la exterior. Abrió la susodicha puerta, ent arrastrándose y agradecido cerró" tras él.

El jeep estaba en movimiento de nuevo cuando logró deslizarse dentro la cabina. Entonces la emoción le dejó abrumado. Se quitó el casco y expresó en un lenguaje furioso... pero incomprensible para Joe Kenmore.

—Lo siento —dijo Kenmore sin expresión alguna—. Oí el cerrojo y pen que estabas dentro. Entonces dejé de pensar en ti. Intento imaginarme otr cosas que han ocurrido... y eso no es difícil. Arlene está ahí en alguna parte la Luna. Por suerte, puede estar aún con vida. Pero si su cohete cayó en l Apeninos...

Se interrumpió con una especie de corte seco y tajante. Siguió mirando la dirección alumbrada por los faros del jeep. Pero no poda ver muy lejos; superficie del Mare Indrium aquí era casi llana, el horizonte quedaba a más tres kilómetros de distancia. Además, el claro de Tierra —como el claro luna en el planeta— era muy engañoso.. Si el cohete terrestre había alunizad en el Mare Indrium, se vería a la luz del día... Pero ésta quedaba a cien cincuenta horas de distancia en el tiempo. ¡Ese cohete tenía que encontrar ahora!

Así Kenmore siguió conduciendo hacia adelante, mirando desesperado ambos lados, hasta que estuvo seguro de haber sobrepasado el lugar en don había luz. Entonces retrocedió hasta estar a punto de llegar a la Ciuda Volvió a partir de nuevo...

Describió círculos. Espirales. Trató con frenesí de organizar sus esfuerzo no obstante, cuando llegaba el momento de dar la vuelta, esta desesperadamente cierto de que si al menos continuaba un poco más lejos...

Y a su alrededor y por encima del desastre de Arlene, había otro may en perspectiva... Incluso para ellos. Porque la Ciudad Civil y el Laborator Espacial eran, después de todo, los últimos vestigios de civilización pa permitirles seguridad y fuerza y para establecer un nuevo dinamismo en sobrecargada actividad humana. La guerra terminaría con toda la civilizació pero la guerra era imposible sólo a causa de las bases de proyectiles lunare Mientras éstas estuvieran en funcionamiento, el mundo y la Humanida estarían a salvo de su propia locura, porque estaban en manos que reconocí la guerra como una forma de suicidio que por tanto, no la permitirían.

Pero había un hombre en la Ciudad que conocía la posición de la base

proyectiles más cercana. Instrucciones para llegar hasta ella le habían sid confiadas... Instrucciones selladas, para utilizar solamente en caso d emergencia. Aquel hombre se había asustado y abrió el pliego sellado; aho había conducido a la población de la ciudad hasta la base de proyectiles qu posiblemente no podría cobijar a todos los refugiados. En aquellos momento quizá habrían ciudadanos de la Ciudad repartiéndose entre todas las bases d proyectiles. Algunas de los refugiados podrían saber y recordar s situaciones... Por lo, que ya no constituiría un secreto militar bien guardad Entonces sería posible que alguien enviase masas de cohetes de bombarde con dispositivos antirradar, para destrozar a los defensores de la paz d mundo y a todas sus esperanzas. Una vez ocurriese eso, el Laborator Espacial ya no albergaría ninguna promesa y la Tierra quedaría pron aniquilada por la guerra.

Pero Kenmore apartó todos estos hechos y especulaciones a un lad Arlene estaba en alguna parte sobre la Luna.

Después de largo tiempo, Moreau le oyó a él tratar de tragar saliva. S garganta emitió sonidos.

—No... No ha podido caer a más de treinta kilómetros —dijo—. Lo vimo sólo que no me di cuenta del alunizaje. Es de buen astronauta a unos trein kilómetros del blanco, cuando tomar el suelo en el lado oscuro de la Luna, n hay radar para guiarte. Sé que mis esperanzas pueden parecer infundada pero no excesivas...

—Te sientes frustrado, Joe —le contestó Moreau con suavidad—, d mismo modo en que yo me sentía cuando no podía hacerte oír mis llamad en la esclusa de aire. ¡Áha! —dijo con violencia—. ¡Ahora!

Destapó el tablier en donde estaban los botones que dispararían l cohetes de señales instalados en el techo de la cabina del jeep.

—¡Espera a que yo suba hasta donde pueda ver toda la zona d observación! —exclamó Moreau. Se trasladó detrás del asiento del conducto hasta una escalera hecha en el mamparo. Moreau subió atravesando l escotilla del techo, parecida al ojo de un pez y con visión lateral y trasera, mismo tiempo que hacia arriba y adelante. Kenmore detuvo el jeep.

Su mano temblaba mientras apretaba el disparador. Hubo un murmullo luego un silencio. A los ojos de Kenmore el polvoriento mar de lava tomó u color rojizo. Los cohetes de señales para uso lunar dejaban un regue persistente de fuego rojo, porque una línea de luz es siempre artificial y u rojo realmente vivo es el color más raro entre las estrellas. Se ve mejor cont el firmamento lunar.

El cohete de señales se alejó subiendo y subiendo. Alcanzó mucha m altura que si hubiese sido disparado en la Tierra y lo hizo también muchísim más deprisa; pero no sobrepasaría la cumbre de los Apeninos que recortaban en el horizonte.

El jeep estaba inmóvil; Kenmore podía escuchar su propia respiración. cohete de señales se hizo más pequeño y más pequeño... Desapareció.

Cinco minutos más tarde un hilo de luz roja se alzó más allá, en horizonte del Norte.

—¡Fija el rumbo! —exclamó Moreau con suma urgencia—. ¡Joe, fija rumbo!

Kenmore lo hizo así; con manos temblorosas. Disparó dos cohetes más señales, a cierta distancia uno de otro, en un conocimiento convencional que habían visto la señal anterior. Luego el jeep alcanzó su máxima velocida saltando por encima del Mare Indrium. Era un largo camino y para Kenmo parecía una eternidad el tiempo pasado en cubrirlo. Otra vez más subió firmamento un cohete de señales. Parecía ser una llamada de urgencia y corazón de Kenmore latió con fuerza; no le era posible aumentar la velocida —¡Se me ocurre dejar caer la carga que transportamos! —exclan desesperado.

—Ya saltamos lo suficiente tal y como vamos. La carga por lo menos evi que saltemos del terreno este como si fuésemos un cohete.

Y así el jeep fue tambaleándose y crujiendo y saltando por encima de u superficie que había perdido su solidez con la cubierta de un polvo gris con de nieve. El polvo saltaba hacia arriba como líquido y caía al suelo salpicand y no se oía ni pizca de sonido exterior, excepto el atronador fragor de la rue dentada del interior del vehículo.

Un tercer cohete de señales se alzó en la noche; *lo* vieron. Kenmore hi girar el jeep —había estado a punto de pasar del lugar preciso— y encaminó hacia la zona en donde había partido el cohete. Temblaba un po mientras dirigió el rayo de los focos todo lo lejos que pudo.

Por fin, advirtió el cohete terrestre. No había alunizado bien. Yacía sob un costado, lo que era una especie de catástrofe en sí. Mucho más destacab se veían figuras con trajes espaciales ya fuera del cohete.

Cuando el jeep se detuvo a pocos metros, Moreau estaba ya dispues para dejar caer la escala.¿Arlene? —preguntó Kenmore con voz ronca por radio-comunicador.

—¡Sabía que nos encontrarías, Joe! —la voz de ella vino feliz proceden del altavoz.

—¿Qué ha ocurrido con el rayo conductor? —exclamó, interrumpiend una voz masculina con tono indignado—. ¡No tuvimos respuesta de la Ciuda ¡Vaya modo diabólico de llevar las cosas, lunares!

Entonces Moreau habló con suavidad y su voz también salió por altavoz.

—Hay una especie de ligera confusión en la Ciudad Civil, capitá Usualmente vivimos en un caos. Ahora todo es confusión, así que no sabem cómo actuar bajo ciertas condiciones.

Del altavoz provino un rechinar de dientes. Moreau intervino c brusquedad.

—Las dos señoras primero. Suban por la escala de cuerda, señoritas... Q cuelga de esa cosa que parece un bote de leche debajo del cuerpo del jee

Entren y cierren la puerta por la que han entrado. Encima encontrarán usted una manivela. No accionará hasta que la puerta exterior esté bien cerrad Giren la manivela y serán bienvenidas a nuestro jeep.

La esclusa de .aire chirrió. Un momento más tarde, una cabe enmascarada por un casco apareció en el suelo del jeep tras Kenmore. Lueg por entre medio de un rechinar de dientes, se oyó la voz más fríamente furio que jamás pudo haberse escuchado.

—¡Alguien va a pagar todo esto!

Era de noche y él no pudo verla. Pero dijo apremiante:—Retroceda, p favor. Apártese de mí. Y cierre la puerta de aire.

Lo hizo con las manos aún enrojecidas por el vacío. Al poco oyó sonar esclusa. Un instante más tarde, otra figura con casco se puso en pie. La pla del rostro se abrió y Kenmore emitió un inarticulado gemido de alivio. Pe Arlene dijo con rapidez:

—¡Hemos estado fuera durante horas, Joe! ¡No me toques! ¡Estoy ca congelada!

Kenmore recordó haber encendido las luces interiores de la nave y mir después con hambre a la muchacha. El vestido espacial de ella estaba bastan frío. Una hora en el exterior, con la temperatura superficial a cientos grados bajo cero, significaba que el exterior de cualquier traje de vacío p mucha calefacción que tuviese, estaría frío, escarchado, congelado, forman una especie de armadura. Inmediatamente se formó a su alrededor una nu de vapor condensado, que no tardó en transformarse en agua y caer al suelo.

Arlene le sonrió un poco conmovida.

—El cohete cayó de lado cuando tomamos tierra y una portezuela con ventanilla para visión se rajó. Hemos estado metidos en los tanques de reser de la nave durante horas... Con nuestros trajes espaciales. ¡Estoy... contenta que vinieras!

La voz furiosa se oyó de nuevo y también esta vez glacial...

—¡Alguien va a pagar todo esto!

Se oyó llamar en el exterior. Kenmore cerró la escotilla mientras Arlene alejaba. Subió un hombre y aspiró profundamente el aire del interior del jee luego, entró otro. Después, otro más. Cuando Moreau entró, el último todos, el jeep estaba casi increíblemente atestado de gente.

Kenmore puso en marcha el motor y se encaminó hacia la Ciudad Civil. piloto del cohete se abrió paso entre los demás para protestar amargamente.

—¡No nos enviaron el rayo de radar! ¿Por qué? ¿Por qué no encendier las luces para nuestro alunizaje? ¿Tenían intención de que nos estrelláramos

—Algo así —replicó Kenmore con igual amargura—. El radio y l comunicaciones de radar han sido saboteadas, lo mismo que la propia Ciuda

—¿ Saboteadas ? ¿ Por qué ?

—Es un ejemplo —le explicó Kenmore furioso—, del trabajo que hace e especie de cooperación internacional para lograr un espléndido objetivo, q consiste en que todo el mundo degüelle a sus semejantes... ¡Ya sí mism

incluso!

— ¡ No considero eso respuesta a mi protesta! —objetó, acalorado,
piloto.

— ¡Pues formúlela a una autoridad más alta!

Kenmore condujo con ambas manos y ambos pies y aún pareció necesit
miembros extra. Vigiló la superficie al resplandor de loe faros. Al poco vio
senda dejada por el jeep… mejor, la senda dejada por muchos jeeps tod
viajando en la misma dirección. Giró para seguirla hacia los Apeninos y
Ciudad. El pueblo de la Ciudad se había marchado en jeeps, naturalmente. N
habría más de seiscientos kilómetros hasta la próxima base de proyectiles,
es que se conocía el camino. Los habitantes de la Ciudad podían viajar en
normal número de jeeps de la urbe, a pesar de que el aire se pondría en mal
condiciones en tan largo viaje. Aquello podía ser el camino que siguiero
Kenmore lo examinó.

Al cabo de media hora se vieron en el horizonte otra vez las polvorient
burbujas que constituían la Ciudad. Kenmore detuvo el jeep muy cerca
Moreau, con brusquedad, se hizo cargo de la salida. La esclusa de entrada a
Ciudad estaba a pocos metros de distancia y el jeep la enfocaba brillantemen
con sus faros. Moreau hizo que los rescatados del cohete encendiesen s
lámparas pectorales incluso antes de entrar en la esclusa. Los condujo en fi
mientras llegaban al suelo; y los llevó hasta la esclusa de la Ciuda
Irrumpieron en ella. La puerta se cerró y comenzaron a caminar por aquel
caverna artificial abismalmente obscura en dos de cuyas tres partes no hab
bastante aire para mantenerlos vivos.

Kenmore no había hecho ningún movimiento para cerrar su casco. S
palabras, Arlene se quedó tras él, también; solos los dos.

—Si hubiera sabido que pretendías venir aquí —dijo Kenmore de m
humor—, te habría advertido. Esto es muy malo, Arlene. Estamos en u
manicomio y hay veces en que más parece un club de suicidas.

—*Tú estás* aquí —añadió ella después de un momento—. Tú no me h
preguntado cómo he logrado venir. Cecile Duclos fue encargada por
Corporación Lunar para venir y organizar algunos programas de televisió
Han corrido rumores que ocurrían cosas bastante desagradables. Las Nacion
Unidas se han enterado de que hay discriminación contra los no americano
Puesto que nosotros llegamos a la Luna primero e instalamos las bases aquí,
sospecha de nosotros, Joe, Se han lanzado insultos abiertos. Hubo u
movimiento en el Congreso, también, para aclarar todo este asunto. Pe
todas las demás naciones gritaron que había que hacer algo para condenarn
a nosotros, los asesinos.

Kenmore no pudo decir nada. Se derrumbó en su asiento.

—Por eso —siguió Arlene—, era necesario elevar los ánimos. Ceci
Duclos puede dar encanto a cualquier cosa. Se lo ha propuesto… Empezand
consigo misma. ¡Yo no sé qué es lo que ha cobrado por esta tarea, pero del
ser una buena cantidad! La muchacha ha pasado asustada cada minuto

viaje. Y necesitaba alguien que la acompañase a todos los lugares y reunie
material para su trabajo. Alguien que tuviese una débil idea de todo esto, pa
explicárselo desde un ángulo femenino. Esa persona resultó que era yo. ¿N
estás complacido?

—Yo estoy… bastante enamorado de ti dijo Kenmore. Frunció el ceño–
Tú sabes lo que siento hacia ti. Arlene. Y por tanto yo haría cualquier cosa p
tenerte sana y salva de nuevo en la Tierra. ¡Mira, no son sólo acontecimient
producto de un grupo de lunáticos lo que ocurre aquí!

—¿Y qué otra cosa, pues?

—¡Todo! El motivo real para venir a la Luna, aparte del militar, es lo q
nosotros llamamos el Laboratorio, flotando en el espacio más allá del alcanc
Hay algunas teorías acerca de la energía atómica que afirman que
demasiado peligrosa de experimentar en la Tierra. Incluso en la Luna pue
no haber seguridad en los ensayos. Es material nuclear visto desde un nuev
ángulo. Yo no lo comprendo, pero es necesario. Si esto da resultado, puede s
o peligroso hasta tal modo que jamás se pueda utilizar como arma, o t
seguro que incluso los políticos no se atrevan a usarla por ser inocuo.

Arlene levantó las cejas.

—Y, ¿hay tal cosa?

—Sí —dijo Kenmore—. Dejando aparte el viaje espacial, hay energía
energía ilimitada para todos los seres de la Tierra. Energía para inclu
fertilizar la Antártida si alguien se lo propone. Energía para purificar el ag
salada e irrigar el Sahara. Energía para convertir el desierto de Gobi en
jardín Para un futuro inmediato es por lo que está en funcionamiento
Proyecto Lunar… Con el fin de proporcionar suministros al Laboratorio
donde el más peligroso de los experimentos que los hombres hayan imagina
se puedan hacer con cierta seguridad, a pesar de que no haya seguridad pa
los hombres que lo realicen. ¡Pero tú ya sabes todo esto!

—En su mayor parte —admitió Arlene.

Estaba muy cerca allá en el jeep lunar, pero vestían los trajes espacial
que era necesarios para moverse en el exterior. Arlene soltó las palomillas d
casco y se lo quitó. Agitó la cabeza como aliviada al poder mover libremen
su cabello. Sonrió a Joe.

—Debía ser algo bueno poder trabajar aquí —dijo Kenmore cansado–
Pero no fue aquí. La Tierra nos ha enviado espías y saboteadores. Nos parec
que los habíamos dejado atrás. Pero si no hemos traído ninguno con nosotro
los hemos remontado después de nuestra estancia aquí. Es la cooperació
internacional… lo que nos hace asesinos mutuos. Hay sospechas. H
acciones. Nadie puede realizar nada, porque todo el mundo quiere
monopolio de sus conquistas. Cada cual lucha por evitar que los demás
pongan en cabeza ante él, con el resultado de que todo el mundo en lugar
avanzar retrocede.

Arlene le sonrió de nuevo dentro de la cabina del jeep sobre el Ma
Indrium de la Luna, con el claro de Tierra bañándolo todo en una luz platea

y débil.

—Podría darte detalles, sólo que no tendrían sentido —dijo Kenmore— Pero los truhanes y los granujas juegan con los demás para evitar que nad haga algo que ellos mismos no son capaces de realizar. Hay aquí cada forn de conducta insana, alocada, propia de los seres humanos, más unas cuant características especiales creadas por nosotros mismos.

—Incluyendo el envío de una persona de televisión y a mí aquí pa preparar emisiones, pretendiendo que todo funciona a las mil maravillas — dijo Arlene animosa.

Kenmore rió de un modo falso.

—Qué es lo que ella no hará. He oído a esa Cecile hablar dos veces aq arriba. ¡En ambas ocasiones dijo: «Alguien va a pagar por esto» I

Arlene se rió a su vez.

—¡Alguien lo hará! A la mujer esa le gusta el dinero, Joe. Lo ador Arriesgará incluso su bien formado cuello por él. ¡Ya lo ha hecho! ¡Y *cobrar* Tiene que emitir un programa algo así como dentro de dos horas y media.

—El comunicador con la Tierra ha sido saboteado —apuntó Kenmore.

—Tiene en su compañía el propio técnico en electrónica. Es un homb capaz de hacer que los neutrones pasen saltando por el aro. Si él consigue u comunicación de quince minutos con la Tierra antes de la emisión de programa...

—¿Qué pasará?

—Ella hará que la Ciudad Civil parezca un paraíso ultraterrenal — aseguró Arlene—. Casi lo creeremos nosotros, escuchándola y mirándol ¿Quieres apostarte algo?

Kenmore gruñó y apagó las luces interiores.

—Vayamos al interior de la Ciudad y veamos qué es lo que pasa. L cúpulas parecen mantener cierta presión, a pesar de que eso ocurre sólo en de aire, porque las demás se vacían. ¡Puede que estén rajadas! Vamos. Pero..

Estaban muy cerca, juntos. Hubo un momento de silencio. Los traj espaciales eran molestos para llevar, pero Arlene se había quitado el casco Kenmore no usaba el suyo. Después de un intervalo, Arlene suspiró contenta

—¡Tiene ideas muy buenas, Joe!—Ponte el casco —le ordenó él. Que te quede nada de su telo entre las junturas. Sería como si tuvieras una grieta

Arlene obedeció.

—Considerando que soy una de las dos primeras mujeres que vienen a Luna y todo eso —dijo después—, ¿no crees que también nadie me pue discutir la honra de haber sido la primera mujer que ha sido besada aqu ¿Aunque haya sido dentro de un jeep lunar?

—Eso es igual —asintió Kenmore secamente—. ¡Y si te portas bien, qui también seas la primera chica que ha sido besada dentro de la Ciudad Civ ¡Pero daría cualquier cosa por verte sana y salva en la Tierra!

Se dirigió él primero a la esclusa de aire. La estaba esperando cuan bajó ella por la escalera de cuerda. Avanzaron hacia las tres cúpul


polvorientas que eran habitaciones abandonadas de seres humanos en la Lun

# V

## CECILE DUCLOS

Las maneras de los seres humanos son peculiares ; las costumbres de l seres humanos son extrañas... Pero las reacciones de los seres humanos en s situaciones de emergencia y peligro se acercan a la locura. La conducta de l pocos seres humanos que quedaban en la Ciudad Civil fue un ejemplo perfec de esto.

Pitkin había conseguido elevar la presión del aire en la cúpu hemisférica. Había añadido una pizca de oxígeno extra y precavidamente pu en marcha el generador separado de la cúpula, teniéndolo listo para u emergencia que ahora era definitivamente necesaria. Cecile Duclos se quitó casco y dejó a la vista el rostro más glacialmente frío que Joe Kenmore hab visto en su vida. Dio órdenes; era una mujer muy hermosa, pero su v restallaba como un látigo. Mientras instruía a Lezd, su técnico en electróni particular, se puso a hablar en su idioma latino y sonaba en su boca como distribuyera latigazos en vez de palabras. Pero la mujer no desperdic energías en lágrimas.

Lezd se abrochó el vidrio del casco, cerrándolo herméticamente, y c Pitkin para guiarle entró en la cúpula de energía. Allí trabajaron. Al poco l luces de toda la Ciudad comenzaron a relucir; luego las tres cavern artificiales se vieron tan brillantemente iluminadas como siempre. To parecía confortable, pero en dos de las tres cúpulas aún no había bastante ai para mantener a un ser humano vivo.

Lezd miró el complejo de aparatos del rayo terrestre en la cúpu principal. Kenmore trabajaba en una materia que él consideraba importan Moreau, resplandeciente, se sentaba junto a Cecile Duclos, con Arle escuchándola imperturbable, y respondía a preguntas que la estrella de televisión le formulaba.

Cecile Duclos no utilizaba el encanto en aquel preciso momento; lo tení como si dijéramos, apagado. Utilizaba un cerebro excelente para un propósi altamente específico, lo que bajo aquellas circunstancias era tan extraño con pudiera imaginarse. Con la Ciudad Civil abandonada y perdiendo aire; con u extenso sabotaje espeluznante: con un relato de peligro personal para hac que todo su público de televisión se quedase sin aliento y con una pose indiferencia para su propia seguridad que haría despertar tormentosamen una ola de protestas entre sus admiradores... Con todo esto, Cecile Ducl estaba consiguiendo material para una emisión basada en los aspect encantadores de la civilización lunar.

Una hora antes de la puesta en antena del programa, el técnico tenía ya rayo en comunicación con la Tierra. Colocó una conexión para ella en cúpula de aire y la estrella habló en francés, con una furia y sangre fría q asombraba... Incluso a los que no comprendían una palabra de lo que Ceci decía.

Kenmore volvió al interior de la cúpula de aire para asegurarse de q todo estaba bien. Se sonrieron y la muchacha le señaló a Cecile y a Moreau.

—Hará una emisión —dijo en voz baja Arlene—. Les está contando a l de la Tierra lo que ha ocurrido. ¡Jura que lo dirá por su emisión sin callar nada! Y amenaza con que si la impiden salir al éter en esa emisión, lo proba la vez siguiente, o la otra, o la de má3 allá. Está dispuesta a hablar, siempre cuando no la paguen bien por todo ese sufrimiento, por todos esos pelig que ha estado viviendo. Y la pagarán, la indemnizarán, por eso Ceci presentará una emisión que hablará de los encantos de la vida lunar.

—Pero, ¿por qué no notificó la Tierra a la base de proyectiles y se l arregló para, en caso imprevisto, ser ellos los que guiasen el alunizaje? preguntó Kenmore—. O, ¿por qué, por lo menos, no pidieron que la base proyectiles enviase un jeep para hablar con ellos? ¿Qué ocurrió?

—El transmisor terrestre estaba averiado —le contestó Arlene, en mismo tono bajo—. También saboteado. Fue hecho todo con cronometrismo perfecto para conseguir la máxima eficiencia. ¿Comprendes?

—Me parece que sí. Cada transmisor pensó que el otro se cuidaba d cohete. Por eso salió el cohete, a pesar de que de todos modos fuera difí detenerlo, y se pensó que no habría peligro de que se estrellase al aluniza Todo el mundo, según los saboteadores, a bordo habría muerto precisamente en la Tierra se enterarían de que las fuerzas armadas de l bases de proyectiles habían evacuado a todo el personal de la Ciudad Civil estaban dispuestos para embarcarlos de regreso a la Tierra. Europa ente creería que nosotros, los canallas americanos, habíamos preparado el desast y dejado que el cohete se estrellase para tener una excusa de deshacernos la Luna de todos aquellos que no fuesen americanos. —Entonces dijo c frialdad—: ¡y tú pudiste haber muerto también!

—Quizá sí —asintió ella.

Kenmore rechinó los dientes.

—Eventualmente, voy a matar al culpable de esto. Pero he estad trabajando. He localizado algunas de las filtraciones de la cúpula principa Las estoy obturando. ¿Querrías ayudarme?

Entraron en la cúpula principal. Kenmore tena un pequeño cilindro aire, con un tubo que se metía dentro de un cubo lleno de materia espumo mucho más persistente que las pompas de jabón. En la cúpula, a su ba presión, con poco aire se conseguía una buena cantidad de espuma. Joe lan el blanco material regando con él las paredes laterales. Las zonas visibles plástico no merecían ser examinadas; ningún saboteador haría cortes en plástico en donde fueran visibles. Pero si uno lanzaba la espuma alrededor los bordes de un objeto contra la pared, cualquier rendija que hubiese a haría que la espuma desapareciese. Era el mismo sistema que l automovilistas emplean para encontrar el pinchazo en una cámar metiéndola en agua y viendo por donde salían las burbujas de aire. Sólo q Kenmore, naturalmente, trabajaba precisamente al revés.

Las dos siluetas en los trajes espaciales parecían muy pequeñas mientr trabajaban en la enorme y brillantemente iluminada cúpula. Su aspecto e absurdo. El edificio era desproporcionado a su tamaño. Pero en la Luna edificio necesita ser mayor que en la Tierra, para cobijar su núme correspondiente de personas. Los edificios lunares no tienen sólo que alberg a la gente, sino también a todo lo que en el exterior de la Tierra sirve para d alimentos y para purificar el aire que respiran.

Poco a poco, comenzó a aparecer un sistema en el modo de efectuar sabotaje. Cada grieta que Kenmore encontraba era un corte limpio en plástico, que atravesaba hasta el polvo exterior. Ese mismo polvo estaba t finamente dividido que fluiría como un líquido. El aire podría salir, pero permitiría por su misma salida que el polvo entrase en su interior. Aún hab un poco de presión aérea dentro y se hizo patente que el sabotaje había si hecho con tal deliberación que se convirtió en algo rutinario. En donde injertaba un tabique de los cubículos particulares y privados, con la par lateral de la cúpula, la hoja de una navaja de afeitar habíase introducido p la misma esquina, efectuando los cortes. Había una rendija en el suelo, pocos centímetros del mismo; y había otra en lo alto, sólo a unos di centímetros de altura más allá de la que Kenmore podía alcanzar c facilidad.

Al poco dejaron de utilizar la espuma; Kenmore sabía dónde tenía q mirar.

—Un hombre hizo todo esto —dijo inexpresivo—. Lo realizó de un mod sistemático.

Arlene vigiló, después de aquello. Kenmore siguió trabajando, hasta q hubo rodeado por completo el vasto recinto.

—¡Ahora debe estar ya bien! —exclamó airado—. No me gusta que hombre haga una cosa así, con la máxima calma, como si tuviese tiempo sobra por delante.

Los auriculares casi le ensordecieron.

—¡Estamos emitiendo! —gritó la voz de Cecile Duclos—. Comenzarem dentro de cinco minutos. ¿Dónde está usted, Kenmore? ¡Venga en seguida!

Arlene también oyó el aviso. Frunció el ceño y fue con Kenmore a trav de la esclusa, entrando en la cúpula de los jardines hidropónicos. Habí instalado una cámara y un escenario brillantemente iluminado, adornado c flores sacadas de las artesas hidropónicas, y Cecile Duclos paseaba arriba abajo deliberadamente, alcanzando la sensación de ligera gravedad, con u intensidad fría y absorta.

Levantó la vista y les espetó:—¡Ustedes dos, conserven el traje espaci ¡Arlene, tú también! Entraréis al cabo de siete minutos. Estaréis conmi durante cuatro más —miró pensativa a Moreau—. ¡Las muestras! ¡L lingotes! ¡Consíguelas! —saltó moviéndose hacia Pitkin—. ¡Si haces alg ruido mientras dure la emisión, te estrangularé personalmente !

Era notable y extraño, y al mismo tiempo cosa de locura, est preparando el equivalente de un estudio normal de televisión en una serie edificios evacuados y perdiendo aire de la Ciudad Civil, con una historia de sabotaje a sangre fría, con recriminaciones y controversias próximas producirse. Pero Cecile Duclos lo consiguió.

Lezd, el técnico electrónico, operó en la cámara de televisi personalmente. Realizó su trabajo con el desgaire y la indiferencia del q está acostumbrado. Las luces fueron perfectas. Un segundo arrastró a ot segundo. Cecile Duclos miraba el reloj, con la cámara apuntándola. Y repente se la vio sonriendo de un modo ensoñador, con una expresi acogedora, con una especie de sonrisa misteriosa dirigida a las lentes de cámara y hablando con un acento extranjero delicadamente acentuado.

—¿Cómo estáis? Soy vuestra pequeña Cecile Duclos y os hablo esta noc desde la Luna. Hemos aterrizado aquí... ¿O debería decir alunizado?... Ha algunas horas y estoy encantada, me he quedado fascinada, estoy maravilla por todo lo que he visto. ¡Mirad! ¡Estas flores! ¡Han crecido aquí y sirven pa purificar el aire! ¡Mirad... mirad... mirad...!

Hizo girar sus brazos para guiar a los ojos del invisible público. Lue sonrió a Moreau y dándole una contraseña convenida el joven avan presuntuosamente dentro del campo de cámara.

—¡He aquí a alguien que vive en la Luna... Un hombre lunar! ¡Debe s encantador pasearse con él a la luz del claro terrestre! —Suspiró.— ¡Ay, s tan sensible!

Kenmore y Arlene, de pie en la parte de fuera del escenario, podían v toda la representación... Las mañas cuidadosamente calculadas con las q Cecile aparecía tan encantadora, el perfecto cronometraje con el que su áni comenzaba a elevarse, la aparente espontaneidad con que ella en aparien llamó al capitán Osgod, piloto del cohete terrestre, y la profunda sumisión c la que admiróse de la maravillosa navegación... ¿o fue astrogación, ¿Cuál es palabra para designar la dirección de una nave en el espacio?... La maravillo

pericia con la que el cohete había sido depositado en la superficie lunar sin menor daño.

Le despidió, luego llamó a Kenmore y a Arlene y explicó que acababan venir del exterior, de pasear a la luz de la Tierra. Entonces cambió de postur con la cámara siguiendo todos sus movimientos, y mostró muestras de l formaciones rocosas lunares y un gran peñasco de cuarzo rojizo con vetas oro en él. Sus ojos se hicieron mucho más amplios, más abiertos por sorpresa mientras hablaba de las minas en donde se encontraron tales piedra Y explicaba con excitación que habían masas enormes de oro, ¡muchísima ¡Valdrían miles y miles de dólares allá en la Tierra!

Pero la cosa más encantadora era la ligereza con la que se paseaba por Luna, con la que se caminaba por la Luna. Entonces se trasladó a ot escenario y Cecile Duclos mostró a todo el mundo... en absoluto a todos... q podía bailar de puntillas en la superficie lunar y se levantó las faldas pa enseñar su manera de bailar y de un salto recorrió una distancia de ca dieciséis metros. Recordó ante las cámaras que Nijinsky en persona no hab conseguido saltar ni la mitad en la Tierra, pero que la ciencia le hab permitido a ella sobrepasar visiblemente la marca del famoso bailarín...

Fue una representación verdaderamente sorprendente. Parecía q llamaba al azar a miembros de una ciudad muy poblada para dar animación su programa, no obstante eran sólo ocho personas las que formaban el gru de habitantes además de Arlene y de ella. Cecile con gracia, desmintió tod los rumores y puso en ridículo a quienes fueran capaces de iniciar otros en futuro, especialmente en lo referente a una operación para obligar abandonar la Ciudad a les no americanos. Fue un trabajo estrictamen profesional. Cuando ella sonrió de aquella manera semisomnolienta dirigida su público en la Tierra y pareció ponerse triste por abandonar la transmisió entonces llamó a Moreau para que entrase en di campo de la cámara, le mi y suspiró:«Ah, soy tan romántica!», y entonces cortó la emisión; se hab mostrado tan convincente que incluso Kenmore y los demás parecían cre todo lo que ella haba dicho.

Pero cuando la cámara dejó de funcionar, la mujer se quedó transforma por completo.

—¡Y ahora quiero saber quién trataba de matarme! —exclamó c energía—. ¿Quién habéis sido los criminales...?

Kenmore, ceñudo, se ocupó del comunicador en la cúpula principal. O sólo un ejemplo de lo que el temperamento artístico de Cecile Duclos le hab obligado a hacer para salvar su sentido comercial. No se preocupó de m Estableció contacto con la Tierra. Consiguió comunicar con el mayor Gray, Bootstrap, que era la estación terminal terrestre para todas las actividad espaciales... La plataforma del espacio y de la Luna. El mayor Gray era padre de Arlene y aquel hecho había determinado probablemente la elecci de la muchacha como compañera de la estrella de la televisión. Arlene hab sido aleccionada en cuestiones de seguridad; y procuraría que Cecile Duclos

mostrase discreta.

Hubo cierta dificultad en el rayo auditivo, naturalmente. Incluso la par de sonido de la pantalla visora pareció funcionar mal tanta en la Tierra con allí después de haberse producido el programa de televisión. Sin embargo fu posible hablar confidencialmente. Kenmore, furioso, dijo a Gray lo que hab ocurrido.

El mayor Gray soltó una palabra explosiva y luego añadió con frialdad.- ¿Está ahora a salvo? — Se refería a Arlene.

—Ahora, sí —le contestó Kenmore lacónico—. ¡Pero sería preciso que volviese a la Tierra inmediatamente!

Hubo un intervalo de algo como de tres segundos entre el fin d comentario en la Tierra y el principio de la respuesta de Gray. Se necesitaba mitad de aquel tiempo para que las ondas de radio llegasen al planeta y ot vez de nuevo la otra mitad para que el principio de la respuesta alcanzase Luna.

—¡Estamos en una especie de manicomio! —gritó Kenmore—. ¡No necesario que lo hubiesen abandonado! ¡En apariencia nadie pensó en hac nada sin órdenes! ¡Eso debería ser una Ciudad adelantada, pero está llena d empleados del Gobierno de una docena de naciones diferentes! ¡De un hombres a su modo, pero creen que lo que no está taxativamente mandado, porque no se puede hacer!

Una pausa de tres segundos. Luego la voz del mayor Gray.

—*¿Quiere usted seguir con ese comentario?*

—S… Esta Ciudad ha sido gobernada de acuerdo con las férre instrucciones de la Tierra. ¡Eso que debería significar eficiencia ha resultad una locura! ¡Nadie puede hacer nada sin autoridad, cualquiera que ten capacidad para realizar una cosa indeterminada tiene que espabilarse pa conseguir que le den la orden para ponerse al trabajo! ¡Esto hará que todo venga abajo por sí mismo, a causa de la absoluta futilidad!

De nuevo la larga pausa.—*¡Adelante!* —exclamó Gray.

—Estoy alarmado —dijo Kenmore fríamente—, porque indudablemen gozaré del desfavor general por lo que he hecho. ¡Cuando llegué aquí el únic hombre de la Ciudad era Pitkin! Estaba durmiendo feliz. Soy el único qu parece que tengo idea de lo que *puede* hacerse. Creo que vendrá ayuda de próxima base de proyectiles; mientras tanto, he remendado la cúpula princip para que conserve el aire y estoy enviando a Moreau a la cúpula de energí Después voy a ver si puede repararse el cohete terrestre para devolver Arlene y a Cecile Duclos a la Tierra.

Una larga pausa.

—*¿Y qué después?* —preguntó el mayor Gray.

—Después —contestó Kenmore—. Voy a matar a alguien.

Cortó la comunicación. Cuando se volvió, Lezd, el técnico electrónico qu había acompañado a Cecile Duclos para manipular la parte técnica de emisión, le estaba mirando.

—¿Ese es el modo que tiene usted de hablar a sus superiores? —pregun Lezd con cierto desdén.

—Cuando es necesario —le contestó Kenmore—. ¿No le gusta?

—Si me gusta —dijo Lezd. Asintió y se apartó.

Kenmore lanzó un gruñido. Había sido aquí en la Luna una figura menor carácter, de ínfima importancia. Estuvo entre los primeros en aluniz y su experiencia era notable. Pero la autoridad no podía ser distribuida, menos en una empresa internacional y cooperativa, sobre las bases de experiencia y la habilidad.

Cuando había relativa seguridad para todo el mundo, las consideracion poéticas estaban altamente irreales en los puestos de mando. Pero ahora desastre amenazaba y el hombre que sabía lo que tenía que hacer tenía q tomar el mando, porque nadie más sería capaz.

Kenmore hizo que Moreau se volviera a poner el traje espacial y lo llevó la cúpula de energía. Cambió decidido hasta el lugar en donde los tanques combustible que contenían el ochenta por cien de peróxido de hidrógeno, q no debía congelarse, estaba de pie contra la pared.

—Habrá una ranura en el plástico aquí —dijo señalando—. Y otra al arriba. Alguien se dedicó cómodamente a que la Ciudad fuese inhabitabl ¡Mira!

Moreau miró y se quedó perplejo.

—¿Cómo te has enterado?

—Ha sido su sistema de actuar —contestó Kenmore—. Encuentra tod las ranuras y arréglalas.

# VI

# LA LANZADERA

Volvió a la cúpula de aire en donde Pitkin. Sonreía amistoso a la todav
tormentosa Cecile. Los ojos de Arlene se fijaron en él.

—Voy a dar un vistazo por los alrededores —la dijo—. Y tengo q
revisar el jeep. Será mejor que descanses un poco.

Ella sacudió la cabeza. —¡No podría! No estoy acostumbrada a estar en
Luna. ¡No quiero dormir todavía! Además, no había nada que hacer en
cohete mientras veníamos. ¡Estuvimos holgazaneando durante días! Est
descansada.

Llena pues el tanque de tu vestido —le dijo con sequedad.

La mostró cómo comprobar los contenidores del aire de los tanques
aire de su traje espacial. Luego, comprobó el suyo. Salieron.

Había una verdaderamente mortal tranquilidad en la noche exterior.
cierto sentido no era realmente de noche; estaba allá el enorme y redon
disco de la Tierra con sus mares y sus casquetes de hielo que llenaba u
vasta porción del firmamento y su luz era brillante. Puesto que e
medianoche en la Luna, La Tierra era necesariamente llena y su luz
reflejaba en los picos y en el mar y era por lo menos igual que el crepúscu
terrestre. Por todas partes reinaba un profundo silencio. Nada se movía; nad
emitía sonido. En un traje espacial, claro, una persona podía oír su prop
respirar y loe auriculares le traían el sonido de la respiración de cualquie
cuyo micrófono estuviera abierto. Se oía los pasos de uno sobre el polvo luna
Pero el silencio y la quietud más allá de aquello eran abrumadores.

Kenmore señaló.

—Los generadores están meramente en funcionamiento —dijo a Arlene
por lo tanto hay luz en la parte alta de la ciudad. No es todavía el resplan
de siempre. Pero no tardarán en haber otras luces, aquí y en la esclusa.

debes perder de vista a la Ciudad bajo ninguna circunstancia permanece cer
de mí.

Ella no necesitó responder; se aproximó más. La soledad del panoran
hacía de la separación una idea espeluznante. A media noche en la Luna
suelo ya había estado irradiando tanto calor al vacío durante ciento cincuen
horas que había logrado congelarlo todo por completo. ¡Y el espacio es frí
La piedra bajo los pies estaba en la actualidad más fría que el aire líquido.
brillo terrestre era fuerte pero no desprendía calor apreciable. Y sin embarg
era mucho más práctico moverse en la Luna bajo tal frigidez que tratar
realizar algún acto fuera de cobijo durante el día. Un traje espacial pue
calentarse por encima de la temperatura del medio ambiente de ahora, pe
prácticamente es imposible enfriar su interior bajo el sol lunar.

Joe Kenmore caminó hacia el jeep que estaba inmóvil con su rue
averiada. El cuerpo del vehículo brillaba como un espejo ala luz de la Tierr
Sin aire, no podía haber oxidación; incluso el aluminio, pulido en el vac
exterior, quedaba brillante como un espejo de plata. Y cuando los hombres
sus trajes de vacío descubrían vetas de mineral en las colinas y fundían
metal para extraerlo de su lugar, el mineral fundido corría por los crisoles s
señal de impureza. Incluso el hierro era un metal blanco y reluciente en
vacío del ambiente.

Pero ahora, Kenmore inspeccionaba el jeep impaciente. El cohete de car
que había traído colgaba todavía debajo del cuerpo del vehículo. El depósi
era un cilindro de unos doce metros que había sido lanzado de la Tierra
capturado por la plataforma espacial, rellenado allí con cohetes y apuntado
disparado hacia la Luna. Habían localizadores de radio para vigilarlo
señalaban su caída. Era mucho efectivo dejar que los cohetes cayeran al azar
luego llevarles dentro de la Ciudad, que intentar guiarles hasta un blanco
el espacio. Aquel depósito podría contener alimentos, o combustible,
maquinaria para el puesto humano del espacio, pero era imposible que lleva
pasajeros. La frenética aceleración que le hacía elevarse de la Tierra ahorrab
costo de combustible, pero impedía que fuera tripulado por ningún ser viv
La gran rueda del jeep, con sus radios de acero, parecía muy frágil y estab
actualmente formando una masa informe. Pero allá atrás, en una estrech
cañada, horas antes, una masa de piedra del tamaño de un edificio hab
chocado contra la rueda. La masa no experimentaba cambios con la graveda
por eso la rueda estaba muy doblada. Kenmore dirigió la luz pectoral de
traje espacial a ella. Había estado caminando durante setenta kilómetros
través de las montañas después de averiarse y más tarde siguió buscando a
nave terrestre durante una existencia indefinida. El eje de la rueda estab
quebrado; tenía una gran rajadura y esa hendidura era seria. Era un milag
que el jeep permaneciese todavía en pie.

—No sirve para nada si no lo reparamos —decidió Kenmore—. Y la gen
de la Ciudad se ha llevado los demás jeeps cuando se fueron.

Necesitaba el jeep para un viaje. La nave terrestre yacía en el mar pétre

y tenía que ser preparada para que devolviese a Arlene a la Tierra, cuanc
fuese posible hacer tal cosa. Pero habían bastantes peligros viajando por
Luna para no aumentarlos todavía más utilizando un jeep defectuoso.

Arlene Gray miró al firmamento. Kenmore la oyó decir absurdamente:

—Estrellas brillantes, estrellas brillantes... Joe, ¿cuántas estrellas ha
aquí?

—Muchísimas — le contestó Kenmore —. Bastantes para tenern
atareados durante años buscando entre ellas planetas en los que vivir.

Los cielos eran un panorama increíble para Arlene. En la Tierra,
número de estrellas visible era relativamente pequeño. Apenas se ven tres m
a simple vista. Pero allí las estrellas se revelaban tan numerosas como l
arenas del mar, de todos los colores y con todas las variaciones posibles d
brillantez.

—Necesito este jeep —comentó acremente Kenmore—, al menos pa
tenerlo por si es necesario huir de aquí en caso necesario. Después de todo,
gente que saboteó la Ciudad puede sentirse molesta porque permanezcam
vivos en ella. ¡Incluso es posible que vengan! —Frunció el ceño—. ¡Esto es u
desorden asqueroso! Me gustaría comenzar a hacer subir la presión del aire d
las cúpulas otra vez, pero no estoy seguro...

—¿Hay abundancia de aire?

—Cientos de toneladas —la tranquilizó—. Se mantiene helado, como
nieve. La recalentamos cada noche y aislamos los tanques de nuevo antes d
que amanezca.

—No pareces demasiado preocupado por lo que ha ocurrido en la Ciuda
—dijo Arlene con curiosidad—. Te lo tomas con mucha calma.

—Estoy muy lejos de estar tranquilo. Pienso defender a la Ciudad inclu
con nuestras vidas. Estoy pensando para lo que fue levantada esa Ciudad y d
lo que representaría su destrucción.

—Tú hablaste de que el Laboratorio trata de encontrar un modo pa
conseguir energía ilimitada para la Tierra —dijo Arlene pensativa—. Pero
piensa en la energía como fuerza para cohetes. ¿No es eso lo que te bulle p
la cabeza?

—No se puede ir muy lejos con los combustibles químicos —explicó él—
Hasta aquí es hasta donde pueden llevar a una nave. Pero si tuviésem
cohetes atómicos, entonces Marte estaría a nuestro alcance, los asteroides
Saturno, o al menos... sus lunas, y las de Júpiter... Incluso, con el tiemp
Plutón.

—¿Por qué?

—Ahí están —dijo Joe a la defensiva—. Los cohetes se encuentran en s
comienzos, Arlene, como estaban en sus comienzos con respecto a
navegación actual las canoas de corteza de tronco. Necesitamos algo mej
que cohetes. Puede que haya un campo de energía que cambie las constant
del espacio... Incluso el límite de la velocidad de la luz. Incluso un
oportunidad de que la masa que aumenta con la velocidad —y que crece

miles de kilómetros por segundo— sea una propiedad del espacio en lugar de propiedad de la materia del modo en que la resistencia del viento a la velocidad del sonido no es propia de aeroplano, sino del aire. Si podemos incluso cambiar alguna vez el espacio en un campo de energía, ¡podremos alcanzar las estrellas!

—¿Y entonces?

—Nosotros... seguiremos hasta allí, las alcanzaremos y nos instalaremos en ellas...

Arlene se puso seria.

—Apuesto a que una chica de las cavernas preguntó a un joven salvaje hace miles de años, por qué tenía que ir a explorar un lugar en donde estaban las cuevas de los tigres, cuando tenían un sitio estupendo para vivir, allí donde estaban. Apostaría a que él la respondió del mismo modo que tú tratas de hacerlo ahora, Joe.

Kenmore la miró a ella ceñudo.

—Y yo apostaría —añadió la muchacha, que cuando hayan visitado todas las estrellas y todos los planetas estén colonizados... alguna chica, en el confín de la Vía Láctea preguntará a un hombre como tú por qué quiere ir a otra isla de estrellas —a otra galaxia— cuando el planeta en que ambos viven y han nacido es un sitio muy hermoso.

—Quizá —admitió Kenmore—. Quizá tengas razón.

—Y... —prosiguió Arlene—, y a ella le gustará que él esté de acuerdo con sus opiniones, pero se sentirá orgullosa si no lo está.

Hubo un silencio durante un rato. Kenmore parecía pensativo e inquieto.

—Haces aparecer esto como una cosa insensata —protestó—. Y al fin es todo lo mismo.

—No —dijo ella, un poco de mal humor—, una muchacha preferirá estar orgullosa que complacida... durante cierto tiempo.

Hubo un cambio peculiar y casi imperceptible en la luz por encima de ellos. Kenmore levantó la vista con viveza.

La llama de un cohete ardía entre las estrellas. No descendía; flotaba hacia ellos a través de los cielos y por el hecho de su forma, Joe se dio cuenta de que no estaba muy lejos. Podían ver a la misma llama en su nimbo de humos iluminados del cohete. La llama tenía forma alanceolada, con la parte más ancha en la dirección hacia la que se movía. El movimiento disminuyó de modo que se veía bien claro que era un cohete decelerando para alunizar. Pero que vendría a hacerlo entre o más allá de las montañas.

—¡Mira! —exclamó Kenmore—. ¡Es la «lanzadera» del Laboratorio! ¡Mike Scandia la tripula... tú ya lo conoces! ¡Está a demasiada altura ! ¡ Quizá el rayo del radar esté ahora apagado!

Buscó en su cinturón y sacó un cohete de señales. Le arrancó la caperuza, apuntó hacia el cielo y apretó la cola. Se le escapó de las manos dejando una brillante pista de partículas ígneas. Subió arriba y arriba y arriba...

La llama del cohete pareció bruscamente doblarse en su brillantez. La

disminución del movimiento de avance de aquel vehículo se hizo m
pronunciado. Kenmore parpadeó ante el resplandor.

—¡Eso va a ser difícil! —dijo intranquilo—. ¡Mike tiene que decelerar d
gravedades terrestres, pero ahora utiliza cuatro! Es difícil de acertar cuando
ha estado en la Luna larga tiempo…

La escena era en realidad muy extraña. Estaban allá las cúpul
polvorientas de la Ciudad, con sus débiles luces en lo alto; las rasgad
montañas con sus polos brillantes y sus sombras oscuras a la luz terrestre,
disco redondo y verduzco de la Tierra colgando del cielo y la fiera llan
blanca cada vez mayor sola, respondiendo a las señales lanzadas con l
cohetes rojos…

Antes de que el primer cohete de señales se apagara, Kenmore buscó otr
Palpó con las manos y Arlene con la máxima competencia le entregó u
nuevo del cinturón de su propio traje espacial. Lo tomó él dando por senta
que la muchacha comprendería; así lo hizo. Mike Scandia,.. Arlene le cono
porque era amigo de Kenmore. Y mike estaba en aquel veloz cohete q
pasaba por encima de sus cabezas.

La llama entre las estrellas era casi de una brillantez casi intolerab
ahora. Sin embargo, siguió aumentando. Eso significaría una deceleración
seis gravedades. Kenmore lanzó otro cohete y después otro, para insistir que
lugar del alunizaje estaba allí. Lo que era verdad.

La llama por encima de sus cabezas disminuyó, y entonces pareció
moverse; una parte de ella se arrancó de cuajo y se dispersó con rapid
infinita hacia la nada. La llama remanente se hizo más brillante y m
brillante y "bruscamente se partió también en dos y de nuevo lo que queda
de la llama quemó con una furia de calor blanco pero nunca descendió.

Entonces siguió marchando. Algo allá arriba fallaba porque
movimiento a través de los cielos se detuvo.

Kenmore envió cohete tras cohete. Pero las cosas caen muy despacio en
campo de gravedad de la Luna. Al poco hubo un lugar vago de incandescen
encima de ellos.

—¿Se estrellará, Joe? —preguntó Arlene ansiosa—. ¿Se estrellará?

—Mike no. El rayo de radar de la Ciudad debe estar apagado… De
asegurarme antes… Y Mike no lo sabe. Todo fue interrumpido cuan
abandonaron la Ciudad. Pero él ha venido desde el otro extremo lejano de
Luna y no tenía nada para guiarle. Lo más probable es que sin nuestra ayu
hubiese alunizado en las montañas…

A casi un centenar de metros arriba de ellos algo flameó de un modo t
salvaje que Arlene apartó la cabeza. El mar de lava, la Ciudad e incluso l
flancos de la montaña relucieron vivamente.

*Y* la llama que caía hacia abajo comenzó a disminuir y a disminuir y to
la superficie del mar de lava a unos cuatrocientos metros de distancia.
fuente del resplandor se hizo visible..» Era un cohete delgado, mucho m
pequeño que la nave terrestre. La llama se apagó formando una bola

insoportable blancura. Esta subió hacia arriba a velocidad increíble. Se levanta y se levantó cada vez más alta que los picos de las montañas. Se lanzó hacia las estrellas y parpadeó hasta extinguirse.

El pequeño cohete del Laboratorio, la «lanzadera», permaneció vertical sobre sus patas de alunizaje. Algo se movió. Una voz cascada y brillante sonó furiosa en los auriculares de Kenmore.

—¡Alguien me va a pagar todo esto! ¿Por qué diablos no estaba en funcionamiento el rayo de alunizaje?

Una silueta se recortó en el costado del cohete bajando hacia el mar de lava. Allí se le vio, era una figura pequeña, diminuta, vestida con un traje espacial incongruentemente voluminoso. Kenmore oyó por los auriculares una sarta de juramentos profanos.

—¡Cálmate, Mike! —gruñó—. Arlene Gray está escuchando. Acaba de llegar. La Ciudad ha sido abandonada. Todo es desorden a nuestro alrededor.

—¿Desorden? —se oyó la voz cascada de Mike—. Deberías ver a los tipos del Laboratorio… —entonces cambió de tono? ¿Arlene? ¿Arlene Gray? ¡T… Arlene, no eres de este satélite! ¿Quién te ha dejado que vengas?

La diminuta figura en el voluminoso traje espacial vino saltando con largos y presuntuosos pasos lunares hasta pararse con cierta precisión junto a Kenmore y Arlene. Estrechó las manos de la muchacha con los burdos guantes de su propio traje espacial y las dos figuras formaron un contraste grotesco más que cualquier otra cosa que pudiera verse. Porque Mike Scandia era un enano; tendría un metro diez de altura. El y Arlene se saludaron con calor, haciendo un grupo verdaderamente cómico en contraste con el escenario que les rodeaba.

En aquel momento, la cercana escapatoria de la lanzadera de la destrucción parecía algo que debía preocupar mucho. Pero es que había otras cosas conturbadoras, naturalmente. La Ciudad podía sufrir de nuevo un ataque… esta vez desde el exterior. Por lo menos un jeep había quedado dañado en un intento de asesinar a sus ocupantes y era probablemente inseguro utilizarlo. La población de la Ciudad había huido y su seguridad era dudosa. La mera existencia de los seres humanos en la Luna, estaba en jaque. Arlene, Kenmore y todos los demás, incluso los de los proyectiles dirigidos, estaban en un peligro mortal.

Había demasiadas cosas para preocuparse, por eso Kenmore no se permitió asimismo sentir alivio por la seguridad de la «lanzadera» y ni siquiera se interesó por ello demasiado ni por loe acres comentarios de Mike acerca del estado mental de los ocupantes del Laboratorio Espacial.

## VII

## SABOTAJE

Mike tenía informes preparados para ser enviados a la Tierra median transmisión facsímile. Eran del Laboratorio del Espacio e iban dirigidos a l científicos administradores y organizadores del Proyecto que incluía seguridad del Laboratorio y los acuerdos para su suministro. Se encamin hacia la cúpula para colocar los despachos en el transmisor, a pesar de q iban cifrados, los volvería a cifrar sobre el cifrado antes de enviarlos a trav del espacio. Por el camino, dijo sucintamente a Joe Kenmore:

—El Laboratorio es una casa de locos. Los muchachos están soliviantado

Kenmore señaló el método sencillo de operación para utilizar «lanzadera». Empleaba cohetes de combustible sólido. Tubos separado individuales, ocupaban una serie de ranuras en el exterior del casco. Separar uno señalado *«doce-tres»* que significaba aceleración de tres gravedad durante doce segundos, o *«diez-dos»,* o un *«cinco-dos»,* o un *«seis-tres».* Tambi el tiempo de encendido y acelerado conseguiría el efecto deseados. L cambios más pequeños podrían hacerse soltando los cohetes encendidos ant de que la llama se apagara. El frenética flamear que se alejó a una velocid fantástica, y que se desvaneció en el vacío o se estrelló en las montañas, hab sido un ejemplo de eso. Mike había alunizado de aquel modo.

En el interior de la Ciudad, Scandia, lanzó su mensaje, luego, se puso comer con apetito; le presentaron a Cecile Duclos; él se animó un poco.

Más tarde, Lezd fue en busca de Kenmore»

—Llama la Tierra —dijo con interés—. ¿Está usted al mando aquí?

—En las emergencias, el hombre más irritado usualmente toma el man —observó Kenmore—. Estamos en un caso de emergencia, yo estoy m irritado que ninguno de los demás. Por tanto supongo que soy el jefe.

Lezd asintió.

—Conozco su trabajo —observó—. También conozco a los hombres q saben el suyo. Si en algo puedo ayudarle, no tiene más que decirlo. La Tier pide hablar con usted.

—Gracias —dijo Kenmore.

Entró en la Ciudad y se dirigió al comunicador.

—Kenmore, en la Luna. ¿Qué ocurre? —dijo impaciente ante micrófono.

Hubo una pausa de tres segundos. Luego se oyó la voz de la Tierra:

—*«Grábese esto por favor. Al término de este mensaje que habrá otro código para ser recibido mediante facsímile y entregado al Laboratorio Especial la mayor velocidad posible. La inmediata entrega de este mensaje tiene preferenc sobre cualquier otra acción, incluso las necesidades de emergencia de cualqu naturaleza. De órdenes para que la «lanzadera» sea reaprovisionada de combustib y que se prepare inmediatamente para regresar al Laboratorio Especial.»*

Kenmore levantó las cejas. Dio un grito *y* Mike vino presuro atravesando el umbral.

—Otro viaje— le dijo Kenmore—. De regreso al Laboratorio, en seguid es ultra urgente.

Mike escupió. Luego se fue.

—Ya he dado las órdenes dijo —dijo Kenmore al micrófono—, ¿Qué ha más?

—*«Las bases de proyectiles dirigidos»* —dijo la voz después la pau ordinaria de tres segundos—, *«informen que no han llegado los refugiados de Ciudad Civil. Desde es informe han tenido que llegar. Por eso creemos q posiblemente han perdido el camino. Salgan ahora jeeps de las bases en busca los refugiados.»*

Kenmore se sintió enfermo. Ciento cincuenta seres humanos habí partido presas del pánico veinticuatro, quizá sesenta horas antes. Podrí haber caído en una emboscada y destrozados por el derrumbamiento de algu acantilado del mismo modo que él y Moreau se habían visto comprometid aunque pudieron escapar. También era posible que se hubiesen extraviado, que los jeeps hubieran sufrido también algún sabotaje. En la prime posibilidad estaba el hecho de que hubieran ido asesinados. En la segunda daría el caso de que podría haber una pequeña esperanza. Si era lo último cada persona que había huido podía haberse vuelto loca en sus vehícul estancados, esperando a que se acabará el aire, o que saliera el Sol. Si estaba atascados de aquel modo y no morían por asfixia antes del amanecer, monstruoso calor del día lunar los cocería dentro de sus conchas de acero. voz prosiguió.

—*«Hasta que las autoridades adecuadas regresen a la Ciudad Civil usted ha todas las idea de enviar la siguiente nota cifrada al Laboratorio. ¡No tiene q interponer nada a esto! ¡Nada! Sigue el mensaje.»*

El rostro del empleado terrestre desapareció. Los puntos primitivos

engañadores de la transmisión facsímile comenzaron. Kenmore giró el comunicador hasta la posición de impresión. Arlene Gray apareció buscándole *reparaciones posibles, sujeto todo a la primera* Contó con frialdad de la pérdida de los quince jeeps en que la gente de la Ciudad Civil había huido.

—Claro —dijo—, si hay una fuerza desplegada en guerrillas que aluniza de algún modo, pueden estar de camino hacia aquí ahora. O quizá estén esperando localizar alguna base de proyectiles, empleando el método más sencillo de seguir a uno de los jeeps en su viaje de regreso. Yo creo que la cosa es más sencilla todavía. Me parece que el traidor está en la Ciudad. Mike tiene que hacer un viaje especial de regreso al Laboratorio. Ha de entregar un mensaje ultra urgente y cifrado. Arlene dudaba.

—Debería ir con él —dijo intranquila—. Se supone que mi misión es reunir material para las emisiones de Cecile. Hay bastante seguridad para que pueda ir, ¿verdad?

—Precisamente —dijo Kenmore—, estás aquí en el segundo lugar menos seguro del Sistema Solar. El primero es el Laboratorio, pero yo diría que no tenemos mucha elección.

—Entonces llenaré mis tanques y estaré dispuesta —dijo Arlene—. Vigílame por si no lo hago con propiedad.

Kenmore la contempló mientras se preparaba y observó que la muchacha lo estaba haciendo a la perfección. Pero un traje espacial sólo llevaba aire para dos horas; porque llenar a presión un tanque incluso en la Luna es un trabajo pesado. Nadie puede llevar objetos excesivamente onerosos.

Salieron juntos, a la vasta quietud más allá de la Ciudad. Allí parecía no haber cambiado nada. Un día en la Luna es igual a catorce en la Tierra y una noche dura lo mismo. Era cerca de medianoche cuando el acantilado comenzó a caer sobre el jeep de Kenmore y aún era medianoche cuando comenzaron la búsqueda del caído cohete terrestre en el mar de lava. Incluso ahora, hacía poco que se había pasado la mitad de la noche lunar de dos semanas. Las estrellas no parecían haberse movido de sus sitios, las sombras producidas por la luz terrestre en las montañas no se habían alterado.

Sólo mirando fijamente al gran disco brillante de la Tierra podía percibiré algún cambio; algunas estrellas se habían movido un poquito, en relación al planeta. Los continentes no estaban en el mismo sitio en que estuvieron antes, ya que la Tierra gira.

La *voz* de Mike se oyó en los auriculares desde cerca de la «lanzadera».

—¡No me gusta eso! ¡Calma! ¡Sé que tienes bastantes sesos, pero…!

Pitkin rezongó. Levantó un largo tubo hasta Mike para que lo sujetase en su soporte adecuado. Naturalmente, cada piloto de cohetes se preocupaba de instalar los suyos en su lugar. Mike echaba chispas mientras hacía los ajustes críticos y aseguraba sus elementos de impulsión.

—Arlene irá contigo, Mike —dijo Kenmore a través de su micrófono del casco—. Recogerá datos para que Cecile Duclos pueda figurar haber visto lo

cosas por sí misma.

Mike Scandia se quedó parado como muerto, a mitad de camino d esbelto casco del cohete.

—¡Mil diablos que sí que viene! —estalló—. ¡Yo estaba a punto amotinarme, de todos modos! Alguien además de mí mismo tiene que ver aquel grupo de cabezas huecas y hacerles que se dominen así mismo.

—¿Por qué? —Preguntó Kenmore.

—Se están poniendo un poco quisquillosos, como te dije —contestó Mi —. ¡Si alguna vez he visto a alguien a punto de matarse, son ellos! ¡Se raja por momentos! Espero que el mensaje que envié a la Tierra acerca de ellos demostrará y que manden a unos cuantos, que dejen el Laboratorio y fueran inmediatamente. ¿Pero quién puede venir a albergarse a la Ciuda ahora? ¡Te digo, no obstante, que las cosas se están poniendo muy mal allí! se necesita la palabra de alguien más además de lamía!

!La figura de Arlene vestida con su traje espacial se movió como si mira a uno y otro alternativamente..

—¡Las cosas van mal! —insistió Mike—. No han querido creerme allá la Tierra. Quizá no pueden a Arlene y a mí. Pero…

—Yo informaré a la Tierra —dijo Kenmore.

Dio la vuelta y volvió a entrar en la Ciudad. Cuando regresó, s auriculares recogieron la voz de Arlene.

—¿Puedes utilizar una brújula aquí, Mike?

—¡Uf! —exclamó Mike—. No es necesario. Miras la Tierra y ves l puntos cardinales. ¿Te das cuenta?

—Iré con vosotros —dijo Kenmore—. He dejado el mando a Moreau.

Siguió a Arlene subiendo la escalera que conducía a la puerta del cohet Ella entró la primera en la esclusa. Se instalaron dentro juntos; cinco ¡minut más tarde se les unió Mike.

—Despegaremos a dos gravedades —dijo con grandilocuencia—. ¡ bastante despacio para que te des cuenta del paisaje! ¡Disparo dentro de cin segundos, cuatro, tres, dos…!

Oprimió el botón de disparo señalado «5-2». Oyó rugido y un pe enorme. Había contado hasta antes de llegar al momento del disparo en al voz, porque es necesario tener los pulmones llenos cuando comienza repente tal aceleración.

El peso, sin embargo, duró sólo cinco segundos. 5-2. Cinco segundos, d gravedades. Después no hubo peso en absoluto. Allí reinaba un profundo tranquilo silencio; el cohete flotaba subiendo. Y habían también ventanilla que se habían cerrado por presiones más allá de la sombra de la Luna, pa evitar el resplandor del Sol, a través de las cuales Arlene podía ver el increíb panorama de la luz de la Tierra. El silencio pesaba y el polvoriento mar pétr se extendía en la lejanía al pálido crepúsculo y las montañas parecían ca hundiéndose cada vez más.

Durante noventa y nueve extraños segundos el cohete siguió flotan

hacia arriba y mientras, levantábase a mayor altura las montañas parecía hundirse con mayor lentitud. La revelación de la siempre nueva fiereza hos de los picachos se hizo más gradual, desvelando todavía superiores maravilla A ocho mil metros se veían miles de kilómetros cuadrados de montañas a un parte y la curvada superficie del mar lunar al otro.

—Este panorama es muy bonito, Arlene, incluso a la luz de la Tierra dijo Mike—. Pensé que te gustaría verlo. Ahora nos encaminaremos hacia Laboratorio. Arrellánate bien, vamos a salir disparados —volviéndose a Jo dijo crispado—, a 6-3, Joe. Será lo suficiente.

Mike contó de acuerdo con la voz anterior: «Cinco, cuatro, tres do uno...»

Oprimió el botón de disparo y todo el cosmos pareció explotar.

El pequeño cohete debió haberse desintegrado. Algo llameó en el exterio pero no fue una aceleración de tres gravedades lo que arrojó hacia adelante la nave. Fue un impulso abrumador, insoportable que era el equivalente una explosión continua. Joe Kenmore fue arrojado hacia atrás en el moldead sillón y se vio oprimido por una presión brutal, que le redujo a la impotenci No podía ni siquiera levantar sus manos; no podía moverse en absoluto. Sint cómo sus mejillas se iban hacia atrás, dejando al descubierto los diente Sintió cómo la carne de su cuerpo se ponía tensa, hasta el máximo, aplastaba, se sobrecargaba con el peso de la sangre que iba hacia la par posterior de su cuerpo. Luchó con fuerza por permanecer conscient quedándose sin sangre en la parte anterior de su cerebro. Sus esfuerz parecieron durar siglos.

Pero todo terminó; luchó para recobrar su plena conciencia e inten moverse. Sus manos y sus piernas no le obedecieron al principio; se movía oscilantes y débiles.

—¡Arle! ¡Arlene! ¿Estás viva? —gruñó.

No hubo respuesta y el silencio fue como un estímulo horrible. Se levan —se encontraba sin peso y una luz se encendió en la cabina. Se arrastró has el sillón que contenía a Arlene. Los ojos de la muchacha comenzaban parpadear en su regreso a la vida cuando oyó la voz de Mike Scandia tras Mike le miraba algo incoherente; su cuerpecito se retorcía con angustia rabia. Volvió sus ojos centelleantes hacia Kenmore.

—¡Eso fue... hecho a propósito! —jadeó—. ¡Yo... revisé los cohete ¡Alguien ha estado... cambiando las instrucciones! ¡Para matarno ¡Permutaron los cohetes de la nave terrestre con los de la «lanzadera»! ¡Oh. Gruñó con la furia que parecía dominarle. Pero Kenmore volvió a gritar:

—¡Arlene...!

Finalmente, y muy débil, la joven susurró...

—Creo... que estoy bien...

Y entonces Kenmore comenzó realmente a apreciar el crimen que hab sido cometido contra la Ciudad, y el Laboratorio, y Arlene y a él mismo. arrastró hasta una de las ventanillas y miró al exterior. El cohete estaba lejo

muy lejos de la superficie lunar; eso no importaba. Aún seguía apuntand hacia el espacio; eso significaba poco, a pesar de que su velocidad podría s *«del orden de casi un kilómetro por segundo o más».* Incluso aquello no e mortal por necesidad.

Pero uno de los cohetes había sido mal marcado. Mike mismo los hab escogido, los ajustó en sus adecuados soportes, pero en lugar de ser un cohe de combustible sólido, preparado para dar a la nave «lanzadera» un aceleración de tres gravedades durante seis segundos, Mike había instalado después disparado un cohete creado para dirigir a la gran nave hacia la Tierr Un impulso que estaba calculado para una nave veinte veces más pesada q la lanzadera; las consecuencias eran malas, pero las perspectivas todav peores.

Cualquiera o todos los cohetes que quedaban podían ser iguale Cualquiera de ellos era posible que fuera destinado al despegue del cohe terrestre y otro impulso como aquel haría que la lanzadera se desintegras como el cascarón de un huevo bajo el peso de una tonelada.

Pero no era necesario disparar los cohetes. La nave estaba subiendo; e preciso hacerla volver hacia abajo, o comenzaría una larga caída hacia Tierra, dentro de cuya atmósfera penetraría como si fuera un meteo llameante. Y era preciso que volviese a la Luna, sería necesario comprobar l cosas antes de estrellarse en la rocosa superficie. De cualquier modo, e necesario que tomase tierra la «lanzadera. Cada una de aquellas maniobr requería el disparo de cohetes; y cualquiera de ellos podía llevar el colapso, la estructura de la nave bajo la acción de fuerzas a las que no estaba diseñad para soportar.

Incluso más: Sería de poca utilidad un mero alunizaje. En el cercan misterio lunar estaba la superficie de aterrizaje de un enorme continent mucha más superficie de alunizaje que en todo Norteamérica. En aquel vastedad, con sus cordilleras de muchos kilómetros de altura y de cientos kilómetros de largo, estaban precisamente las tres bases de proyectil dirigidos y cuatro puestos localizadores de radar y abandonada la Ciuda Civil. Eso era el equivalente de cuatro villorrios y otras tantas chozas trampero, en medio de la salvaje superficie de todo un continente. Y cuan alunizara la pequeña nave, la gente allí tendría que utilizar trajes espacial que sólo contenían aire para unas dos horas.

Las posibilidades en contra del alunizaje de la nave de un modo q quedase sana y salva, eran muy grandes, las posibilidades en contra sobrevivir en el alunizaje eran todavía mayores. Y las que habían en cont del alunizaje en la noche lunar, dentro de una distancia que pudiera permi el camino hasta el hallazgo de un cobijo, con dos horas de aire para viajar…

La supervivencia parecía completamente imposible. Lo bastan apropiada para un caso de emergencia en el espacio, las posibilidades contra del éxito eran astronómicas.

## VIII

## EL NAUFRAGIO

—SI esto fuese una emisión de televisión —dijo Mike con amargura- saldríamos por fuera del casco con zapatos de suela magnética *y* haríam algo dramático, con lo que todo quedaría arreglado. ¿Verdad?

Su tono era algo desdeñoso, pero había cierta desesperación en significado de sus palabras. No creo aquello una respuesta simple y dramáti en la situación en que se encontraban. No habría más oportunidades así éxito que de otro modo. Ellos eran, a todos intentos y propósitos, ya con muertos. Y así Mike miró cómo Kenmore trabajaba, y no tuvo la men esperanza… A pesar de que preveía lo que Joe estaba preparando. Los tr permanecían aún utilizando los trajes espaciales ,a excepción de los casco pero Kenmore se quitó la mitad superior de su vestido para poder utilizar s dedos. Había hecho tiras la funda de una de las almohadas. Probó su fuerz Entregó una de las tiras a Mike.

—Mira si es lo bastante fuerte —ordenó—. Emplearé algunas má Tenemos que tener todo sujeto desde el principio, por si acaso la nave pier aire.

Mike tomó la tira de tejido con sus manos torpes a causa de los mitone Tiró de ella. Asintió su cabecita pareciendo todavía más pequeña en abertura de tamaño natural del cuello de su traje espacial.

—Eso aguantará —dijo. —¿Puedo hacer algo para ayudaros? —pregun Arlene con voz tranquila.

—Una cosa sólo —le contestó Kenmore con frialdad mientras trabajaba- Y en eso eres mejor que nosotros.

—¡Yo diré «amén» cuando hayas acabado Arlene! —añadió Mike.

La pequeña «lanzadera» continuaba subiendo y subiendo. No había pe

en absoluto. Mike seguía sentada delante del tablero de control; aquella era
nave. Entretanto Kenmore hizo lazos de tiras de tejido de la funda rosa d
almohadón y las sujetó hasta la palanca manual de despido de los cohet
exteriores. Habían botones automáticos para lanzar fuera del casco los cohet
y estaba también el dispositivo manual por si acaso fracasaban los botones
su complicado mecanismo. Kenmore comprobó cada tira repetidamente.

Era extraño que pudiese pensar con claridad. Había habido sabotaje
muerte en todas las etapas del proyecto del que formaba parte la Ciudad Civ
Pero los primeros ultrajes habían sido meras escaramuzas... Engorros
obstáculos nada más. Esto era el acto final desesperado.

El jeep de Kenmore debería haberse quedado destrozado en
desprendimiento de tierras. La nave terrestre debía haberse estrellado s
esperanza alguna al no tener el rayo de radar que la guiase para alunizar.
propia «lanzadera» debía haberse destrozado y convertido en retazos de met
en los Apeninos, en su camino de venida del Laboratorio; ciertamente
debió escaparse de aquel despegue, en caso de haber sobrevivido al anteri
alunizaje. Y allí estaba la desaparición de todos los habitantes de la Ciuda
Todos aquellos desastres debían haberles puesto furiosos y desesperados. Pe
de algún modo ambas reacciones eran poco apropiadas... Quizá porque nad
podía sobrevivir a la derrota cuando se habían empleado todos aquell
medios contra la Ciudad.

El casco de la «lanzadera» estaba ya demasiado esforzado y tenso; ot
golpe, no más violento, haría que se rajara. Dos o tres, y se convertiría en u
mera mescolanza de hierros volando por el espacio.

Kenmore acabó el trabajo de las lazadas sujetándolas a las palanc
manuales de suelta de los cohetes. Fue hasta Arlene y llenó la parte posteri
del casco de la muchacha con el material sacado, del interior del cojín rot
con la intención de hacer una almohada que la protegiera todavía más de
violencia de los choques.

—Cierra bien tu traje —ordenó—. Si hay otro cohete mal marcado, eso
ayudará a que no te rompas la cabeza. Ahora ponte el casco» y pon
funcionamiento el intercomunicador.

Ella obedeció y se instaló en su sillón. Le sonrió. El le devolvió la sonris
pero fue más que nada una mueca porque se veía incapaz de sonreír. Mi
con cuidado metió una de sus enguantadas manos en la lazada de una de l
tiras de tejido que Kenmore había sujetado a la manivela de suelta de uno
los cohetes. Podía levantar esa mano luchando contra un impulso de d
gravedades, o tres, o cuatro. Pero el impacto como el disparo del últin
cohete, que había tenido tanta gravedad que era imposible calcularlas ha
que su nave cayera. Entonces el cohete quedaría libre.

—Haz girar la nave —dijo Kenmore, dando la orden sin pensar—, apun
a la Ciudad y empieza la cuenta. De todos modos en este viaje no» llegarem
al Laboratorio.

—Esto *«debe»* ser hecho con un impulso de 10-2 —dijo Mike con aspere

—. Cinco… cuatro… tres… dos…

El peso les golpeó, pero un peso tolerable. Aquél era un cohete de 10-dos gravedades durante diez segundos. Estaban dirigiéndose hacia la Luna. S velocidad de escape fue disminuida, pero de ningún modo quedó anulada.

Cuando terminó la presión, dijo Mike con calma:

—Voy a emplear esta vez un 6-3. Cinco… cuatro… tres…

Hubo un impacto terrible, que lanzó a Kenmore atrás en su asiento. Pe la mano de Mike también se vio obligada a bajar el impacto. La palan manual operó. El súper poderoso cohete destinado a la nave terrestre separó de la «lanzadera» con una aceleración imposible de med Seguramente chocaría con alguien en la solitaria y silenciosa superficie luna El cohete «lanzadera» quedó sin peso, su velocidad no fue afectada. Había sid soltado a tiempo aquel cohete auxiliar para evitar la destrucción, sin embarg la sacudida aún había sido demasiado grande.

—¿Vive alguien? —preguntó Mike casi con ferocidad.

La voz de Arlene en los auriculares de su casco sonó intranquila:

—Yo.

—Y Joe está rechinando los dientes. Le oigo "bien — gruñó Scandia – Estamos perdiendo aire. ¡Ese cohete con la sacudida ha debido abrir algun grietas!

Se quitó la placa frontal del casco y agarró el micrófono del comunicad de la «lanzadera».

—Vosotros, los de debajo, en las estaciones de localización. Si intentá averiguar quién es éste que está llamando en el espacio, os digo que som nosotros. Yo, Mike Scandia, con Joe Kenmore y Arlene Gray a bordo de «lanzadera». Estamos disparando cohetes para regresar. Podremos hacerl ¡Seguidnos por radar hasta donde os sea posible! —Entonces masculló alg con mal genio—. ¡No sé quién cambió las marcas de los cohetes en la Ciuda ¡Sabotaje!

Cerró de un manotazo la placa frontal del casco y Kenmore le vio jadea El aire se marchaba de prisa; la aguja del manómetro de presión marcal cada vez más cerca del cero…Aquel último impulso había aflojado l planchas de la «lanzadera». Mike había utilizado al último segundo posible aire para jadear el mensaje dirigido a alguien de cualquiera de las estacion localizadoras cuyos radares vigilaban la llegada de cohetes de carga q venían sin tripulación alguna de la Tierra. Habían cuatro de aquell estaciones.

La aguja del manómetro de presión marcó cero; todo el aire hab desaparecido ya. No había modo de hablar desde un traje herméticamen cerrado al aparato de radio de la nave, ni tampoco de escuchar lo que dicl radio podía recibir de las estaciones espaciales. No había forma de saber si mensaje de Mike había sido captado. No era probable, por otra parte, que hubiesen recibido del todo. Los hombrea de servicio en las estacion localizadoras no están atentos a la escucha a menos de que esperen la llega

de un proyectil de carga. No había en aquellos momentos nada que l incitase a estar escuchando.

—Debía haberlos llamado antes —dijo Mike con cierta dosis de malhum y cuando volvió a recuperar el aliento —no había mucha oportunidad, pe debía de haberlo hecho. ¡Que me cuelguen por idiota! ¡Voy a disparar ot 6-3! ¡Cinco... cuatro... tres... dos... uno.,,!

Otro golpe violento. Fue como un puñetazo monstruoso; bastó para q todos casi perdiesen su conocimiento. Pero aquel cohete, también, se hab expulsado por el peso de la pequeña mano de Mike en el lazado que sujeta la palanca manual.

—¡Esto no tiene buen aspecto! —exclamó Mike de un modo glacial- ¿Preparado, Joe? Voy a probar uno que está marcado cuatro-tres. Cinco cuatro... tres... dos...

*«Era»* un cuatro tres El cohete trabajó valientemente contra la inercia q llevaba a la «lanzadera» hacia las estrellas. Se apagó. Mike dio el aviso disparó otro cohete: aquél también era como debería ser.

Cesaron de flotar tres disparos más tarde. Hubo otro disparo... y otro... lanzadera se volvió hacia la Luna, pero iba sin rumbo fijo ya. Kenmore hab por su micrófono del casco:

—Mike, regresamos. Creo que será mejor que lo hagamos flotando. dispares más hasta que estemos a punto de tomar contacto. La nave ha sido muy esforzada. Puede romperse. Pero si podemos alunizar en una pieza, n va a ser posible salir y comprobar las marcas y asegurarnos de qué es lo q nos queda. Incluso podemos ser capaces de despegar de nuevo y alunizar algún lugar cerca de la Ciudad. ¡Pero no nos arriesguemos a más dispar hasta que estemos casi tocando al suelo!

—Eso tiene cierto sentido común —asintió Mike con un gruñido—. pasado el tiempo descubriendo lo que tengo que hacer con el individuo q cambió estas marcas.

El pequeño cohete flotaba cayendo. Llevaban una velocidad indefini hacia la Luna, ahora, que aumentaba gracias a la débil gravedad del satéli Parecía que la gravedad era trivial porque la velocidad de caída era lenta. nave chocaría con el suelo sólo a un sexto de gravedad, y no obstante, a pes de ser un sexto también de la violencia, la caída sería violenta. Desde la altu de seis metros el golpe sería como la caída de un metro en el planeta mad pero su altura era varias veces diez kilómetros.

Poco podían hacer, naturalmente. Les era posible moverse en el interi sin peso, dentro de la cabina. El giroscopio de la nave todavía funcionaba seguía manteniendo la nariz en dirección a la que la puso el último cohe Kenmore se arrastró hasta la portezuela de división delantera y suspiró.

—Vamos a alunizar en alguna parte de un mar, Mike.

Scandia no contestó. Kenmore oyó rechinar sus pequeños dientes en ges de cólera contenida. Kenmore mismo no podía evitar tener sus propi sentimientos airados. Era necesario pensar con frialdad. Tenían poc

oportunidades de sobrevivir, tan escasas que no podían permitirse el lujo d
desperdiciar ninguna de ellas. Pero también era imposible imaginarse algú
movimiento realmente bueno.

A poco comprobó los tanques de reserva de la nave. Hizo unos arreglos e
la parte superior del traje de Arlene y fijó una tubería elástica y al cabo d
unos momentos los tres respiraban la reserva de aire de la nave. Luego sigu
vigilando por la portezuela delantera.

—Tenemos un respiro —dijo—. Creo que voy a poder localizar una de l
estaciones cuya posición conozco. Quizás alunicemos a unos cien o ciento di
kilómetros de distancia de ella!

—Con dos horas de aire en nuestros tanques! —gruñó Mike.

—En cuanto a eso, lo veremos. Lo importante es alunizar en una piez
Quizá podamos despegar otra vez.

Pero Kenmore no creía eso ni tampoco Mike. Era concebible, pero apen
posible y ambos de ellos lo sabían muy bien. Kenmore había hablado d
manera tan optimista para que le oyera Arlene.

Joe la vio mirarle a través de su casco transparente y advirtió una sonri
curiosa en el rostro de la muchacha. Tuvo el incómodo sentimiento de que
joven acababa de adivinar su pensamiento y conocía las pocas posibilidad
que tenían de sobrevivir.

El increíble panorama lunar aumentaba lentamente delante de ellos. D
haber brillado el sol les hubiera sido imposible mirar al suelo. No obstante,
pesar de la luz terrestre que era de por sí pálida, todas las características d
mundo muerto estaban alumbradas. Flotaban, cayendo… y la velocidad d
caída aumentaba.

—Es tiempo de probar un poco más de aceleración, Mike —dijo al poc
Kenmore.

Scandia se desenganchó el casco del tanque de la nave y regresó a la sil
del piloto. Kenmore también volvió a su puesto.

—*Solo* hay una cosa posible —dijo después de un momento—. El homb
que saboteó la Ciudad hizo todas las ranuras en los mismos sitios. Traba
rutinariamente. Es posible que cuando comenzase a pintar nuevas marcas e
los cohetes destinados a la nave terrestre haya marcado a todos lo mism
Quizá tenga esa clase de cerebro tan obtuso En tres ocasiones un cohe
marcado seis-tres ha estado equivocado. Quizá los demás estén bien. Los die
dos eran correctos. No podemos confiar en que todos los cohetes señalad
mal sean los seis-tres, pero es muy posible que ocurra eso.

—Sí —dijo Mike con voz grave—. Pero yo cargué una mayoría de sei
tres. Me gusta el disparo a tres gravedades. Pero haré cuanto pueda.

Volvió a los mandos de la nave. Abajo se veían cadenas montaños
extendiéndose y moviéndose también un poco lateralmente. La confusa
absurda mezcolanza de montañas y cordilleras ocupaba todo el suel
Kenmore y Arlene miraban a través de las portezuelas mientras la nave dab
la vuelta. La «lanzadera» se dirigía hacia abajo, pero un poco al sesg

también. Luego una llanura monótona, un mar, un mar de lava solidificad
entró en posición debajo de la nave. Mike puso en funcionamiento el radar
localización de objetos cercanos.

No funcionó; había quedado destruido por uno de los impactos de l
cohetes mal marcados.

—Vamos a alunizar con el fondillo de los pantalones —dijo Mike—
Desengancharos del tanque y sujetaros bien en los asientos.

Arlene obedeció; Kenmore también se soltó, pero lo hizo con m
desgaire.

—Cinco —dijo Mike—. Cuatro… tres… dos… uno…

Un cohete comenzó a dar su impulso poderoso Kenmore contaba, ten
hasta llegar a diez. Scandia acababa de disparar un diez-dos. Entonces Mi
atisbo, por la portezuela.

—¡No se puede calcular la distancia! ¡No hay nada que sirva pa
calcularla! —murmuraba furioso.

Hizo girar la nave con delicadeza, de modo que su movimiento later
quedase contrarrestado por el disparo del mismo cohete que controlaba
caída de la nave.

—Cinco… cuatro… tres… dos… uno.,,

Otro formidable impulso. Un cinco-dos.

—¡Pero estoy gastando los cohetes, Joe! —exclamó Mike airado cuan
acabó el impulso—. ¡Me quedan tres más de seis-tres… y eso es todo!

—Tendrás que correr el riesgo, entonces —le contestó Kenmore. Miró
través de la cabina—. ¡Suerte, Arlene!

Una larga, larguísima espera.

—¡Estamos muy cerca ahora —dijo Mike con brusquedad—. No pue
correr el riesgo de contar. Voy a disparar cuando lo considere preciso.

Diez segundos. Quince. Veinte. El rugido de un cohete. Peso. Peso de tr
gravedades. Un cohete seis-tres que era lo que debía ser. El impulso detúvose

—¡Eso es lo que necesitaba para alunizar: —exclamó Mike—. Uno más…

Pero aquel fue un golpe como la explosión de una bomba. El cinturón
seguridad preparado por Kenmore soltó con rapidez el cohete, pero una gr
grieta apareció en el lateral de la cabina de la nave; estaba a punto
romperse en pedazos.

—Voy a correr el último riesgo —dijo Mike con brusquedad—. ¡N
podemos hacer otra cosa! ¡Ahí va! Disparó el último cohete que quedaba.

Fue un cataclismo; fue píí,,pf»r,é!?sékiads[1] monstruoso. Si no era
cohete de partida para la nave terrestre, seguramente estaba creado pa
utilizarlo en deceleración, para detener una gran nave cuando se acercaba
su destino. Pero no tardó en volar libre.

Hubo un enorme silencio y las luces de la «lanzadera» se apagaro
Oyeron crujidos y chasquidos transmitidos por la sólida conducción a trav
de la materia que formaba el roto casco de la nave.

Y entonces la «lanzadera» tocó el suelo.

Cayó. Rodó sobre sí y volvió a chocar y luego rebotó; entonces se desli sobre el polvo lunar en lo alto de la superficie de lava del mar. El polvo sirv como lubricante, como hubiese hecho el talco y probablemente evitó que nave se deshiciera en pedazos. Pero aún así cuando acabó el movimien pudieron ver las estrellas entre las rendijas enormes del metal de encima sus cabezas. Kenmore, colgado de su silla de aceleraciones por el correaj permaneció un momento sin respirar y luego la nave se desmoronó, formand una masa casi irreconocible de metal.

—¡ Arlene! ¡Arlene! —se oyó gritar a sí mismo con fiereza.

—Yo... creo que estoy bien, Joe... —jadeó ella—. Me ha dolido, pero...

Mike murmuró algo y quedó en silencio. Después dijo con una calm poco natural:

—¡Arlene, cierra tus auriculares! ¡Voy a decir algunos reniegos acerca d individuo que nos hizo esta faena! Kenmore se aflojó el correaje. Salió p entre las planchas rotas que por fortuna no tenían la rotura en forma irregul y extendió los, brazos, luego se abrió paso a través de los restos para llegar Arlene y soltarla de sus correas. Algo se había inclinado y la aprisionab Kenmore encendió las luces pectorales y aflojó la palanca que mantenía a silla en posición de uso. La dejó caer. Se dio cuenta de que Arlene se conten convulsiva muy cerca de su persona cuando la libertó. Entonces Mike aparec de alguna parte con las luces encendidas.

—Algo me dio en el casco —dijo—. Se ha doblado. Me doy cuenta. Ca se rompe ¡He pospuesto el maldecir a ese individuo hasta que me sien bastante seguro! ¡Saldremos por aquí!

## IX

## ABANDONADOS EN LA INMENSIDAD

Dos minutos más tarde los tres permanecían en pie en medio del polvo más de un palmo de la superficie del *«mar»*. La Tierra brillaba por encima sus cabezas. La «lanzadera» parecía como un montón de hoja de la aplastada, a excepción de las partes en que su esqueleto quedaba expuesto a luz.

La miraron. Luego Kenmore avanzó, y se encontró a sí mismo cojeand para ver el otro lado de la nave destruida. Estaban en el centro de lo qu parecía ser una llanura, pero que no lo era. Podían ver incontables millones estrellas, luciendo todas con un brillo fijo y muy cerca del horizonte en tod los lados. No había parpadeo en las estrellas que rebordeaban el horizon lunar; conservaban su plena brillantez hasta que el horizonte las tapaba.

Uno podía decir —exclamó Mike, respirando con dificultad—, que no ha más tierra a la vista que ésta. Pero, ¿hay algo más, verdad Joe?

—Bajaremos —contestó Kenmore.

Sus alrededores, actualmente, eran más solicitados y desolados que l irregulares montañas de la Luna. Podían ver casi cuatro» kilómetros en ca dirección antes de percibir la curvatura de la superficie... Y aquello era horizonte. No es que hubiese nada que ver excepto la superficie polvorien del *«mar»;* no había nada. Literalmente nada.

Kenmore miró con cuidado hacia la Tierra. Pendía enorme y brillante el cielo. No estaba donde debía de haber estado si la contemplasen desde Ciudad; se la veía un poco allá del mismo centro del firmamento.

—Hum —dijo—.. Un grado de arco en la Luna es una fracción de un veintisiete kilómetros, en lugar de los ciento once de la Tierra. Mike, ¿has cuándo se había alzado la Tierra, desde el punto de vista de la Ciudad?

Mike parpadeó; aquello era cosa suya. Como piloto de la «lanzadera»,

sus viajes al Laboratorio del Espacio, sus viajes se hacían mediante cómput
incluidos en sus órdenes de vuelo. Pero los regresos, en la Luna, era
diferentes. Con toda normalidad, tenía un rayo de radar que le hablaba
extremo de la ruta, pero sabía dónde la Tierra estaría en el cielo durante
camino. Y, claro, los casquetes polares terrestres y los continentes eran mucl
más útiles que un sextante.

—Hummm —dijo con voz profunda—. Vamos a verlo.

Y lo hicieron, haciendo señales en el polvo y con la altura del casco
Kenmore para proporcionar datos comparativos. Quizá no fue algo mu
exacto, desde un punto de vista. Tenían unas dos horas de aire respirable
sus tanques y el número de lugares habitados en la cercana mitad de la Lu
podía contarse con los dedos de una mano y sobrarían dedos. Pero la na
había partido en una dirección específica hacia uno de sus lugares; había
bajado desde el lugar de la catástrofe hacia su punto de partida. Y cuando
grado de arco tiene sólo veintisiete kilómetros y la Tierra está allí, pendien
por encima de las cabezas y visible, el fijar las posiciones es mucho m
simple que en nuestro planeta. En lugar de una observación lunar o estela
hacen una observación terrestre. En la Tierra basándose en ella. Cuan
hubieron acabado, dijo Kenmore:

—Puede que estemos a unos cincuenta kilómetros de distancia, Mike.

—Sí, y no creo que pasemos de cien —asintió Mike con ansia—. ¡Vamos

—Joe... Mike... Vosotros estáis tratando de ocultarme lo que pa
mientras os sea posible —dijo Arlene con vos suave—, pero tenemos sólo d
horas de suministro de aire. ¡Y no podemos recorrer cien kilómetros en d
horas!

—¿Cuánto tiempo pasó desde que el cohete terrestre alunizó, o perd
aire antes de que yo te encontrase, Arlene?

—¡Pero nosotros teníamos los tanques de la nave para respirar! —protes
ella.

—La «lanzadera» está destruida por completo —admitió Joe—.. ¡Pero
creo haber advertido signos de que sus tanques se rajaran! Mike emitió
murmullo de asombro y avanzó hacia los restos. Kenmore marchó tras
encendiendo la luz pectoral.

—Creo que tienes influencia, Arlene —dijo Mike por el micrófono de
traje espacial.

Ella esperó fuera. Podía ver sólo que trabajaban furiosos dentro de l
restos de la lanzadera. Mike Scandia arrastró algo y regresó. Se vio una llam
extraordinaria ardiendo en el vacío; era un soplete oxhídrico cuya llama en
vacío no tenía el mismo aspecto que en la Tierra. Humo denso y blanco sal
de ella, se expandía con furia y luego brillaba como si fuese una nube
diamantes infinitamente pequeños flotando en el vacío. Pero esto era algo m
raro que los diamantes en la Luna. Oxígeno e hidrógeno, ardiendo junto
producían vapor de agua. En el frío monstruoso de la noche sobre la Luna,
vapor de agua sólo podía existir a pocos centímetros de la llama. Las blanc

nubes eran diminutos cristales de hielo cayendo lentamente, muy lentamente

El soplete se apagó con rapidez; en no menos de veinte minutos desde alunizaje de la nave, habían sacado dos tanques de reserva de dentro de «lanzadera» y los habían depositado sobre el polvo de la superficie del m lunar. Los tanques parecían enormes, pero hubieran sido peculiarmen ligeros incluso en la Tierra, porque tenían que ser enviados muy lejos donde su transporte era costosísimo. Pero incluso aquel peso ligero queda dividido por seis en la Luna.

En alguna parte, fuera de la nave, Kenmore llenó de nuevo los tanques Arlene y él y Mike repitieron la operación. Encontraron una hoja de acero ro y Kenmore se engancha en ella con una abrazadera de aquella cuerda espaci de plástico que no se hace quebradiza, y que es parte del equipo normal de traje espacial. Comenzaron a marchar, llevando Kenmore los tanques.

—Para esta clase de viaje —dijo Mike—, será mejor que lo hagas a Arlene.

Le enseñó aquella excéntrica andadura lunar que mucha gente jam aprende, inclusa a pesar de que permanezcan en el satélite durante meses. deriva de la fácil manera de caminar que practican los atletas en la llama marcha atlética. Era inútil dentro de la Ciudad Civil y muchas person viajaron por fuera sólo en jeeps. Pero aquellos que trabajaban al exterior, bi en las minas o recuperando proyectiles de carga enviados de la Tierra, e necesario que lo aprendiesen.

Mike Scandia se lo enseñó a Arlene Gray. La técnica de caminar por Luna aprovecha la plena ventaja del hecho de que uno cae muy lentamen desde poca altura. El individuo se mueve hacia delante y salta con gentile hacia arriba y flota. Luego desciende con suavidad, mientras sig moviéndose hacia delante, toca el suelo y da un toque delicadamente jus que es una pisada; entonces vuelve a saltar y continúa moviéndose hac delante. Es muy parecido a esa clase de caminar que hacemos flotando nuestros sueños.

Los tres se pusieron a cruzar el polvoriento e informe mar. Kenmore lle la especie de trineo hecho con la placa metálica y los tanques y lo hizo con ritmo igual al de su movimiento. Su andadura alcanzó un promedio de un doce kilómetros por hora. Habrían hecho más, pero de cuando en cuando detenían para comprobar el aire de sus tanques.

Cuando hubieron viajado la primera hora el panorama lunar continua sin mostrar el menor cambio. Estaba en el centro de una superfic suavemente ondulada que tendría unos siete kilómetros de diámetro; más al no había nada. Hasta el horizonte habían unos tres kilómetros, allí la llanu caía hacia abajo y se perdía de vista y sólo se veían las estrellas y la Tierra p encima de sus cabezas,

Después de una hora de caminar se detuvieron. Mike disparó una benga y la colocó en una alta pértiga de metal que había cogido también de lanzadera. La bengala ardió con luz roja y brillante, utilizando el prop

oxígeno que despedía para arder. Calentó el tanque de aire… Por lo menos u poco, para que la presión volviese a llenar los pequeños depósitos de los traj espaciales.

En la segunda parada, advirtieron que habían montañas más allá d horizonte delante de ellos. Podían ver los picos silueteados contra las estrella El resplandor rojo daba al panorama un aspecto fantástico, iluminándolo mismo tiempo que a las figuras de Kenmore y Arlene de un tono rojo sangr Mike se detuvo unos momentos a echar un vistazo a su alrededor.

A la tercera parada, Kenmore ordenó a Arlene que durmiese durante u hora. Ella rehusó y todos siguieron adelante. Antes de la cuarta hora de viaje habían llegado a las montañas que se levantaron bruscamente desde mar de piedra. Mike y Kenmore hicieron una somera consulta. Por último dirigieron hacia el Norte y bordearon los ondulados *«mares»* y sin aventurar dentro de los pasos. Era cuestión de escoger o Norte o Sur.

Ni siquiera soñaron en adentrarse por aquellas montañas inexplorada Las laderas rocosas eran aptas para los deslizamientos y podían incluso ocurr avalanchas de polvo que esperasen al caminante en cualquier zona montaño de la Luna. Uno no se adentra dentro de las montañas, ni siquiera en un jee lunar, cuando puede evitarlo. Especialmente uno no avanza por allí, absoluto, excepto en los pasos en donde todas las posibles avalanchas habí sido precipitadas por anticipado colocando cargas de explosivos, disparanc contra la piedra, a menos de dos kilómetros de distancia.

Así los tres marcharon hacia el Norte bajo los sombríos acantilados. puesto localizador a que esperaban llegar estaba atendido por su propio jee lunar y todas las huellas en la Luna permanecen para siempre. Si encontraba un reguero de pistas de jeep lunar ellas les conducirán hasta el pues localizador con la máxima seguridad.

Arlene estaba prácticamente muerta de cansancio. Un sexto de graveda ahorra mucha energía, naturalmente, pero aun así una persona norm necesita dormir. La joven había pasado un verdadero torbellino de emocion durante las pasadas veinticuatro horas y nadie es capaz de aguantar todo e sin acusar muestras de fatiga.

Al poco se la vio tambalear, casi ciega de cansancio. Después de larg rato, oyó las voces de los demás en sus auriculares. Se habían detenido. La l de la lámpara pectoral de Mike Scandia había dado con algo que reluc metálicamente en el acantilado.

Arlene salió del cansancio para meterse en una especie de estupor al o que Kenmore decía sardónico:

—Pues claro que es real. Pero se desvanecerá si te acercas.

—¡Estás loco! ¡No es metal! —respondió Mike indignado—. En otr tiempos debió haber gente en la Luna. ¡Ellos lo hicieron! ¡Este materi volvería locos a esos científicos! ¡Voy a recoger un poco!

—Es perder el tiempo —insistió Kenmore—. Yo no quiero que n retrasemos más. ¡Tenemos que pensar en Arlene!

—Estoy bien —dijo ella. Pero estaba agotada por completo—. Esto completamente bien…

Los dos se volvieron a mirarla y ella se dio cuenta de que estaban a la sombra de un monstruoso acantilado. La luz terrestre no llegaba hasta allí; la negrura era absoluta, excepto la brillantez de las luces pectorales de lo» trajes espaciales de los dos hombres. Sus propias luces también daban un resplandor blanco, a pesar de que no recordaba haberlas encendido.

Los dos parecían hacerse gestos uno al otro.

—Necesitas dormir, Arlene, pero ahí hay algo que no ha visto jamás nadie —dijo Mike con gentileza—. Flores lunares! ¡Mira!

Arlene miró. Ante ella se alzaba la oscura masa de un acantilado que tenía una altura incalculable. Era de un negror mortal a la sombra lunar. Pero el rayo de la lámpara de Mike localizó un lugar, bastante bajo, en donde algo metálico relució.

Parecía como una pizca de plata. Tenía ramas relucientes, finas como un hilo, que se levantaban con delicadeza formando ramificaciones; de las ramas salían hojas extensas y con una graciosa caída. El número de tallos era imposible de calcular. Un espacio de quizá cinco metros contenía un número increíble de follaje. Habían cientos de plantas lunares, entremezcladas y confundidas unas con otras, algunas tenían un metro de altura, otras cinco o seis y otras más eran más pequeñas. Pero tenían una profunda belleza. Flores y follaje de infinita delicadeza que permanecían inmóviles allá debajo de la mole de casi dos kilómetros del acantilado en la negrura que daba frente al mar de piedra.

—¿ La apartamos un poco ? —dijo Mike con brusquedad.

Kenmore asintió. Cogió a Arlene por el brazo y la sacó más allá de la sombra del acantilado… en donde la luz terrestre caía de nuevo y así pudieron ver el mundo del que todos procedían.

Encendió una bengala y dijo muy serio:

—Siéntate.

Arlene obedeció, sentándose en una piedra cerca del depósito de aire. Y el acto de relajación fue infinitamente placentero, tanto que apenas oyó hablar a Mike.

—¿La dejamos descansar una hora, verdad? Iré a recoger esas cosas. Se merece un ramito.

Arlene trató de decir que no, pero le fue imposible hablar. Se sentó con torpeza a la luz roja de la bengala. Su radiación daba calor!

No estuvo jamás segura de cuanto tiempo descansó. Probablemente dormitó y se despertó y volvió a dormirse con tanta fatiga que ni siquiera se daba cuenta. Pero oyó la voz de Mike por sus auriculares, diciendo airado:

—¡Habrá un modo de llevarla!

Pasó otro largo tiempo y Scandia apareció delante de ella. Arlene vio otra cosa, allá lejos, pero estaba demasiado cansada para darse cuenta de lo que era. Sin embargo, las enmitonadas manos de Mike estaban llenas de polvo

lunar y a través de sus brazos extendidos se veían ramitas de las imposibl
flores plateadas.

—¡Mira detenidamente, Arlene! ¡Pronto se alejarán!

—¡Son hermosas, Mike! —dijo Arlene con torpeza—. ¡Muy hermosa
Eran como telarañas, como el encaje más finísimo y preciado. Una de las cos
más maravillosas que había visto jamás. Flores lunares.

Arlene extendió la mano y las cogió. Kenmore apuntó su luz pector
sobre ellas.

La muchacha las tuvo durante un momento, luego desaparecieron. L
ramitas se esfumaron. Arlene quiso apretarlas, asombrada, y aquell
vegetales muertos dejaron de ser. No le quedó nada entre las manos.
impresión despertó la por completo.

Ella miraba, miraba hacia el polvo de debajo de sus pies. Nada.

—¿Te has dado cuenta de lo que son, Joe? —preguntó Mike agudamen
—. ¡No puede ser otra cosa!

—No —asintió la voz de Kenmore—. No podían ser otra cosa,..

Arlene estaba confusa, pero ahora se encontraba despierta. Parpadeó
sacudió la cabeza. Luego dijo interrogativa:

—Yo he estado… durmiendo y soñando, creo. Pensé que eran… flores
plata. Pero eso… eso no fue un sueño, ¿verdad?

Señaló. Había una luz que se movía en la lejanía al mismo nivel en don
estaban ellos. Mike dio un grito de alivio y satisfacción y Kenmore gruñó
contento. Era un jeep lunar. Venía con extraordinario silencio subiendo hac
donde estaban ellos, hacia donde ardía la bengala. Se detuvo. Una ingen
figura bajó por la escalera de cuerda.

—¡Mike! —sonó una voz nueva en los auriculares—. ¡Joe! ¡Par de loco
¿Por qué no seguisteis hablando? ¡Nos hemos puesto furiosos, Jane y y
¡Traté de localizar vuestra nave… Si no hubiésemos encontrado vuestr
huellas, jamás hubiéramos llegado hasta vosotros!

—¡Hola, jefe! —dijo Arlene con la mayor educación. Luego se desvaneci

## X

## ¡DEBACLE EN EL LABORATORIO!

Joe Kenmore despertó en el jeep que le había recogido junto con s compañeros. Se encontró a sí mismo acostado en el suelo de metal, sufriend los azotes de un monótono vaivén mientras el vehículo rodaba a gr velocidad por encima de las suaves ondulaciones del Mare Indrium. Olió aceite, y a ozono, y a metal caliente. Pero también olió a café.

Se puso en pie, mareado. Arlene Gray yacía en un camastro improvisa en la parte trasera de la cabina, todavía durmiendo. El jeep, lo sabía, encaminaba hacia la Ciudad Civil. Un considerable número de horas habí transcurrido, pero la noche lunar permanecía en su apogeo. La luz terrest bañaba todo lo que podía verse, pero que no era mucho hablando en términ de paisaje. La Tierra, por encima de las cabezas, empezaba ahora a mostrar sospecha de una sombra en su borde occidental. Acababa de pasar su fase d digámoslo así, Tierra llena, correspondiente a la media noche lunar. Se mov hacia la Tierra menguante, que era el preludio al alba de la Luna.

—El comer es un gran invento —dijo Kenmore, mientras cruzaba p entre las masas de maquinaria de la cabina del jeep.—, ¡Dadme algo!

Haney le entregó un cubilete de café, uno de esos cubiletes especiales q alcanzaron gran moda en la Tierra, en cierto tiempo, porque no permitían q el líquido se desparramase aunque sí se podía beber de ellos. Kenmore instaló en uno de los asientos plegables destinados a los pasajeros eventuale El mismo flaco Haney comenzó a prepararle un bocadillo, atrapando c cierta competencia las rebanadas de pan que el movimiento del jeep hac flotar en el aire.

—Mike ha estado contándonos los acontecimientos de la Ciudad —di amablemente el jefe con su sobriedad característica. Era un hombre m moreno.

Kenmore gruñó asintiendo. El jefe, mientras conducía, continuó hablan

por encima de su hombro.

—¡Mucho jaleo! ¿Cómo vas a hacer que ese mensaje cifrado llegue Laboratorio, si es tan importante como Mike dice?

—Con el cohete terrestre —dijo Kenmore sombrío—, ha llegado alunizar y debe tener algunas averías. Está caído de costado. Tiene qu ponerse en funcionamiento para que transporte el mensaje... De acuerdo co lo que dirían en la Tierra. Probablemente eso es imposible,.pero esto meditando bien. Si tiene que hacerse...

El jefe era un indio mohawk, y dijo, con meliflua sumisión:

—Si el Gran Jefe Hombre de la Luna hace lo dice, nosotros, sus guerrero lo acataremos. ¿El choque ha sido muy fuerte?

—Arlene pudo salir, lo que significa algo.

—¿Es esa orden tan importante porque han descubierto en la Tierra qu la pandilla del Laboratorio se ha vuelto un poco loca, o porque no lo saben —preguntó el jefe de manera especulativa,—. Podría ser cualquiera de las d cosas...

Remoto como estaba, el Laboratorio Espacial ocupaba la mayor parte d sus pensamientos, tanta por lo menos como lo acuciante de su inmedia situación. Estaban todos en la Luna por causa del Laboratorio, y la Ciuda Civil había sido y se mantenía para servirle. No había actividad civilizad fuera de la Tierra que no hubiese sido preparada con el propósito de hac posible al Laboratorio.

El jeep lunar continuó su marcha sobre el polvoriento mar que una v fue sólida roca. Al poco, se despertó Mike Scandia y Kenmore le pregun informes exactos y detallados acerca de la situación. Mike se tomó un cubile de café y contó lo que sabía. No era mucho más de lo ya había indicado a Jo pero en el contexto del propósito del Laboratorio era, desde lueg apabullante. A muchísima distancia, en el otro lado de la Luna —a un quin de la distancia que separaba el satélite de la Tierra—, había un minúscu objeto artificial flotando en el vacío; y no podía ser visto desde el extrem cercano de la Luna. En su pequeña caja metálica dividida en compartimient vivían ocho hombres en el mayor peligro que la Humanidad se enfren voluntariamente. El Laboratorio Espacial era una factoría de energía atómic Contenía materiales fusionables que podían estallar y hacer de sus ocupant gas radiactivo a la temperatura del mismo corazón del Sol. Nada más que u momento de descuido sería necesario para producir aquella catástrofe.

Había un campo de energía, el que, en teoría, podría afectar incluso a l neutrones; las matemáticas hechas sobre él eran todavía muy especulativa Habían hechos que todavía estaban por descubrir. Si tal y tal era el hecho oh, la energía podía servir para toda clase de necesidades imaginables en Tierra durante los tiempos del porvenir; y nada excepto energía podr ponerse en libertad de las extrañas pilas atómicas. Pero si el hecho era tal cual... oh, era posible que cualquier tipo de materia, incluso tan escasa com los gases que hay en el vacío de una válvula electrónica, formase un sol. I

ese caso, los trabajos del Laboratorio eran fútiles o peor que eso...

De cualquier modo, los experimentos eran peligrosos, por tanto Laboratorio colgaba en el espacio, en donde la gravedad de la Luna era ca perfectamente balanceada por la velocidad orbital del Laboratorio alreded de la misma Tierra. Era un lugar muerto, un punto muerto, a sesenta y cin mil kilómetros de distancia. De haber tenido que considerar sólo la atracci terrestre, el Laboratorio hubiese permanecido allí para siempre. Pero gravitación solar entraba en funciones y una vez cada dos semanas, o cuatr o seis, tenía que dispararse un cohete pequeño para devolver al Laboratorio centro del espacio muerto por el que tenía que errar.

Y los ocho hombres allí trataban extenuadoramente de descubrir si l hechos físicos subatómicos eran tal y tal, o tal y cual. Ellos estaban en espacio lejano para guardarse contra la posibilidad de que los hechos fues tal y cual. En tal caso, la prueba se anunciara por la súbita aparición de u globo azul-blancuzco de metal vaporizado y carne humana y suministr técnicos procedentes del lugar en donde debía de haber estado el Laboratori Con toda evidencia, no sería una buena idea que tal descubrimiento fue hecho en la Luna; porque el satélite mismo podría explotar. Y eso sería mu conveniente, ya que todo el mundo en la Luna y en la Tierra moriría. Cuanc eL jeep de la estación localizadora se acercaba a la Ciudad, Kenmore ocupó sitio junto al jefe, ante los mandos. Pensó coger los mandos por sí mism pero se contuvo. Había pasado mucho tiempo; la sombra de la par occidental de la Tierra se había hecho una fracción infinitesimal mas anch De todos modos no otros cambios. Y Kenmore contemplaba por entre crepuscular polvo lunar hasta descubrir alguna irregularidad en la aguda lín del horizonte de delante. Allí el firmamento se veía interrumpido por geométrica precisión del horizonte. Los picos montañosos ocultaban l estrellas. Kenmore vigiló hasta que descubrió los picachos adecuados.

Se lo dijo al jefe, que se detuvo, apagó las luces exteriores y escrutó línea de montañas.

—La Ciudad debe estar hacia la derecha —anunció prudentemente—, a es que el cohete terrestre debe estar también hacia esa dirección. ¿Quier hacer de vigía en la torrecilla de observación, Joe? Mike, tú mira por aquí, Haney, tú mira por allá.

Arlene estaba despierta ahora.

—¿No puedo ayudaros en algo? —dijo presurosa.

—Ya hiciste mucho en la «lanzadera» —la contestó Mike—. Sig sentada.

El jeep lunar giró hacia la derecha y viajó durante cuarenta kilómetros; acercó casi dos kilómetros más a las montañas y volvió hasta la zona de curso original, luego se acercó dos kilómetros más.

Por fin encontraron los restos del cohete terrestre. El vehículo espac yacía sobre su costado en el polvo tan parecido a la nieve. El jeep se acer todavía más; Kenmore, Haney y el jefe bajaron para dar un vistazo. La na

estaba vacía desde horas antes cuando Kenmore la encontró; bastante tiemp había pasado desde entonces. La temperatura del lado nocturno de la Luna más baja que la del aire líquido. Por eso los tres hombres prendieron fuego bengalas de vacío y las pasaron alrededor del casco de la nave examinándo con paciencia. El rojo-púrpura de las luces parecía una cosa extraña contra campo de polvo lunar, bajo mil miríadas de estrellas. Pero el punto de ruptu del acero utilizado para los cascos espaciales es muy bajo; sólo unos cuant grados por debajo de la temperatura superficial causa gran diferencia.

Al poco entraron y las ventanillas de la nave terrestre vertieron chorr de luz púrpura a la noche exterior. Encendieron otras bengalas de vacío. Nac podía prenderse fuego, naturalmente, porque allí no había aire; pero madera y las telas y muchos metales, estarían ya tan quebradizos como hielo o el vidrio a la temperatura a que habían bajado.

Después de un largo rato, salió el trío. Kenmore llevaba una maleta mujer y Haney y el jefe llevaban otras cosas. Entraron uno a uno dentro d jeep y Kenmore dirigióse a Arlene_

—Tu equipaje, Arlene. Ahora puedes vestirte cuando tengas gana También hay aquí algunas cosas de las de Cecile Duclos.

El jeep se agitó y prosiguió la marcha; giró hacia las montañas. Al po una lucecita comenzó a brillar en lo alto de !a llanura y *él* jeep se dirigió hac ella.

No vieron ningún cambio en el aspecto de las cosas a su llegada. A estaba la única luz por encima de la cúpula central. Allí estaban también l innumerables huellas de los jeeps y las tres polvorientas cúpulas que era parte de la esperanza de la Humanidad para el futuro de la Tierra y pa emprender la gran aventura de las estrellas. Peto no inspiraban demasiac confianza en aquellos momentos.

Cuando entraron, había luz dentro de la cúpula principal y Pitkin estal trasteando entre las plantas. Sonrió satisfecho a Kenmore y a Arlene y a Mik mientras éstos con sus trajes espaciales salían de las esclusas de aire. Lueg parpadeó a la vista de los otros dos hombres que les habían seguido.

—¡Ah! —exclamó—. Científicos del Laboratorio, ¿verdad? ¿Para decirn cómo arreglar la Ciudad? ¡Nosotros lo hacemos todo perfectamente bien!

—Nosotros no lo hacemos bien —le contestó Kenmore—. Y no son d Laboratorio. ¿Hay alguna noticia?

—Ninguna —dijo Pitkin estremeciéndose—. ¡Ninguna!

Kenmore entró en la cúpula del aire y encontró a Cecile Duclos en el pe de los malhumores. Osgod, el piloto de la nave terrestre, parecía como si hubiese desinflado definitivamente. Para un hombre de la Tierra aquello e comprensible. Osgood no podía imaginarse «1 modo de volver al planeta c su nave tumbada de costado y sin aire en un mar lunar. Pero Lezd, el técni electrónico, levantó la vista impasible desde donde estaba trabajando en u fotografía para ser utilizada en alguna futura emisión a la Tierra.

—¿Todavía podemos hablar con la Tierra? —preguntó Kenmore.

Lezd asintió. Joe Kenmore se acercó al comunicador. Ceñudo, informó la Tierra exactamente lo que había ocurrido a la «lanzadera». No le había sid posible entregar el mensaje urgente al Laboratorio. La lanzadera se hab estrellado; por sabotaje.

Hubo una aguda orden dirigida a él para que esperase. Aguardó, echand chispas. A los cinco minutos una de las más altas autoridades apareció en pantalla. La alta autoridad estaba muy serio y sus dientes castañeteaba mientras hablaba.

No había nada en la Tierra ni en la Luna más importante que la entreg inmediata de aquel mensaje al Laboratorio Espacial. Tenía que llegar allí fue cómo fuese. ¡La suerte de toda la Humanidad dependía de él!

—¡Hay cohetes de servicio que suministran a las bases de proyectiles! gruñó Kenmore—. ¿Por qué no envían uno de esos?

No había posibilidad de utilizar un cohete de aquellos porque no llegar a tiempo; de la Tierra a la Luna se tardaban por lo menos seis días. Aqu mensaje debía llegar al Laboratorio Espacial inmediatamente. ¡La destrucci de la lanzadera y el retraso que ello envolvía —casi treinta horas en total— podría causar la destrucción de la Humanidad! ¡Seis días era un pla imposible de soportar!

—Hay cosas que se llaman dificultades físicas —exclamó Kenmo indignado—. ¿Qué saben de la gente de la Ciudad Civil? ¿Están a salvo ?

La gran autoridad respingó. Todavía no los había encontrado; l buscaban los jeeps procedentes de las bases de proyectiles dirigidos. Estarí en alguna parte... perdidos, emboscados... asesinados, quizá. ¡Pero e necesario llegar al Laboratorio y ordenarles que detuviesen toda clase experimentos... especialmente los que seguían la línea mencionada en último informe técnico! ¡Debían detenerse, detenerse, detenerse; Laboratorio tenía que ser evacuado; tenía que ser destruido! ¡Tenía q entregarse esta orden inmediatamente! Y la alta autoridad se frotó las manos

—En este caso —contestó Joe Kenmore con amargura—, trataré hacerlo.

Pero se quedó mirando con furia al comunicador una vez hubo cortado comunicación. El abandono del Laboratorio del Espacio significaba abandono de cualquier posible intento de llegar a otros planetas y alcanzar l estrellas. Significaba que la Ciudad Civil tenía que ser abandonada también todo el trabajo y los esfuerzos y las vidas perdidas en pro de una gr esperanza de esplendor, eran trabajos inútiles. Todo lo conseguido tenía q borrarse como si fuese una cosa fútil. La Humanidad retornaría a la Tierra y quedaría allí para siempre.

Pero había suprema urgencia en la orden que acababa de recibir; si l vidas de los ciudadanos desaparecidos de la Ciudad no importaban más que necesidad de detener el trabajo en el Laboratorio... oh, el trabajo en Laboratorio debería ser detenido.

## XI

## DESPEGUE DESESPERADO

Fue en busca de los hombres de la estación localizadora que le habí encontrado en el mar de lava. El grandullón moreno que pilotaba el je estaba mirando a Cecile Duclos con amplia admiración. Haney, el otro, esta en el acto de devorar unos pastelillos traídos especialmente para ella.

—¡ Jefe! —exclamó Kenmore airado—, ¡Hanel!, ¡Moreau!, ¡Mike! ¡ necesito!

Hizo un gesto con su enmitonada mano hacia la cúpula. Le siguiero Arlene fue tras ellos.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó ansiosa, una vez en la cúpu principal.

—¡Muchas cosas ¡Tenemos un trabajo casi imposible que hacer! ¡Ahora..

Comenzó a relatar, crispado, lo que sería necesario. Tenían q inspeccionar el cohete terrestre. Una de las aletas de aterrizaje se había rot habían también ventanillas rejadas. Por lo menos existía una hendidura en l planchas del casco. La nave no tenía aire y se había enfriado hasta casi temperatura de la superficie de la Luna por la noche; estaría en el pun quebradizo, vítreo y no parecería un objeto de metal. Pero con bastant bengalas se podría calentar hasta sobrepasar ese punto vítreo; y con l materiales a bordo para las reparaciones de emergencia en el espacio... q nunca serían y nunca habría tiempo para hacerlas... podría cerrar herméticamente el casco. El aire era posible transportarlo de la Ciudad pa rellenar sus tanques. También podían llevarse cohetes...

—¿Sí? —preguntó Mike con ironía—. ¿Mal marcados como están?

—Tú comprobarás eso —ordenó Kenmore—. También hay posibilidad de que las marcas originales hayan sido pintadas por encima colocan después las falsas; rasca la pintura y lo descubrirás. ¡Los demás, ven conmigo!

Se dirigieron hacia las perchas donde colgaban los trajes espaciales.

—¡Yo también voy! —exclamó Arlene.

—Kenmore la miró ceñudo.

—Sé que el último viaje fue malo, ¿pero, estoy más a salvo en la Ciuda que contigo?

Kenmore se encogió de hombros; no lo estaba... a pesar del sabotaje de «lanzadera». La muchacha se puso un traje espacial y llenó hasta el tope s tanques con los gestos de una persona habituada a ello. Kenmore la vigi para cerciorarse de que hacía las operaciones bien.

—¿Es muy mala la situación, Joe? —preguntó ella en voz baja.

—Tan mala como podría ser— le contestó Kenmore con amargura—. vivimos... vamos a volver todos a la Tierra.

Arlene le miró con viveza. La expresión de Kenmore era de profun rencor. La joven se puso su casco sin decir palabra. Si, en su interior, parec más esperanzada que deprimida, no lo demostró.

Cargaron el jeep de la estación localizadora con materiales sacados de l almacenes exteriores. Almacenar fuera de la Ciudad era lo mejor de la Lun Allí no había clima y los suministros se conservaban perfectamente en lugar en donde no tocaba nunca el sol, incluso durante muchísimo tiempo. Es má el aire necesitaba tanques de presión para su almacenaje. Era sólido; e nieve... era un hielo turbio débilmente azulado. Tomaron también grand cantidades de bengalas de vacío. Se llevaron sopletes oxhídricos. Cogier esto y aquello y lo demás del equipo. Cerrado herméticamente compartimiento de carga del jeep, treparon uno a uno a la cabina a través la esclusa de aire.

Se encaminaron hacia la nave sin aire que yacía de costado.

—La veo tumbada —dijo el jefe—; va a ser difícil levantarla pa despegar.

Kenmore gruñó una docena de palabras. Tenían dos jeeps; aquello e bastante explicación. Ellos iban en uno y Mike Scandia no tardaría presentarse allí con el otro jeep cojeante, transportando una carga de cohete Las ruedas de todos los jeeps podían alzarse y bajarse. Llevaron sus grand cargas colgando por debajo y se agazaparon sobre ellas mientras l aseguraban con firmeza y luego se levantaban. Cuando ambos jeeps estuvies preparados podrían colocarse de modo que bajo de ellos quedase el morro la nave y luego alzarse con él. Avanzando hacia delante conseguiría levantarlo parcialmente; luego, cables y cabrestantes conseguirían levantar del todo. Los jeeps podrían mantener la nave en posición vertical mientr cortaban la aleta dañada y colocaban una pieza supletoria que hiciera s veces.

Kenmore conducía, sombrío y ceñudo.

—Yo no soy nadie en esos asuntos —dijo Moreau excusándose—. ¿Q podré hacer?

—Tú calentarás el interior de la nave con bengalas —le contestó Arle

llena de confianza—, y yo vigilaré por la torreta de observación en caso
bueno, en caso de que alguien quiera interferir.

La expresión de Kenmore cambió un poco. Era todavía posible que qui
hubiese atacado a Moreau y a él mismo, dañado a la Ciudad y a todo
demás, fuese probablemente el responsable de la desaparición de la poblaci
de la Ciudad… Y que se atreviese a venir a interferir con el trabajo en la na
terrestre. La ironía estaba en el hecho de que los saboteadores hicieron
trabajo innecesario asesinando por destruir la Ciudad y el Laboratorio. Amb
cosas tenían que ser abandonas lo antes posible, de todas maneras.

A kilómetros y kilómetros de distancia de la Ciudad, en el mar luna
llegaron hasta la nave terrestre; lo que siguió pareció una escena sacada
algún infierno dantesco. Bengalas de vacío de un resplandor rojo quemab
con fuerza sobre el polvo lunar y su luz quedaba reflejada en las planch
brillantes de la nave. Otras bengalas ardían en el interior, mostrando a trav
de las ventanillas su luz sanguinolenta como si el interior de la nave fuera
horno.

Pero el trabajo se efectuaba rápido y sistemático. Las ventanillas rotas
rajadas desaparecieron, selladas con hojas de plástico. Un soplete oxhídri
llameaba intensamente, rodeado por una nube tenue de microscópicos cop
de nieve; poco a poco iba soldando las planchas del casco. Los trabajadores
sus trajes espaciales relucían ante tan fantástico resplandor y el polvo lun
brillaba convertido en un color de sangre cegador.

Las bengalas se apagaron y fueron reemplazadas por otras. Al poc
Arlene llamó ansiosamente por el micrófono de su casco diciendo que algui
avanzaba en dirección a la luz. Pero la voz de Mike Scandia lle
tranquilizadora por todos los auriculares.

—¡Esa rueda infernal! ¡Pitkin dijo que se caería, y yo estoy esperando q
lo haga en cualquier segundo!

El cojeante jeep salió de la negrura. Abrieron la puerta del departamen
de carga y una gran cantidad de cohetes apareció. Luego salieron s
tripulantes por la escala metálica, de entre sus ruedas.

—Conseguí que Pitkin me ayudase a cargar —dijo Mike previsor—.
comprobado las marcas; algunas estaban vueltas a pintar encima con nuev
números. Pero cuando la» he comprobado, no tardé en reconocer
falsificadas. Garantizo todas estas como bien marcadas. Salió de
proximidades del jeep y se acercó.

—¡Espera, Mike! ¡Has de conducir ese jeep según mis órdenes! —di
Kenmore.

Siguió entonces una discusión técnica. Había, desde luego, un to
silencio en el exterior de los trajes espaciales. Pero las antenas de los casc
temblaban mientras las figuras se movían o gesticulaban y, por último,
rechoncha silueta de Mike en su traje espacial avanzó para inspeccionar
exacta situación de la nave. Al poco regresó dentro de su jeep; el jefe ent
por la escotilla de aire del otro vehículo y los dos jeeps comenzaron

prepararse para una tarea que sería imposible para ellos en la Tierra.

El cohete pesaba lo que una sexta parte de su peso en cualquier espaci puerto de la Tierra. A pesar de ello, diez toneladas no era una masa fácil manejar. En el irreal rojo resplandor de las bengalas, los esqueléticos jee parecían agazaparse y esforzarse por levantar el morro de la nave en ángulo imposible. Y lo hicieron; poco a poco consiguieron levantarlo a m altura, con las ruedas pareciendo resbalar en el polvo de piedra. Y mientr empujaban y tiraban, Haney y Kenmore y Moreau entraban y salían en nave, pasaban por debajo de ella manipulando cables y cadenas.

Al poco la nave pareció tambalearse en postura ya vertical y una rue del jeep de Mike se rompió bajo el esfuerzo de la tensión. El jeep sigu empujando, sin embargo, y entre los dos mantuvieron la nave apuntan hacia las estrellas. Luego quedó así colgando, sostenida por dos cables sujet a unos monstruosos insectos metálicos. Dos sopletes trabajaron furiosamen en la desgarrada aleta de la cola. Poco después quedó remendada, y l soldaduras al rojo blanco se enfriaron después de un rato, aflojaron l cadenas y cables poco a poco y la nave permaneció casi perfectamen vertical en medio de un anillo de lívidas llamas carmesí, perfectamen vertical en medio de un anillo de vívidas llamas carmesí.

Después soltaron los cohetes en sus soportes. No hubo ninguna pausa.

—Ahora es cuestión de despegar, Mike —dijo Kenmore.

—¿Sí? —preguntó Scandia a la defensiva. —Yo lo voy a pilotar. Tú Haney coged el jeep que funciona y volved a la Ciudad, El jefe y More vendrán conmigo al Laboratorio. Mike comenzó a maldecir protestando. —E es el único jeep que funciona y puede llegar hasta la Ciudad —expli Kenmore—. Tiene que albergar a todo el mundo en caso de que haya m jaleo. Y tú conoces la superficie lunar de memoria y todos sus alrededores. has cruzado con bastante frecuencia. Tú tienes que quedarte para cuidar de gente que esté todavía allí. Mike volvió a renegar. Haney no dijo nad Kenmore avanzó haciendo señas al resto para que entrase en la esclusa de ai de la nave. Subió por los escalones el último. Mike, aún renegando, retroced hasta el jeep que aún funcionaba; Haney le siguió. El jeep retrocedió has colocarse a una distancia prudencial.

Hubo una pequeña pausa luego... El gran casco plateado apuntó hacia l estrellas... un poco blanco por el polvo lunar que tomó cuando había esta acostado en el mar polvoriento. Estaba ahora rodeado por un irregular anil de bengalas rojas.

De repente, los cohetes comenzaron a vomitar llamas y el resplandor las bengalas se esparció locamente por todas partes de resultas del impuls Una nube de polvo se levantó y los humos del cohete fueron perdiéndo hasta la nada; después la gran nave se inclinó hacia arriba, se levantó, ent en el cielo. Después era un punto que se movía y era visible gracias a la llam que se hacía cada vez más pequeña. Pero no hubo rugido de cohetes; no h nunca ningún sonido en la Luna.

...Y largo tiempo después con la pálida grisácea superficie de la Luna y c
sus montañas muy lejos allá abajo... bastante tiempo después... Kenmo
señaló. En el borde de la masa sólida, donde las estrellas dejaban d« brilla
había una porción de luz. Estaba a una distancia invisible para cualquiera p
los kilómetros que las separaban. Era una mancha de luz brillante, cálid
resplandeciente en el mismo borde del horizonte. Era la luz del Soldando en
cima de un remoto e innominado picacho.

—Ese amanecer —dijo Kenmore sombrío—, es, desgraciadamente, u
hecho físico. No es el símbolo de los buenos tiempos que han de venir.

# XII

# LOS LOCOS

La nave continuó flotando hacia arriba. Casi produjo una impresio cuando Kenmore cerró las persianas de las ventanillas y disminuyó el brillo las estrellas hasta convertirlo, por ese acto, en meras lentejuelas. Arle protestó un poco.

—Espera —le contestó. El cohete terrestre siguió subiendo. Al poc Kenmore se dio la vuelta e hizo un gesto a Arlene—. Mira ahora.

La muchacha miró por una de las ventanillas que ya tenía la espe protección de un filtro. Durante unos segundos no vio nada en absolut Luego aparecieron puntitos de luz brillante en el borde del horizont Aumentaron de número; se multiplicaron en tamaño y en brillantez. Y despu apareció el Sol a la vista.

Era gigante contra el borde salpicado de sombras de la Luna; grand chorros salían del borde de su disco. Había incluso lugares obscuros manchas solares— que eran en realidad— furiosas e impredictibl tempestades de su fotosfera. La nave siguió subiendo y subiendo de nuevo de la zona alumbrada se comenzó a señalar y a reconocer los mayores cráter diciendo a Arlene sus nombres. Indicó un valle peculiar, aparentemen escalado por un veloz planetoide que arañó la Luna y originó un valle de ci kilómetros de largo y ocho de amplitud, para luego, en apariencia, segu volando por el espacio sin límites. La mostró las inmensas porciones blanc que turbaban a los astrónomos terrestres durante tanto tiempo y que tuviero una absurda explicación cuando los hombres las contemplaron desde mismo lugar. Destacó que aquel pequeño cráter muerto y desolado cuan recibe los primeros rayos solares se llena de niebla cuando la luz del día hace más fuerte.

—¡Niebla! —protestó Arlene—. ¡Eso no es posible!

—Bruma lunar —dijo Moreau muy serio—. ¡Pregúntaselo a Joe!

Kenmore miró por encima de su hombro la zona alumbrada de la Luna reunió en una sola, pero aún habían vastas sombras producidas por los anill montañosos de la línea del alba, y Arlene vio la Luna desde el ángulo m notable del que pueda ser vista. No hay panorama en el sistema solar ta irreal, tan turbador, tan extraño, como el de la superficie lunar cuando ur sale de su noche hasta su alba.

Arlene se quedó sin respiración. Y Kenmore disparó un cohete d dirección para colocar a la nave en curso hacia la parte lejana.

No fue mucho más tarde cuando Moreau mientras comprobaba el rumb en cuanto a altura y velocidad.

—Es peor que una bruma ordinaria. ¡Es una bruma seca!

Eso era. Había un tipo especial de materia en la superficie allí — Kenmore ni Moreau podían recordar el nombre del mineral, y Moreau enfadó consigo mismo— que las alteraciones del calor del día y del frío de noche habían reducido a partículas de polvo todavía más finas que el de l mares de lava. En donde el polvo lunar ordinario es como el talco, aquell partículas en aquel cráter particular y en una otra media docena de lugar eran realmente de tamaño microscópico. Este polvo tenía una propieda fotoeléctrica que le daba una carga electrónica cuando recibía el impacto d la luz solar. En la pequeña gravedad de la Luna, y con la intensa luz del So las partículas se repelían una a otra como núcleos cargados. El resultado e una bruma, una niebla como una nube de polvo electrificado que se levantab lentamente de la superficie. Era una nube sostenida por campos fotostático en lugar del aire.

—Y créelo o no —prosiguió Moreau—, ¡hay a veces relámpagos tambiér

Arlene no lo creyó hasta que Kenmore se lo confirmó. El no había estad en aquel cráter particular, pero había caminado por entre la niebla lunar e una ocasión. Su traje quedó con una carga eléctrica y las partículas de polv se agolparon en él como una espesa masa. Formaron irregularidades; era como el moho o el limo creciendo en cada parte del traje espacial. Cuando Jo Kenmore regresó del jeep, la descarga de la energía estática pudo hab incluso pinchado su traje si no hubiese tomado antes las precaucion necesarias.

Luego estaba el límite oficial entre el lado cercano a la Tierra y el lejan entre la cara visible y la invisible, que divide a la Luna en dos mitad desiguales, ya que cuatro séptimo de la Luna pueden verse desde la Tierra, e una ocasión u otra. Moreau aseguró a Arlene que los cráteres en las caden montañosas que no tenían nombres en los antiguos mapas de la Luna, e porque pertenecían a la cara no visible. Le contó los resultados de l conferencias internacionales, por los cuales la cara invisible de la Luna qued solemnemente dividida en sectores, que, repartidos entre las nacione proporcionaban a éstas el privilegio de honrar a sus héroes nacionales, dand nombre a sus accidentes geográficos. No más que cincuenta o sesenta person de toda la Humanidad, compuestas por más de dos billones, habían visto

nombre en aquellos accidentes, e incluso a muy pocos les importaban to
aquello.

Pero con el tiempo la superficie lejana comenzó a quedar en la lejanía. nave siguió su marcha, apartándose, Arlene tuvo un sentimiento peculiar zozobra cuando comprobó que la Tierra ya no era visible; quedaba escondi en el otro lado de la Luna. Tuvo una profunda sensación de nostalgia muc peor de la que sintió anteriormente en la Ciudad Civil Estar sobre la Luna e emocionante, mientras la Tierra estuviese por encima de las cabezas; pe estar en donde la Tierra era invisible era una experiencia abrumadora. Arle apenas oyó las explicaciones que le daba Moreau sobre el hecho de que Luna tiene forma de huevo, con la parte grande hacia la Tierra, de modo q el horizonte está a menos de tres kilómetros y medio de distancia sobre parte lejana.

La nave siguió avanzando y aumentó, por tanto, la cara no visible desconocida de la Luna. A la luz del Sol parecía árida, tenía et aspecto de huevo giboso, porque la noche estaba avanzando en torno a uno de bordes. Se hacía más y más pequeña... pero la Tierra no reaparecía. Lo q parecía muy extraño, porque para cuando el tiempo en que la nave se acer al Laboratorio, la Luna misma era una cosa redonda sólo un poco mayor q la Tierra vista desde la Ciudad Civil.

Actualmente, la Tierra vista desde la cara visible de la Luna es del tama de una moneda de veinticinco centavos colocada a setenta y cinco centímet debajo de uno; el lado no visible de la Luna visto desde el Laboratorio tenía tamaño de la misma moneda colocada a medio metro de distancia... La Lu desde la Tierra tiene el tamaño de diez centavos a tres metros de distancia. allí por primera vez. Arlene sintió la soledad que tienen que soportar viajeros del espacio. Ella estaba dentro de una nave cohete y no había nada la vista que ella hubiera contemplado con anterioridad. El grande y flamíge Sol era una cosa extraña; no era el astro familiar que alumbraba los días de Tierra. Era una pelota de forma infernal, extendiendo tentáculos perezosos el espacio. La Luna era desconocida; la mancha central obscura de la cara visible hacía que ella no pudiese reconocerla como la que veía desde planeta nativo. Y la Tierra estaba escondida.

Arlene rechinó los dientes.

Pero hubo actividad en torno suyo antes de que pudiese verse domina por el pánico. El jefe estaba en el radar .Moreau estaba ocupando el sitio d navegante junto al computador, con las correas fijas en su cuerpo para evi volar por el interior de la nave. Cuando el jefe leyó en alta voz marcaciones del día del radar de proximidad, Moreau pulsaba llaves y c laconismo daba los resultados a Kenmore.

—Hum —exclamó Kenmore—. Se necesita un poco de deceleración.

Hizo girar la nave de extremo a extremo y Arlene respingó mientras to el Cosmos daba tina vuelta en un gran semicírculo en torno.

—Va a venir la deceleración —dijo Kenmore—. Cinco... cuatro... tre

dos… uno,,,

Hubo peso. No gran peso, intolerable. Pero duraba, y duraba, y duraba.

Kenmore oprimió un botón y algo se fue huyendo por el vacío en el q todas las cosas eran extrañas.

—¡Joe, has hecho un buen trabajo! —exclamó el jefe con sumo calor.

Y Arlene Gray, con los dientes apretados miró por una de las portezuel de la parte en sombra de la Luna y vio el Laboratorio volando, por el espacio

Era, o había sido, un cohete espacial, una. nave-cohete. Era mucho may que la nave terrestre. Puesto que tendría que flotar en et espacio s abandonar nunca la luz solar, su mitad era de un brillante metal plateado y otra mitad era de un negro absoluto. Se graduaba la temperatura por med de la cantidad de parte plateada que reflejaba el calor y de la blanca que radiaban las estrellas. Había una esclusa de aire, demasiado pequeña pa admitir a la nave terrestre y también se veían ventanillas. Había asimism unos tubos de forma curiosa, eran?, para contener los cohetes de ajuste de posición, que podían ser cargados desde el interior de la nave y disparados.

Para Arlene, el Laboratorio parecía un derrelicto flotando en el vacío; realidad, era mucho más deprimente que eso. Era un lugar en que los hombr se habían puesto sombríamente a realizar un descubrimiento que podría s beneficioso, arriesgándose a no adquirir un conocimiento por el que un lo pudiese destruir a la Humanidad.

—Bueno, ¿quiénes son ustedes y de qué se trata de todo esto? —di cansino el locutor del Laboratorio mediante la radio espacial.

—Esta es la nave terrestre —contestó Kenmore hablando por el micrófo —. La «lanzadera» se estrelló. Tenemos órdenes de la Tierra. ¿Por qué abren la esclusa?

La voz musitó.

—Ahora sabré —dijo después con aire tan cansino como antes—. Se divertido si…Hubo un sonido indescriptible y después un silencio.

El silencio continuó. Largo tiempo después «Jijo el jefe:

—¡Se abre la esclusa! ¡Esto me parece muy Taro!

Kenmore se encogió de hombros.

—Mike dice que todos se han puesto un poco raros. Contó que estab tocados del ala. No piensan con normalidad.

La esclusa del costado de la nave espacial se abrió.

—Yo debería hacerlo, pero… jefe, ¿quieres entrar en nuestra esclusa amarrar las dos naves juntas? —dijo irritado Kenmore.

El jefe se quitó el correaje que rodeaba la silla y flotó hasta la puer interior de la esclusa de la nave terrestre. Se cerró tras él. Hubo un larg larguísimo período durante el cual Kenmore tripuló la nave terrest acercándola más hasta el Laboratorio y entonces comenzó a funcionar bomba de la esclusa. Después silencio. Otra larga espera y vieron singularmente incómodo chasquido que indicaba que las dos naves habían rozado.

—Estoy utilizando las escaleras exteriores como amarras —dijo la voz d jefe mediante el intercomunicador—. Esto significa que habrá Tina cier brecha entre los dos cascos.

—No importa —le contestó Kenmore impaciente—. Iremos a bordo.

—Yo iré primero. Voy a pasar a la otra nave. Cerraré esta esclusa.

Se oyó el sonido que produjo al cerrarse y Kenmore pareció echar chisp durante un momento. Iba a ir a bordo de la nave que había estac funcionando desde el principio de la odisea extraterrestre de los humano radiando instrucciones para abandonarlo todo. Se sintió decepcionado.

Moreau se puso un traje espacial; Arlene comenzó a hacer lo propio.

—Tú podrás esperar —sugirió Kenmore con escasa amabilidad—. N tardaremos. Hay orden de que abandonen el Laboratorio y que vuelvan, c nosotros.

—Me gustaría ir, Joe —dijo Arlene con voz tranquila.

Le hubiese sido imposible explicar por qué deseaba entrar en Laboratorio.

Los tres, Kenmore, Arlene y Moreau, se introdujeron en la esclusa de ai de la nave terrestre y esperaron mientras la bomba funcionaba y sus traj espaciales tomaban una curiosa hinchazón, propia de un traje de vacío, en mismo vacío. Joe soltó su cuerda y ató su extremo al cinturón de Arler Moreau hizo lo mismo también.

Se abrió la puerta de la esclusa y las naves no estaban a medio metro d distancia sino a metro y medio o casi dos. La otra esclusa no se volvió a abr el jefe había entrado en la nave del Laboratorio. Kenmore avanzó hacia vacío y flotó a través de la brecha. Escogió uno de loa pomos y trató de abr la esclusa. Aplicó su casco contra el costado de la otra nave.

—¡La bomba está funcionando! El jefe ha entrado —dijo. Esperó y Arler miró hacia la brecha que separaban las dos naves.

Fue un error. Estaba acostumbrada a la falta de peso, naturalment estaba acostumbrada a las sensaciones de carencia de arriba y abajo, y a l dimensiones infinitas, que son características de los viajes mediante cohete Pero nadie puede por completo desterrar de sí mismo una idea de que hay u arriba y que hay un abajo.

Arlene miró abajo, hacia sus pies y vio un abismo de estrellas. Reprim el aliento y miró hacia arriba; el mismo abismo aparecía allí… y a cada uno d sus lados. No podía ver el Sol, ni la Luna ni la Tierra; donde estaba en pie, d la abertura de la esclusa de aire habían sólo estrellas. Parecía que si daba u paso hacia adelante, hacia el exterior, sería para siempre, hundiéndose hac la nada.

Pero entonces Kenmore logró abrir la otra esclusa de aire y entró. Se as con fuerza en el interior y tiró de la cuerda atada a la cintura de Arlene. U pánico histérico se apoderó de ella. Y entonces la muchacha avanzó hacia él fue arrastrada a través del abismo, con los ojos cerrados fuertemente.

No los abrió hasta que oyó cerrarse la puerta de la esclusa. Luego s

dientes castañetearon, pero ni siquiera se dio cuenta. Moreau también estal en la esclusa de aire, y el aire estaba entrando allí.

Pero algo estaba equivocado. La sensación de hinchazón de sus vestid cesó; había ahora un nuevo sentimiento, muy peculiar y que dificultaba respirar. Kenmore miró al manómetro y se quedó asombrado. Abrió la pla de su rostro. Moreau hizo lo propio. Hablaron con dureza. Arlene tambi abrió el casco. Encontró dificultades para hacerlo; parecía atascado, pero forzó y una bocanada de viento la dio en la mejilla. ¡Pero no debería hab viento en la esclusa de aire!

Los oídos de ella le zumbaban y tragó saliva.

—Joe —preguntó Arlene—, ¿qué...? —respingó. Su voz era alt demasiado alta.

—Algo va muy mal —exclamó Kenmore con sequedad. No hab levantado su voz en absoluto pero sonó como un grito. La presión demasiado alta. ¡Demasiado altísima!

Los oídos de Arlene volvieron a zumbar y tragó saliva. Un momento m tarde siguieron zumbando todavía más.

—No podemos abrir la puerta con esta presión —dijo Kenmore—. Deb tener una filtración en el tanque de aire de la nave« Al menos que alguien...

Entonces oyeran chasquidos, los naturales sonidos de abrir la puerta p la parte interior, sólo que muy aumentados.

Luego se abrió la esclusa hacia dentro de la nave y vieron al jefe, con rostro muy pálido bajo su pigmentación bronceada. Su expresión era mu seria.

Que regrese Arlene a la nave, Joe —dijo con aspereza—. Trataré discutir con estos individuos. ¡Han perdido la chaveta hasta extrem imposibles!

Su voz atronaba. Rugía. Despertaba ecos y ecos. Los ocho hombres d personal del Laboratorio y la tripulación estaban reunidos en compartimiento más allá de la esclusa. Uno de ellos estaba en el centro de estancia, flotando en el aire mirándolos con ojos brillantes. Un hombre barba blanca permanecía cabeza abajo sobre el techo, sujetado allí por s zapatos de suela magnética y les miraba con una expresión inédita. Ot estaba sentado en una silla colocado en la pared lateral.

Un hombre, con el traje de uniforme del Laboratorio, con lentes de pinz habló con voz refinada que tuvo el volumen de un aullido.

—Señor Kenmore, creo. Esperamos a Mike en la «lanzadera». Me ten que no podamos recibir a ustedes nada más que unos minutos, si dese después, o es posible que puedan marcharse. Hemos dado suelta a todo el ai de reserva de la nave. La presión ahora es de varias atmósferas, lo menos tr o cuatro. Es igual a la presión de un hombre rana que estuviese a sesen metros bajo del agua. Si se quedan más de veinte minutos, les pasará lo q llaman los buceadores... ejem... el mal de las profundidades cuando marchen. Hemos estado bajo esta presión durante sesenta y dos horas, y l

tejidos de nuestro cuerpo están completamente saturados de nitrógeno. I
imposible para ninguno de nosotros abandonar este Laboratorio. Por lo men
quedaríamos paralizados. En el mejor de los casos moriríam
inmediatamente, ¿quieren ustedes marchase, por favor?

El tono era decididamente casual, pero las manos temblaban fuera c
control.—Los locos lo hicieron, Joe —exclamó el jefe—. Ese individuo te
demostrará.

El hombre de la silla en la pared sonrióles beatíficamente y se llevó u
cigarrillo a los labios. Frotó un fósforo. La llama se alzó quince centímetro
tocó el extremo del cigarrillo y el hombre inhaló. El cigarrillo se convirtió e
cenizas a la primera chupada. Tal cosa sólo podía ocurrir en el ai
comprimido, con una superabundancia de oxígeno.

—¡Oh... es una mujer!—exclamó una voz con tono de asombro.

Y ocho pares de ojos se fijaron en el rostro de Arlene con expresión c
fascinado asombro.

# XIII

## DESPUÉS DE TAL CONOCIMIENTO…

El interior del Laboratorio era un sitio vulgar y corriente, a excepción d la presión de aire… Si puede ser un lugar corriente uno que esté en tal estad Habían largos corredores pintados de blanco. No había suelo, naturalmente O quizá no habían paredes porqués todo los lados eran suelos, allí donde peso no existía. Habían placas con nombres en las puertas que se abrían só al rozarlas. Y Arlene Gray supo que en alguna parte estaba el compartimien en donde se podía realizar el experimento que en un momento dado era cap de destruirlo todo. El compartimiento, según pensó, debería estar apantallad por paredes de cadmio, cubriendo toda la zona de reacción dentro de la nav En el vacío, no era necesario proteger de las radiaciones atómicas, a excepci de un sólo lado. No obstante, claro, cualquier filamento con materiales d fusión o fisión, podía hacer volar el Laboratorio con todos sus ocupantes.

El hombre de los lentes de pinza consultó muy serio a sus cofrad cuando advirtieron que Arlene estaba presente. Un hombretón dijo co pesadez.

—Yo repetiría, enviémosla a casa y sigamos con el experimento.

El de los lentes de pinza y el que tenía las manos temblorosas opinaro con cuidado:

—No tenemos derecho de intentarlo sin consentimiento unánime. ¡Pe ciertamente sería impropio dejarla quedarse más de diez minutos!

—¡Vosotros, locos del infierno! ¡Vosotros…! —dijo alguien más con vo metálica. Comenzó a maldecir, su voz alzándose hasta un grito. Joe Kenmo se agitó, pero cuatro miembros del personal del Laboratorio estaban delan de él; lanzándose sobre su compañero. El forcejeo en aquel ambiente sin pe fue como una pesadilla. Trataron de golpearse mutuamente y volaban hac atrás en el intento; se colgaron uno a otro, girando y subiendo y bajando e un torbellino loco allá en el centro de la sala.

Entonces habló el hombre de la barba.

—Ya lo tengo. Lo estrangularé si vuelve a insultar a nuestra invitada.

Los otros se alejaron flotando. Allí permanecieron dos hombres, uno co

el codo doblado por encima de la garganta del otro. Si apretaba su presa, víctima se asfixiaría.

—Pero —dijo el hombretón con cinismo—, en esta presión puedes reten el aliento durante diez minutos.

—No obstante —contestó el de la barba—,mientras tenga la gargan cerrada no podrá» soltar el miedo,

—Cierto —asintió el hombretón. Se volvió» y miró de nuevo a Arlene.

Era raro; parecía una locura. Pero todos semejaban completamen indiferentes dentro de su excentricidad.

—Contémosles algo a nuestros visitante» —dijo alguien con brillantez– ¡No saben lo que hay del asunto!

Ninguno le prestó atención. Los otros siete miraron a Arlene. Con éxtas tristemente. El hombre de los lentes de pinza la miraba con una felicid especialmente infantil. El de la barba, con el brazo asfixiando al otro, l sonreía, deliberadamente. Había un hombre que la miraba con oj completamente inexpresivos. Aquel los tenía arrasados de lágrimas.

Kenmore se agitó; Arlene estaba bajo su custodia. Y aquellos och hombres del Laboratorio no le miraban a él, ni a Moreau ni al jefe. Miraban Arlene y cada uno de ellos le contemplaba con abstracción absoluta y distinta, manera.

—¡Miren! —dijo Kenmore. Levantó la vos por instinto y el grosor del ai su presión, la amplificó, de modo que casi todos parpadearon al oírl Prosiguió adelante: Vine aquí arriba, con órdenes de que abandonen to experimento. Se ha encontrado allá en la Tierra que el nuevo método computación demuestra que se conseguirían resultados completamen indeseables.

El hombre de los lentes de pinza apartó los ojos de Arlene lo bastan para mirar a Kenmore con expresión divertida.

—¡Mi querido señor Kenmore! ¡Como si no lo supiéramos! —volvió mirar a Arlene.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —estalló Kenmore—. ¿Qué les ocurre a tod ustedes?

Nadie se molestó en responder. Arlene tragó saliva y dijo dubitativ sofocada por la pesadez de sus palabras:

—¡Algo ha tenido que pasar! ¿Qué es eso que uno de ustedes quiere n pase?

Un rumor de voces se mezcló hablando todos a la vez: «O *morir aho o…» «Demostraremos la reacción en cadena…» «Nadie tiene derecho a.. «Dejadme que se lo explique a ella…»*

Kenmore sintió gélidos escalofríos recorriendo su columna vertebral. A estaban ocho de los mejores cerebros de la Tierra y todos actuaban com niños. La tensión intolerable y la infinita acrimonia y la disputa podí producir en ellos un estado peculiar, el éxtasis con que miraban a Arlene. E como si sintiesen el reverse exacto de la nostalgia de ella cuando descub

que la Tierra ya no podía verse. Aquellos hombres la miraban como si muchacha representase para ellos todas las cosas en la vida de las que carec el Laboratorio. Como si ella significase gentileza y hogar y lo que era normal natural y correcto, en una esfera en donde la locura constituía la norn principal, tenía un aspecto verdaderamente alarmante.

Kenmore señaló con su dedo al hombre de los lentes de pinza. I ordinario se hubiese sentido abrumado al hablarle, porque era u personalidad eminente en el campo de la ciencia, sin embargo, le dijo:

—¡Usted! ¡Usted, cuéntenoslo!

El gran hombre se quitó las gafas y comenzó, a pulirlas, mirando Kenmore con ojos de miope. Luego sonrió a Arlene.

—En realidad es muy sencillo —dijo con tono excusativo—. Nos enviar aquí para hacer experimentos cruciales con un campo de fuerza..

Se oyeron gritos de aviso: *«.¡Cuidado...!»*

—Lo tendré —dijo el sabio con severidad—.. He sabido que el cam acepta los neutrones; nadie más lo haría. Nosotros esperamos utilizarlos con lentes, como los campos en los microscópicos electrónicos, para concentrar rayo de neutrones en lugar de electrones hacia, un foco... un punto.

Se levantó un clamor: **¡Tú quieres que ello» vuelvan!» «¡No digas na más...!»* El hombre de los lentes de pinza agitó la cabeza.

—No les diré nada importante. —Luego prosiguió dirigiéndose a Arle — Pero hemos descubierto que hay un punto crítico de concentración en rayo de neutrones... —Se volvió y dijo a los demás—: ¿Lo veis?

El hombre de la silla sobre la pared asintió feliz.

—¡Sí! *«Nosotros»* sabemos lo que quieres decir, ¡pero nadie más lo sabrá!

—Una concentración crítica —repitió el hombre de los lentes de pinza que levantan, una reacción en cadena. Bombardeando con un ciclotón consiguen muy pocas transformaciones. El núcleo atómico forma un ángu tan pequeño y relativamente alejado, que millones de partículas tienen q salir disparadas para alcanzar cada uno de estos núcleos. Pero podem concentrar un rayo de neutrones de manera que no haya núcleo... *«¡Ning núcleo!»*... que escape a su destrucción. ¿Comprenden?

—No estoy segura —contestó Arlene dubitativa—. Pero creo que Joe sí.

Los ocho rieron encantados.

—¡Encantador! —dijo el hombre de los lentes de pinza. Luego añadi Pero «no *sólo» los núcleos se parten. ¡A velocidades prácticas, «los neutrones» fragmentan!* ¡Es lógico! ¡Y el estallido de un neutrón da rienda suelta a u fuerza absolutamente desencadenada y de un poder de destrucción ilimitad Neutrones y positrones... Cada partícula debe estar entonces bañada energía pura. Cada una debe romperse... Y al hacerlo, rompe las demás Tenemos una reacción en cadena, en la que cada substancia... incluso hidrógeno... ¡es un explosivo atómico! Si uno sólo de los neutrones estallar la destrucción se extiende por contagio. ¡Si este Laboratorio fuese destruido, Luna y la Tierra... todo el Cosmos... seguiría después.

Arlene sonrió con esfuerzo.

—Entonces comprendo que ustedes no quieren que la Tierra utilice e poder.

—*No* es esta nuestra intención —dijo el hombre de los lentes de pinz excusativo—, tampoco queremos que se utilice en absoluto. Pero sabem cómo se puede llegar a este resultado... Por tanto, nosotros no podemos volv a la Tierra. Más pronto o más tarde, algún loco, «Algún lunático, algu maniático, amenazaría con destruir a la Tierra a menos que se cediese a s pretensiones. Y puede ser que otro fanático se enfrentase a él con deman similar. Dos locos, o diez, o un ciento, cada uno exigiendo toda la energía ba la pena de destrucción absoluta... ¡haría que la Humanidad fuese destrui por fin! —Entonces el hombre la miró sonriente.

El de la voz metálica gritó medio asfixiad© y con frenesí:

—¡Locos! ¡Vosotros...!

Su voz se interrumpió mientras el brazo que le rodeaba la gargan apretaba todavía más.

—Mire, querida joven —dijo con generosidad el de los lentes de pinza- comprenda que no podemos volver a la Tierra a causa de lo que sabem Cada uno de nosotros tiene poder para destruir a la Humanidad. El pod corrompe. Es un axioma. El poder absoluto corrompe absolutamente. Mírenos! Tenemos potencia para destruirnos uno a otro y eso hemos hech Pero alguno de nosotros tiene que tomar medidas para que nadie más pue ser destruido. Hemos soltado todo nuestro suministro de aire dentro de nave. Respiramos aire que es más denso que el normal. Lo hemos respira durante sesenta y dos horas. No podemos abandonar esta nave. Moriríamos descompresión explosiva... Sin remisión. No podemos llegar hasta su nav que tiene medios para regresar a la Luna, porque moriríamos en el instante que entrásemos en ella.

—Pero... nosotros vinimos aquí para darles órdenes nuevas —exclan Arlene con desesperación.

—¡Ya nos las han dado! —dijo el hombre resplandeciente. — ¡eso es que hemos hecho, anticiparnos a ella!

—Déjeme que informe eso —dijo Kenmore—, y que la Tierra piense que debe hacerse. ¡Eso es el modo lógico de obrar!

—¡Sí! —asintió Arlene—. ¡Eso es lo que deberían ustedes de hacer!

—¡No! —exclamó el hombre de ojos inexpresivos con brusquedad—. ¡N lo haremos! ¡Nosotros...!

Se levantó el clamor. Arlene quedó ensordecida por el fuerte volumen los gritos. Ellos se dieron cuenta y callaron.

—Lo sentimos —dijo el hombre de los lentes de pinza—. Ustedes pued marcharse ahora y, si tienen cuidado, pueden regresar a su nave. Nosotros Les estamos agradecidos porque hayan venido hasta aquí. Ustedes son todo que nosotros no somos. Pero les rogamos que se vayan inmediatamente.

—¡ Les has dicho demasiado! —exclamó una voz indignada—. ¡No

conveniente que ellos informen de tantas cosas!

Moreau abrió de un empujón la esclusa de aire. El jefe metió a Arlen dentro arrastrándola casi y luego retrocedió él mismo, con Kenmore. Otr voces alzaron el grito: *«¡Les has dicho demasiado! Han aprendida más de lo q es conveniente para que la gente de la Tierra lo sepa.»*

Kenmore cerró la puerta con violencia y comenzó a funcionar la bomb Jadeaban; mientras que sus trajes espaciales empezaban a hincharse.—¡Vigi mi rostro, jefe! —gritó Kenmore por su micrófono del interior del casco.

Abrió la placa delantera y carraspeó; entonces el otro asintió. Los dem abrieron sus placas faciales una por una. El rumor de la bomba funcionand prosiguió. La presión en la esclusa bajaba, y con ella sus ocupantes descomprimían. Kenmore no perdía ojo al manómetro de presión. Al poco aguja comenzó a agitarse.

—¡Cerrar! —ordenó con aspereza—. ¡Están discutiendo si nos han dicho no demasiado! ¡Tenemos que darnos prisa! ¡Han perdido la chaveta! ¡N piensan correctamente!

Podían abrir la puerta exterior; Kenmore lo hizo. La esclusa de la espaci nave estaba a dos metros de distancia, a la otra parte de un abismo estrellas. Moreau saltó por la brecha y se cogió a un asidero y tiró de cuerda aún unida a los demás. Pero Kenmore y el jefe, juntos, lanzaron Arlene a través del vacío. Después tiraron de las cuerdas manteniendo a l naves juntas. Se dirigieron hacia la abertura opuesta. Kenmore cerró portazo la puerta exterior y dio a la placa de emergencia para abrir la interi que daba acceso a la cabina de la nave terrestre.

—¿Cuánto tiempo tenemos, Joe? —preguntó Moreau tembloroso.

—¡No lo sé… pero ellos lo decidirán! —jadeó Kenmore—. ¡Están loco ¡Harán cualquier cosa dramática y violenta!

La puerta interior cedió. Kenmore atravesó el umbral llamando a los q le seguían.— ¡Colocad a Arlene en un sillón! ¡Voy a despegar!

El jefe la arrastró hacia unas sillas. Ella se agarró al asiento mientr Kenmore se colocaba febril los correajes para permanecer en el lugar d control. El ni siquiera había abierto la placa frontal, Jadeó:

—¡Preparados! ¡Cinco… cuatro… tres… dos… uno…!

Hubo un peso intolerable. Arlene se derrumbó en su contorneado silló Trató de respirar, con el pecho y el voluminoso traje espacial oprimiéndo con fuerza en dirección hacia el colchón de detrás de su cuerpo. Ella vio jefe hundirse hasta sus rodillas bajo la acción de la aceleración; vio a Kenmo esforzarse por disparar otro… y después más cohetes…

La nave terrestre giró en el firmamento y se lanzó hacia la Luna. S cohetes vertían masas increíbles de vapor que se extendían hasta el infinit impulsándolo a la mayor velocidad en el menor tiempo posible. Kenmo disparaba los cohetes más potentes cargados en el navío, uno tras otro, tan prisa que no esperaza a que acabara uno de arder para encender el otro.

Luego Kenmore se derrumbó en el asiento de control. Los cohet

siguieron ardiendo y ardiendo...

El último de ellos se apagó; la nave marchó veloz hacia adelante. Arlen se sintió enferma al faltar la presión sobre su cuerpo, pero el jefe se endere por completo acostumbrado a la falta de peso.

—¿Crees que lo lograremos, Joe? —preguntó con pesadez.—No lo sé — contestó Kenmore—. No me atrevo a quemar más cohetes. Tenemos q alunizar.

—¿Pero qué... qué es lo que pasa? —jadeó Arlene.

—Se han vuelto locos —dijo el jefe, con una enorme calma—. No quier que su descubrimiento llegue hasta la Tierra. Se han matado a sí mismos pa evitarlo. Pero estaban disputando acerca de si nos habían dicho demasiad antes de que la esclusa de aire se cerrase tras de nosotros. Estando loco creerán que sí han hablado demasiado. Y sólo tienen un único modo hacerlo.

Arlene tenía el cuerpo dolorido, pero se sentó incorporándose. La na terrestre flotaba en el vacío. Parecía inmóvil, pero ella sabía que no. Despu de toda aquella aceleración, estaría avanzando a toda velocidad posible. V el semidisco del lado invisible de la Luna, delante. Aquella era la parte d satélite que la Humanidad jamás había visto antes de que el Laboratorio fue instalado en el espacio. Había una noche oscura en su centro acerca de la cu los científicos todavía disputaban acremente. Estaba la superficie del lad invisible de la Luna, cortada en dos por la sombra de lo que era la puesta d Sol.

Pero entonces, de repente, desapareció toda visión de la Luna. Ya no hu un semidisco, sino un disco completo, blanco, como una planc incandescente; algo tras la nave terrestre había estallado con una violen que iluminó a la Luna con más brillantez que el Sol lo había hecho jamás. Laboratorio acababa de explotar; su personal, temiendo que sus visitan sabían demasiado, había volado su propio navío. La ola monstruosa pod alcanzar y tragarse a la nave terrestre, si era provocada en el tiempo justo.

Los cuatro de la nave huidiza esperaron hasta enterarse si morirían. más, en su espera empezaron a preguntarse si la Luna misma recibiría algu andanada de desintegración que la haría estallar con la misma violen monstruosa.

Claro que, si eso ocurría, no importaba en absoluto lo que les pasara ellos...

# XIV

## ¿…PARA QUE CLEMENCIA?

En el camino de regreso hacia la Luna, habían cosas que era necesar hacer, pero aquello era muy poco para que Joe Kenmore encontrase u momento para pensar en eso. Para él, la destrucción del Laboratorio Espaci significaba que las esperanzas de un futuro glorioso para la Humanida quedaban abandonadas. El abandono de la esperanza significaba el fin d progreso, profundamente estancado; la gente caería en un estado de apat porque no habría nada por qué luchar. Se imaginó un descenso lento hasta u abismo de barbarie mundial, porque estaba seguro que sólo una socieda tiránica podría gozar de salud.

Estaba también el descubrimiento hecho en el Laboratorio; de acuerd con los razonamientos científicos estrictos era posible que el cono no fue destruido hasta el último átomo de su estrella más lejana. Esto era todav menos tolerable para que Kenmore se lo imaginara, porque para es presumía, no había significado el resultado final, ninguna ley en las leyes d la naturaleza, ninguna significación en el mundo de la existencia. ¿No era todos los esfuerzos de la Humanidad fútiles si un loco podía destruir toda realidad? La Humanidad jamás ha carecido de lunáticos. Si tal cosa *«podi* hacerse, pensó, algún día ocurriría sin lugar a dudas. Ese hombre pod deshacer el acto de la creación por la que el mismo Cosmos había llegado ser…

Así el viaje de regreso del Laboratorio no fue muy feliz. Kenmore pilotó nave con las cejas fruncidas y una total amargura en su expresión. Morea hizo cálculos… totalmente necesarios… basándose en las observaciones que jefe hacía… no menos necesarias. Sólo Arlene no pretendió quedar absorta p las trivialidades. Miraba a Kenmore casi llena de remordimientos, porque

esfuerzo para comenzar la conquista del espacio había llenado toda su men y él hizo de eso la sustancia de toda su ambición. La joven tenía compasión Joe Kenmore.

El lado lejano de la Luna se acercó; la nave terrestre flotó a su alrededor la Tierra apareció a la vista más allá de un fragmentado borde de muros en cráter. Y más aparecieron las cordilleras montañosas con los nombres de héroes nacionales de varios países y los mares destinados para nomenclatura por la comisión geográfica lunar de las Naciones Unidas. Lo q todo ello parecía ahora de escasa importancia. Luego apareció el límite extremo lejano; la Tierra cruzaba libre en el firmamento y sus continent habían vuelto a cambiar de lugar. Se la veía claramente gibosa ahora y el , d lunar estaba más próximo a la Ciudad Civil, pero todavía faltaba aún centenar de horas para el alba. Moreau y el jefe se mantuvieron febriles en tarea de hacer observaciones y cómputos e informando a Kenmore de s resultados. El piloto los utilizó para cambiar levemente el rumbo y velocidad de la nave, con lo que iba directa hasta el último alunizaje cerca la Ciudad Civil.

Más tarde dejaron al alba detrás y se sumieron en la vasta y fría somb lunar. Kenmore abrió las persianas y todos ellos esforzaron sus ojos pa descubrir formaciones montañosas a la luz de la Tierra que brillaba p encima. Al poco, tuvieron éxito; Moreau y el jefe aseguraron brillantemente Kenmore que la nave seguía la dirección debida. A no tardar mucho aparec el Mare Indrium sobre !a línea del horizonte v la bahía en que yacía Ciudad, próxima a los irregulares Apeninos. Kenmore volvió la nave de cabo rabo y comenzó el arriesgado proceso de la deceleración y alunizaje, sólo pa informar de un desastre.

No fue un alunizaje feliz. El viaje había carecido de una simp satisfacción. Kenmore sentía cierto alivio porque no hubiese radio alunizaje... lo que podía ser un mero descuido... porque eso requería un al grado de concentración en alguna otra cosa que no fuese la amargura que dominaba.

Y así la nave terrestre bajó y bajó. Se produjeron chasquidos mientras l giróscopos giraban en el vacío. Y quedaron lo bastante bajos para ver solitaria lucecita en lo alto de la principal cúpula de la Ciudad antes de q Kenmore disparase sus últimos cohetes de deceleración.

Llegaron a la superficie crujiendo, en un espacio de lava barrido de pol por otras explosiones de cohetes. En el resto no había nada. Las tr semiesferas artificiales de la Ciudad eran enormes para ser construidas por l hombres; pero eran pequeñísimas en comparación con las montañas apenas cinco kilómetros de distancia. Mientras la nave descendía, la llama blanc azulada de sus cohetes iluminó aquellas cúpulas que eran la cumbre más al de las conquistas humanas. Luego los cohetes, sueltos, de la nave volaron p el firmamento y desaparecieron y ya no hubo movimiento en ninguna part Silencio. Quietud. Desolación. Pesadamente, los viajeros entraron en la esclu

de aire para salir al exterior.

Kenmore fue el primero en pisar el suelo. . Sin decir palabra siguió a l demás hacia la esclusa de la Ciudad. La vista física de las cosas e desoladora. Las cúpulas de la Ciudad permanecían incoloras a la luz terrestr Las altas e irregulares montañas se las veía pálidas, excepto en donde estaba las negras sombras. Sólo las estrellas brillaban con innumerables colore Kenmore pensó que parecían contemplar satisfechas la derrota del hombre. la Tierra, cerca del centro del cielo, tenía el aspecto bilioso, triste descorazonado.

Entraron en la cúpula principal. Pitkin de nuevo jugueteaba feliz entre l plantas de por allí.—¿Alguna noticia? —dijo Kenmore tras abrir la pla facial de su casco.

—Pues sí —dijo Pitkin, sonriente—. Rogers y Schmidt vinieron en su jee Hubo un accidente en su estación localizadora y no pudieron quedars Vinieron en busca de una zona segura. Por el camino encontraron los jee que habían huido de la Ciudad. Lo contaron aquí y Lezd informó a la Tierr Han vuelto para tratar de ayudar a la gente.

Kenmore gruñó. Era infernalmente plausible. Incluso podía ser cierto q la dotación de una estación localizadora dejase su puesto porque hubie habido allí un accidente, haciendo imposible el cumplimiento de su debe Archivó la información en su cerebro; en la que iba a dejar de crecer.

Abrió camino hasta la cúpula de aire y encontró una parte del jard hidropónico trasladado para decorado que representaba el Laborator Espacial. Había sido reunido utilizando también partes de la cúpula princip y trozos de aparatos técnicos de aquí y de allá. Al principio, parecía como u conjunto sin significación alguna de paredes levantadas en todas partes; pe mientras avanzaban, se convirtió bruscamente en un escenario para utilizar ante una cámara de televisión.

Lezd lo contemplaba con aire de satisfacción.

—Lo he preparado para hacer una emisión que se supone procederá d Laboratorio Espacial —dijo con placidez—. Cecile duerme... espero. soportable cuando se encuentra nerviosa e intolerable cuando está asustad Ahora está asustada.

—Pues, ahora, también se mostrará desencantada —le contestó Kenmo —. El Laboratorio se ha atomizado. ¡Literalmente atomizado!

Lezd le miró parpadeando.

—¡Yo se lo diré a Cecile! —dijo Arlene casi sin aliento detrás de Joe.

Desapareció. Lezd escuchó con creciente expresión desanimada lo q Kenmore le relató acerca de la destrucción del Laboratorio Espacial... S embargo, no mencionó los motivos de esa destrucción. Era inútil discrimin las causas para que produjesen desesperación. Si los motivos se conocían en Tierra, eso sería ya de por sí malo. Si en la Luna no había llegado conocimiento, eso sería más soportable. Durante el camino de regreso hab rogado al jefe y a Moreau y a Arlene que guardasen en absoluto silencio...

pesar de que Arlene tenía una imagen clara y perfecta de lo que significaba seguridad.

—Pero —dijo Lezd pensativo, con la abstracción de un especialista en s propios trabajos—, pero esto es un decorado perfecto. ¡Es una lástin desperdiciarlo!

—Conviértalo entonces en un puesto localizador de radar —dijo el je con un arranque de inspiración—. Haney y yo pertenecíamos a uno de es puestos. ¡Podemos dar a la emisión toda clase de atmósfera, de clímax!

—¡Eso es una buena idea! —contestó Lezd iluminado—. Y la señori Gray estuvo en uno, actualmente, cuando la nave pequeña fue destruida ustedes dos la recogieron. Si hay algo que puede complacer a Cecile, será eso

Kenmore entró en la cúpula principal y se dirigió al comunicador.

Llamó a la Tierra e informó de la explosión del Laboratorio Espacial. muy alta autoridad había dado órdenes tan vehementes para llevar el mensa al Laboratorio, fue avisada. Joe Kenmore la repitió su informe y la muy al autoridad pareció a punto de desvanecerse de alivio. Parecía que era enfermo, como alguien condenado a la muerte que acaba de recibir el indul en el último instante.

Alguien más se tuvo que poner en el otro comunicador de la Tierra. Fue mayor Gray, el padre de Arlene.

—¿Está viva Arlene? —preguntó con viveza.

—Completamente bien —dijo Kenmore y añadió—: Tengo entendido q los jeeps desaparecidos han sido encontrados. ¿Hay alguien vivo en ellos?

Esperó tres segundos para que su voz llegase a la Tierra y volviese respuesta.

—Todo el mundo vive —dijo con sencillez Gray—. Los jeeps de las bas de proyectiles dirigidos han llegado hasta ellos. Escaseaban de aire, pe nadie ha muerto. Los jeeps sufriera» sabotaje..

Kenmore no sintió ninguna emoción; se lo había esperado. Allí estaba evidencia sólida de que todo lo que había pasado en la Ciudad tuvo su orig en el interior de la misma... Excepto el derrumbamiento del acantilado pa sepultarles a él y a Moreau. Pero no parecía importarle de manera particul ya que el Proyecto Lunar tenía que ser abandonado.

—¿Bueno? —preguntó cansado—. ¿Qué otra cosa más?

—Los jeeps de las bases de proyectiles están suministrando a los jeeps ai y reparan también el sabotaje —dijo de manera reservada el mayor Gray c tono mesurado—. ¡Naturalmente ! Son gente que están muy mal impresionad por lo ocurrido.

—¡ Oh, claro! —exclamó Kenmore con amargura—. Eso es una excu para abandonar todo el asunto del viaje espacial. ¡.Los hombres no pued soportarlo! ¡Esa será la explicación! ¡Y si todo va bien... si todo va bien habrá un racionamiento gradual de energía atómica; luego de carbón petróleo, porque son materias energéticas que han de durar siempre! La gen tratará de sacar energía de las maderas y del viento y no habrá nadie q

piense más en las estrellas ni en los mundos que están esperando a que l
hombres vayan a vivir sobre de ellos. Y al poco…

—¡Le aconsejo que no piense demasiado en este sentido! —contestó mayor Gray ceñudo—. Por el momento tengo órdenes para usted. No revela a nadie de lo que se enteró en el Laboratorio Espacial. Usted no hará nad para incrementar el desánimo de la Ciudad cuando la gente vuelva en es jeeps. Usted tomará precauciones extraordinarias para evitar futur sabotajes… si es posible. Mientras tanto, una nave terrestre partirá dirección a las base* de proyectiles. Espere órdenes que no sé quién enviará. Su imagen se desvaneció. Kenmore se apartó.

Al cabo de unos segundos se encaraba con una furiosa Cecile Duclos.

—¿Qué es lo que han hecho ustedes? !Arlene me lo acaba de contar! qué es lo que haré yo Millones de personas estarán esperando mi emisi desde el Laboratorio Espacial! ¡Para prometerles riquezas y felicidad para s hijos gracias a algún gran descubrimiento! ¡Y ustedes han permitido que e3 imbéciles se destruyesen ellos mismos y al Laboratorio!

—Esos idiotas —contestó Kenmore— estaban tratando de destruir Arlene y a todos nosotros.

—¿Pero qué puedo hacer? —preguntó Cecile—. ¡Ya no tengo emisió ¿Para qué he venido yo aquí? ¡Para transmitir! ¿Qué puedo hacer? ¡Nada!

Arlene sacudió la cabeza Kenmore desde detrás de Cecile.

—El jefe sugirió que improvisase una retransmisión desde una estaci localizadora —dijo Kenmore con frialdad—. Lezd está cambiando el decorad Elabora una bonita historia acerca de sus hombres intrépidos que, desafian toda clase de peligros emanados de la solitaria Luna, pasan el tiemp buscando por los cielos llenos de estrellas pequeños cohetes que vienen de Tierra.

Cecile Duclos dio una patada con su pie en el suelo para expresar cólera, luego su expresión cambió al tomar un tono sorprendido. Despu anunció satisfecha.

—¡Muy bien! ¡Yo hablaré con esa gente!¡Pero aún… fue estupido dej que esos hombres destruyesen el Laboratorio!

Se fue. Kenmore se encogió de hombros. Estaba turbado por el brus final de todas las cosas en que habían planeado pasar su vida entera. Arle sacudió la cabeza.

—¡Pobre Joe! —dijo con simpatía—. Sientes que has perdido tu empleo que no hay nada más que valga la pena para trabajar. Hay mañanas inclu aunque no sean los que has estado planeando. Eso podría servirte de ayu para evitar que te vuelvas loco, Joe. ¿No podías ponerte a trabajar c firmeza y energía contra esa gente que intentó volar el acantilado pa sepultarte a ti y Moreau?

—A excepción de que Moreau y yo fuimos de utilidad para ti —contes Kenmore sacudiendo la cabeza—, yo… casi hubiese preferido haber muerto aquel instante.

—¡También trataron de matarme a mí! — gritó airada Arlene—. ¿Es q
eso no significa nada para ti?

Ella giró sus talones y abandonó a Joe. Y él debió haberse sentic
inquieto, pero tuvo la satisfacción de ver con claridad el intento de ella pa
parecer indignada. Sabía muy bien que Arlene trataba de animarle, despert
su interés ' en algo que no fuese el hecho apabullante de «pie todos s
trabajos habían sido fútiles.

## XV

## UNA PRODUCCIÓN DUCLOS

Se retiró cansino al compartimiento privado que le pertenecía. Se sen en el catre —transcurrió un intervalo apreciable entre el momento en q quiso sentarse y el del contacto de su cuerpo con el asiento— y trató meditar en el asunto del sabotaje, de elegir los presuntos culpable Probablemente se habían marchado en un jeep como el resto de los fugitivo tras sabotear la ciudad. Lo más seguro era que se hubieran separa inadvertidamente de la caravana de jeeps y preparado su ataque cont Kenmore y Moreau. Entraba también dentro de lo posible que hubier atacado a algunas estaciones localizadoras asesinando a sus dotacione Incluso ahora podrían tener otros planes. Últimamente habrían maquina una historia bastante lógica que les serviría para relatarla en la Tierra cuan regresaran como casi únicos supervivientes del desastre de la colonia lun Pero Joe Kenmore no podía pensar con claridad. Había trabajado un núme de horas alto sin ningún descanso; cuando se relajó, el agota" miento apoderó de él. No se dio cuenta de que había estado durmiendo hasta que repente el jefe comenzó a sacudirle, teniendo en la mano una humeante ta de café.

—La teleemisión está a punto —dijo el jefe sonriendo—.. Yo voy a actu Haney también. Arlene dice que tú deberías estar presente.

Incluso en la gravedad lunar le fue penoso sentarse, pero Kenmore hizo. El jefe le entregó la taza de café.

—Arlene opinaba primero que te dejáramos dormir, pero necesitam alguien que haga de «público» en el estudio.

Kenmore comenzó a tomarse el café a grandes sorbos.

—¿No ha regresado todavía ningún jeep? —preguntó.

—Alguno sí. Vienen uno por uno. ¡Hombre! ¡Esos tipos están m asustados! Ya se vieron asfixiándose o asándose al sol. Están descompuesto ¡Sueñan con volver a la Tierra!

—Incluyendo los que lo originaron todo — dijo Kenmore—. Chocant ¿no? Pero no tienen ya motivos para más sabotajes. El Laboratorio es destruido y la Ciudad va a ser abandonada. Ya no son necesarios m asesinatos.

—A excepción quizá de que a esos tipos les guste el trabajo que ha estado haciendo, apuntó el jefe.

Kenmore se levantó y siguió al jefe por la cúpula principal hasta la plan de aire de la Ciudad, en donde los tanques hidropónicos alimentaban a vegetación que purificaba el aire respirable y servía para alimentar a l colonos. Cecile preparaba su emisión con magnificencia. No habría guión; habría director. Lezd se limitaba a llevar a cabo las órdenes de ella. De vez cuando hacía alguna sugerencia. Ella no aceptaba ninguna; se las apropiab Kenmore le oyó hacer una tímida indicación referente al orden de l secuencias. Ella no le hizo caso... cinco minutos más tarde Cecile repetía indicación de Lezd pero en forma de orden imperativa.

De lo que parecía el caos, no tardó en aparecer el orden. Lezd colgó telón de plástico, material del empleado en las cúpulas y pintó, de azul superficie. Colocó tras él un proyector algo ladeado y con aire crítico examin desde el frente al imagen proyectada. Hizo una transparencia con diapositiv obtenidas en la Ciudad. El resultado no parecía convincente para el o desnudo, pero hizo un gesto con la cabeza a Kenmore.

—Quedará bien para la cámara —dijo—. Cecile aparecerá con tra espacial y enseñará al público de la Tierra cómo son las flores lunares. El misma será la descubridora. Afortunadamente había aquí una fotografía.

—¡Arlene es el único ser humano, además de Mike, que ha tenido en l manos una flor de esas! —exclamó Kenmore con frialdad.

—¿Pero qué tiene que ver la realidad con el arte? —preguntó Lezd– ¡Cecile es una artista!

Cecile Duclos apareció en un traje espacial con un casco preparado diseñado especialmente para ella por Lezd. No sería práctico fuera de l cúpulas —no era estanco ni hermético— pero quedaba bonito. Ella examin su propia imagen en un receptor monitor de televisión dispuesto para el cas Comenzó a dar órdenes crispadas y autoritarias.

Llegó la hora de la emisión; el monitor se iluminó, su pantalla quedó blanco. Y entonces apareció el rostro de Cecile Duclos, adoptando parpadeante y peculiarmente misteriosa sonrisa.

—¿Cómo estáis? —dijo dulce—. ¡Aquí vuestra pequeña Cecile Duclo hablándoos desde la Luna! Y ahora hablo de un modo especial, porque est en un remoto lugar, lejos de la Ciudad, os hablo desde una solitaria estación muchos, muchos kilómetros de distancia... es un puesto localizador en don dos valientes se enfrentan a todos los peligros dimanantes de la vida solitar en la Luna, que escudriñan los cielos constelados de estrellas en busca de es cohetitos de carga que vienen de la Tierra.

Llevaba el casco espacial con su micrófono algo levantado para que fue

visible. El campo de visión de la cámara se amplió, apareciendo el decorac preparado al efecto para representar una estación localizadora bastan convincente. Cecile explicó las funciones y la soledad de aquellos puest aislados, en donde dos hombres y un jeep lunar permanecían durante cator días en el frío inhóspito y abrumador de una noche en la Luna.

Cecile mostró una vista de una puerta de la estación localizadora. Faltal poco para el alba en aquella parte de la Luna, observó excitada y… «¡Mira ¡Mirad!»… allí se veían los lejanos destellos de la luz del sol dando en l cumbres de las más altas montañas.

Era en verdad una proyección, pero incluso a los presentes les era difí creer que las lentes de la cámara no enfocaban un panorama desolado, co montañas misteriosas recortándose, en un fondo de estrellas. Claro que p ninguna parte se veía movimiento, cosa que ayudaba a dar la sensació requerida.

De vuelta a Cecile, la presentadora y creadora de programas tenía Haney ante un convincente cuadro de mandos —sacado del almacén repuestos— y respondiendo con torpeza a las preguntas de ella. El je apareció en escena y desplegó una notable capacidad histriónica. Habí cuatro estaciones localizadoras, —dijo con esplendidez—, ocupadas só durante las más de trescientas horas de la larga noche lunar. Se suponía qu un hombre estaba siempre de guardia, vigilando los pitidos del radar qu indicarían la proximidad de naves de carga que llegaban a la Luna co provisiones y aire. Cecile le sonsacó con pericia un par de anécdotas acerca sus viajes por los pasos montañosos, donde las avalanchas acechaba imprevisibles para caer lenta pero implacablemente sobre ellos, sepultándolo Se relató una historia de cierta estación localizadora en donde se produjo ur filtración en las reservas de aire y se perdieron. El jefe dijo cómo remendaro la filtración utilizando agua electrolizada, para obtener de ella hidrógeno oxígeno para respirar aquella mezcla altamente explosiva procedente de descomposición del agua durante seis días terrestres, sabiendo que una simp chispita de electricidad estática las haría volar a ellos y a su estación en ur explosión que los convertiría casi en átomos.

Era aquella una historia lunar parecida al antiguo relato del jinete qu montando una muía obediente trotando sobre un precipicio, llega al vací sigue marchando por el aire y no se cae a la sima porque su amo le order apurado que: «¡Corre, mulita, llega al otro lado antes de que sea demasiad tarde!», salvando la vida montura y montador. El jefe la acabó diciendo co sencillez que lo más terrible de todo era que para fumar tenían que salir exterior de la estación.

Cecile le sonrió con dulzura y cerró la placa frontal de su casco, diciendo

—¡Si esta cúpula de la estación está tan aislada que les deja a ustede amigos, casi abandonados a su suerte, ahora que vamos fuera y… estarem usted y yo sin… testigos, será mejor que me ponga lo más fea posible… por acaso!

Pareció entrar en una esclusa de aire. La cámara se levantó y ella simu salir al espacio sin aire del exterior. Allí había un jeep lunar proyectado co diapositivas en el fondo neutro del decorado. Cecile lo señaló dando una ser de explicaciones con fingido interés acerca de aquellos vehículos de carg Habló de los trajes espaciales, información obtenida de Arlene. Cogió u puñado de polvo lunar, preparado a propósito, y lo dejó caer de s enmitonadas manos mostrando y recalcando lo lento de su caída. Habló de l deslizamientos de tierra y de los lagos de polvo con un estremecimien contagioso que fue adecuado para que el público sintiera escalofríos sin ten miedo total.

Entonces pareció trepar un poco, la cámara la siguió, y apareció una vis de un cráter lunar con Cecile pareciendo cruzarlo y contando con v maravillada los prodigios habidos en su creación natural. Un monstruo planetoide de piedra y hierro cayó del cielo, a muchos kilómetros p segundo, estallando literalmente ante la violencia del impacto. Aquel anil montañoso, de varios kilómetros de diámetro, era la consecuencia; venía a s un equivalente de la salpicadura de la antigua catástrofe.

Todavía hubo más, por último Kenmore se sintió irritado al ver a Ceci Duclos tras una serie de apariciones más o menos singulares, saltar finalmen delante de la negrura y luego decir con excitación que acababa de descubr algo. ¡Allí habían flores... capullos de la Luna! Y ella se sentía muy orgullo de que a pesar de que se habían cursado informes acerca de tales plantas flores lunares, en persona había hallado el jardincito que el gentil personal la Ciudad Civil había decidido denominar con el nombre de Cecile Duclos. allí estaba!

Señaló con dramatismo y pareció que las luces de un jeep lunar brillaba sobre ella un instante y luego alumbraban más allá de su persona en dond aparecía un jardín infinitamente delicado de esbeltos tallos plateados y hojas colgantes.

La cámara pareció acercarse; el detalle y la delicadeza de las flores e casi increíble, pero Kenmore reconoció la fotografía a que pertenecía aquel escena. El mismo la había tomado debajo de un acantilado, cuando con Mi y Arlene trataban de encontrar una estación localizadora tras el desastre de «lanzadera»... una hora antes de que Haney y el jefe les hallaran.

Pero aquello era excelente televisión. No hubo ni una palabra sobre sabotaje, los asesinatos, las muertes súbitas. Todavía hubo menos referencias la destrucción del Laboratorio Espacial.

El espectáculo acabó cuando Moreau, también en traje espacial, aparec y gesticuló imperativo a Cecile para que se fuera con él. Su casco era normal su rostro no podía ser visto desde fuera. Pero el de Cecile permitía que se viera el rostro con toda claridad; la actriz sonrió a Moreau ansiosa y se volv casi de mala gana hacia la cámara.

—Ahora ya lea he dicho que es peligroso para mí permanecer más tiemp en este hermoso y bello lugar. Por tanto regreso a la Ciudad y desde allí l

volveré a hablar en una próxima emisión —miró a la casi estatuaria figura d
Moreau en su armadura espacial, con la mayor parte de su equipo quitad
para que se la viese mejor, y suspiró de manera audible—: Tendré que hac
lo que me dicen —explicó insinuante al público.

Hizo después una carantoña diciendo: —¡Es tan guapo ese hombre!…
yo soy tan sugestionable! —luego marchó hacia Moreau.

La pantalla del monitor quedó en blanco tras haber dado una buen
muestra de lo que es una política de buenas relaciones en su tarea de Ocult
lo que en realidad era un fracaso.

## XVI

## EL ULTIMO GOLPE

Entre los más de dos mil millones de seres humanos vivos, quizá só cincuenta conocían e1 informe del Laboratorio Espacial, aquel en que afirmaba que cualquier ulterior progreso en *i* a ciencia atómica significaría suicidio de la Humanidad. La mayoría de aquellos cincuenta se encararon co la conclusión violentamente emocionados. Hubieron tres suicidas. Varios sumieron en una casi esquizofrénica evasión de la realidad.

Unos cuantos —muy pocos— reaccionaron ante el informe decidien que no podía ser cierto. El Cosmos, afirmaban, tiene sentido común; no tendría si pudiera ser destruido por el hombre, una de sus part componentes. Por tanto, el informe debía estar equivocado.

Y mientras Joe Kenmore contemplaba la trucada emisión de Ceci Duclos, había con toda posibilidad una docena de hombres trabajando comprobar y revisar las implicaciones del informe venido del Laborator Espacial, a través de la Plataforma del Espacio.

Los datos, por sí mismos, eran cosa pasada. Había habido un campo fuerza en el que los neutrones podían guiarse e imprimirles aceleración, com si fueran electrones en el interior de un tubo de televisión. Ese campo pod ser formado en una especie de lentes que enfocarían a una corriente neutrones hasta un punto matemático, mientras se elevaba su velocidad has cualquier valor imaginable. Si tal chorro de neutrones concentrados chocal con materia, ninguna partícula subatómica en absoluto podría escap posiblemente a la colisión. Si esos neutrones chocaban con suficien potencia, parecía que se fisionarían y si cada neutrón se fisionaba...

El romperse de una partícula subatómica significaría su instantán conversión en un chorro de pura energía, igual en masa al objeto destruid Esto no sería energía de fisión, sino la verdadera energía de la materia...

energía de la composición de la sustancia misma.

Una partícula desintegrada de cualquier naturaleza desintegraría a l otras partículas próximas. Esas, a su vez, desintegrarían también a sus vecina La verdadera explosión de un solo átomo haría estallar a los demás en u alcance horripilante y una reacción en cadena se iniciaría en la cual tod materia sería explosiva y explotaría. De haber empezado esto en Laboratorio Espacial, la detonación hubiera volado a la Luna, a pesar de l sesenta y cinco mil kilómetros de distancia a que se halla el satélite. La Lu haría explotar a la Tierra; y la Tierra al Sol; y el Sol a todos los planetas y las estrellas más próximas; y estas a...

Tal explosión se propagaría incluso por la infinitamente diluida mater del espacio interestelar —un átomo por centímetro cúbico. Saltaría la brech entre las galaxias y convertiría al Cosmos en una sola llama.

Tal línea de pensamiento destruyó a los hombres del Laboratorio Espaci no pudieron vivir con esa idea. Pero apenas una docena de humanos, allá la Tierra —científicos— rehusaron aceptar la conclusión del Laboratorio y pusieron a buscar la falla en todo aquel razonamiento.

Hubo un hombre llamado Thurston que llevó el examen hasta el fin. F el mismo que descubrió las falsas presunciones acerca de la energía cinéti en las primitivas relaciones de los satélites. Trabajó en el cerebro electróni analista de Harvard, sentándose ante sus mandos durante setenta y dos hor seguidas, tomando café y trabajando con una sublime obstinación. Cuan acabó, tenía los ojos llorosos y turbios por la fatiga y musitó una serie palabras impublicables mientras explicaba la cinta de las soluciones a los q aguardaban a su lado.

Era sencillo que los experimentadores habían utilizado la idea de objeto pequeño y homogéneo bajo el concepto de neutrón. Pensaban en l neutrones como algo parecido a nueces; era un modo de pensar convenciona Pero un neutrón es en realidad más parecido a un planeta gaseoso gigante q a una nuez o avellana. Tiene un núcleo extremadamente denso, pe disminuye la densidad desde el mismo centro hasta esfumarse en la nada.

El punto traído a la luz por el computador analítico, o cerebro electróni analista, lo mismo da, era que la estructura física de un neutrón importante. Si dos cosas como nueces chocaban a gran velocidad, una ambas se destrozarían. Pero cuando un neutrón de la clase actual colisio con otra partícula, podría ser que no se destruyera; a cualquier velocidad m arriba que la de la luz, rebotaría. A la velocidad de la luz no sería un neutró Ni siquiera sería un objeto, sino una onda.

Pero en la Luna, Joe Kenmore no sabía nada de este descubrimien teórico. Por eso exclamó airado cuando acabó la emisión de Cecile Duclos:

—¡Falso desde el principio al fin! ¡Nada sino carantoñas y luz!... ¡Y e mujer se ha aprovechado en su beneficio de todo cuanto aprendió Arlene c grave riesgo de su vida'

—No me importa —le contestó Arlene tranquilizadora—. Yo misma

estaría aquí si ella no hubiese necesitado a alguien como yo que la ayudara.

—Estarías mucho mejor allá abajo, en la Tierra.

Hubo un sonido muy peculiar en la cúpula, un sonido increíble porqu venía del exterior. Y, claro, ningún sonido podía provenir del exterior. Aqu era particularmente sordo, como un rumor. Comenzó y creció en volumen m y más.

Los habitantes de la cúpula se quedaron helados. Kenmore se levan sobresaltado y vio una porción de la pared de plástico de la cúpula combar hacia afuera. Luego, y esto ocurrió en una fracción de segundo, se produjo u resplandor rojizo y al instante siguiente un fulgor carmesí ardió a través d globo de plástico que era el muro interior de la cúpula y su miembro m importante estructuralmente hablando. Algo emitió un denso reguero de roj chispas Se remontó a través del techo de la cúpula y se hundió en el plásti del otro lado. Parecía como si una hoja de sable gigantesca, curvada, al ro vivo, hubiese atravesado procedente del remoto espacio a la cúpula, de lado lado. La cabeza movible de la llama desapareció, pero su reguero de fueg carmesí persistió. Y por debajo del rugido se oyó de repente el fino silbidi del aire al escapar hacia el vacío. Kenmore se encontró a sí mismo chocand con Moreau, Ambos habían saltado al mismo tiempo con el deseo de repar las aberturas recién formadas. Pero fue un salto. Pasaron segundos de agon antes de que volvieran a brincar. Había un agujero en el techo de unos quin centímetros. Estaba a seis metros del suelo, pero en la Luna un hombre pued saltar con facilidad a esa altura.

Kenmore llegó hasta el agujero. El plástico ajustó encima mismo de abertura, atraído por el vacío exterior. Se quedó aplicado firme. Fijo. Kenmo notó cómo el polvo lunar ocupaba su posición normal en la parte de fuer porque la salida de aire había cesado. Moreau estaba realizando una tarea la otra abertura. Los dos comenzaron a descender lentamente hasta el suelo. ¡Poneos los trajes espaciales! —ordenó Kenmore todavía en el aire— ¡Depris

Algunas de las sorprendentemente duraderas chispas carmesí cayeron c él. Naturalmente le dijeron qué es lo que había causado el daño. Un cohete señales que tenía una muesca en su cabeza para producir un chorrito de llam ante él; había sido disparado contra la polvorienta cúpula desde el exterior. llamita delantera apartó el polvo; la posterior impulsó al cohete hac adelante. Había sido concebido para perforar polvo lunar, y no otra cosa. Pe había «pinchado» la cúpula en dos sitios y posiblemente no sería el úni cohete empleado para atacarles.

Arlene estaba introduciéndose con cierta pericia, fruto de la práctica, su traje espacial. Kenmore tomó el suelo, avanzó con rapidez hacia ella empujó una masa de su cabello quitándolo del cerco del cuello que soportar el casco y metiéndolo dentro para evitar que por las junturas pudiese hab alguna filtración de aire. Luego comenzó a colocarse su armadura.

—¡Jake! ¡Revisa las otras cúpulas! —ordenó mientras se ajustaba el casc

Se aseguró que la placa frontal de Arlene estaba dispuesta para s

cerrada en cualquier instante y dijo ceñudo a Moreau:

—Vigila el techo. Si comienza a bajar es que se está perdiendo más ai por alguna parte que no hemos logrado obturar. Probablemente podr mantenerlo así con aire del tanque general. Pero si necesitas salir, hazlo. I esclusa de aire es un buen refugio para estas ocasiones.

Corrió a la cúpula principal. Allí habían tres agujeros en el techo c plástico y una señal todavía en brasas del cohete de señales todavía ardienc por haber quedado aprisionado en un montante metálico a doce metros c altura. Mike Scandia alzaba una varilla metálica con hojas de plástico en u extremo con el fin de cerrar una de las brechas. El jefe se dirigía hacia otr Haney, con traje espacial, sujetaba tres varillas una a continuación de la otr mientras una hoja de plástico aguardaba a su lado el momento de particip en el remiendo. Haney arrancó el fondo de una papelera, lo colocó clavado e la punta de la última varilla, extendió encima el retal del remiendo y saltanc a lo alto del techo de uno de los compartimientos particulares, con ayuda c las varillas colocó el pedazo sobre la abertura que estaba demasiado alta con para alcanzarla de un salto. El trozo de plástico se quedó firmemente asentac gracias a la presión de aire que aún quedaba en el interior de la cúpula.

Kenmore se dio cuenta de que el débil sonido cantarín que percibía, través de su casco era debido a los timbres de alarma de los control automáticos de presión. Pero la situación en aquellos momentos estal dominada. Kenmore se dirigió a la cúpula de energía y encontró una raja c casi dos metros de largo en donde un cohete había chocado con el plástico c un ángulo muy agudo. Tres hombres con trajes espaciales trabajaba reparando la brecha. Estaban asustados, pero como ya sabían lo que era hu por haberlo hecho antes, se lo pensaron mejor decidiendo quedarse y lucha Trabajaban realmente, no sólo para salvar la Ciudad, sino para salvarse a mismos.

Luego Kenmore se permitió dar rienda suelta a su furor. Un hombre hab sólo necesitado practicar unas muescas en cierta cantidad de cohetes c señales para que la llama en una pequeña porción se prolongara delante c ellos y así pinchar las cúpulas de la Ciudad a voluntad. Y ese hombre estal en el exterior...

Corrió a la cúpula principal. Las agujas de sus manómetros de presic marcaban todavía la zona roja de peligro, pero Haney estaba de nuevo en suelo y Mike y el jefe se hallaban descendiendo.

—¡Voy en persecución del tipo que hizo esto! —les gritó a través d micrófono de su casco.

Corrió hacia la esclusa de aire y oyó al jefe gruñir como si hubiera caíc desde una altura extrema incluso para una gravedad de un sexto.

—¡Voy contigo, Joe! —dijo Haney.

—¡Yo también! —exclamó la tartajosa voz Mike.

Pero Kenmore fue el primero en salir; lo hizo en medio del increíb espectáculo del amanecer lunar. Los picachos hacia el oeste relucían co

fulgor incandescente. La bahía de lava en donde estaba asentada la Ciuda
aún quedaba sumida en las profundas sombras; pero la luz del Sol bañaba l
cimas de los Apeninos y por todas partes se veía el resplandor de la l
reflejada. Era posible incluso convencerse de que había una atmósfera q
daba aquella blanda iluminación, o daba su efecto luminoso, al menos, 
Tierra, cerca del cenit, era ahora una raja de melón que iba disminuyen
hasta convertirse en el más pequeño de los cuartos menguantes, con una lín
de rojo sucio completando la zona negra para demostrar que seguía sien
una esfera.

Kenmore no prestó atención a nada de esto. Sus ojos volaron hacia l
jeeps lunares. No habían demasiados, no obstante; sólo una parte de
población de la Ciudad había regresado. Los vehículos retornados habían si
aparcados cerca de la esclusa de aire y Kenmore emitió un inarticula
gemido de rabia. No se veían huellas debajo de ellos. Había lo que parecía s
una bruma en su torno y alrededor. Y en la Loma no hay nieblas excepto en
brillante luz del Sol y donde sustancias fotoeléctricas descansan en
superficie. Aquellas nieblas no son otra cosa que nubes de polvo, manteni
en el vacío por la repulsión electrostática de partículas cargadas al igual q
ellas mismas. La bruma que veía ahora Kenmore era distinta.

Sé dirigió a los jeeps a la mayor velocidad que pudo proporcionarle
andadura lunar. Cuando llegó, encontró que unos cuantos minutos antes
hubieran bastado para evitar el daño y que unos cuantos minutos más
retraso le hubieran impedido darse cuenta de él. Los aparcados jee
permanecían inmóviles, tenuemente velados por la bruma blancuzca que e
polvo lunar cayendo en aquellos momentos hacia el suelo para formar u
alfombra uniforme, como la del resto de la superficie de la bahía. Fueron só
necesarios escasos segundos para darse cuenta de todo. La válvula de aire
por la que un hombre en el exterior podía suministrarse aire de los tanqu
del jeep y rellenarlos de su traje— estaba rota. En todos los jeeps. Era u
operación muy practicada el que los hombres en el trabajo respiraran aire d
jeep mediante largos tubos unidos a aquella clase de válvulas. Eso siemp
dejaba una reserva de aire de dos horas en los trajes espaciales. Pero aho
todas aquellas conexiones estaban rotas.

Los tanques habían vertido su contenido en un chorro sibilante que fue
que levantó polvo. Cinco minutos más y sólo la ausencia de surcos y huell
hubiera podido parecer extraña. Si los fugitivos que habían regresa
hubieran tenido necesidad de volver a escapar, hubieran muerto por asfixia.

Las figuras de Hane y el jefe y la más diminuta de Mike salieron de
Ciudad. Kenmore les llamó por la radio de su traje, explicándoles *lo* ocurri
Mike regresó a la Ciudad para dar el aviso de que nadie... por mucho páni
que tuviera, se refugiaría en ningún jeep. Haney y el jefe corrieron a la pa
posterior de las cúpulas para averiguar cuál había sido el trabajo de l
saboteadores en aquella zona..

*Y* entonces los auriculares de Kenmore le trajeron una sucesión de gri

procedentes de personas de la Ciudad enfundadas en trajes espaciales. S levantó, echó a correr; al cabo de pocos segundos atravesaba las exclusa Había oído gritar a Arlene...

La muchacha había estado en la cúpula del aire. Se dirigió allí Kenmor Un montante de dicha cúpula se había derrumbado y la mitad del tech estaba hundida. Una parte casi tocaba el suelo, aplastando bajo su peso un fila de tanques hidropónicos que había debajo. Dos personas arrastraba desesperadas a una tercera, pilladas por el desplomado techo cuyo peso veía suplementado por metros y metros de polvo lunar gravitando encim Kenmore maniobró la válvula del tanque de emergencia sito junto a exclusa. Grandes masas de aire expandiéndose se introdujeron en la cúpula. techo se agitó y comenzó a alzarse de nuevo, un poco, y él saltó hac adelante y ayudó al rescate, empujando al fláccido material de la cúpula co un pie y tirando de la víctima con ambas manos.

Pero la persona atrapada era Lerzt; estaba inconsciente. Las figur activas eran Pitkin y Moreau.

— ¡Arlene! ¿Dónde está? —gritó Kenmore.

Debía estar bajo el resto del desinflado globo de plástico, ya no sujeto p los montantes y recargado por el polvo exterior.

—¡Alguien entró... a través de la pared! —gritaba con estridencia Ceci —. El techo se desplomó y ella... ella...

Era patentemente imposible. Caminar por la cobertura de polvo de un Ciudad lunar sería lo mismo que andar por dentro de un lago de polvo. El qu lo intentará 'se hundiría, envuelto en el fino polvo como si éste fuera aren movedizas. Kenmore retrocedió y abrió la válvula por completo. Durante u instante el techo se levantó lo suficiente como para dejar visible toda extensión del suelo. Pero allí había un desgarrón del tamaño de un hombre nivel del suelo y en el extremo más lejano. El techo cayó de nuevo cerca d aquella monstruosa rotura, y la garganta de Kenmore gorjeó. Arlene no estab en la cúpula, ni viva ni muerta. Todo el suelo había quedado visible duran un momento.

—¡Alguien... entró por la pared! —insistía Cecile histéricamente— ¡Alguien...!

Y Kenmore lo comprendió todo también. Tras aquel último intento d destruir la ya casi domeñada ciudad se escondía una total falta de escrúpulo de piedad, de compasión. El juego era el mismo que el de los pinchazos de l cúpulas. Pero cuando se pensaba en ello, caminar sobre un lago de polvo o través de un lago de polvo sería tan sencillo como lanzar contra la cúpula u cohete. Los cohetes de señales tenían una potencia de impulso de dos kilos medio, peso terrestre; ardían durante veinte segundos. Un hombre pod mantener uno de esos cohetes invertido delante de él, lanzando hacia chorro de llamas y humo y esa misma combustión volaría materialmen cualquier grosor de polvo lunar que cubriese el plástico de las paredes. El más arriba podría deslizarse cayendo, pero su caída sería muy lenta. U

hombre podría labrarse su propio túnel si se movía con rapidez y aguantaba
sus cohetes, Y Arlene estaba allí con su traje espacial…

Kenmore vociferó roncas órdenes mientras corría a poner en obra su par
de ellas. Si era necesario ya habría quien se cuidara de la Ciudad. Las peor
desgarraduras habían sido remediadas, a excepción de la cúpula del air
¡Pero se habían llevado a Arlene!

Moreau vino corriendo junto a Kenmore. Una vez fuera, Joe Kenmore d
un salto terrible, que le llevó a increíble distancia. Se encaminó hacia
cobertizo-almacén en donde se guardaban suministros y repuestos. El jefe
Haney llegaron rodeando las desinfladas cúpulas de la Ciudad.

—¡Hay un jeep corriendo hacia las montañas! —exclamó el indio—. ¡
vimos! ¡Haney les gritó que se detuvieran y el jeep intentó atropellarle!

Kenmore jadeaba por su micrófono y el jefe mascullaba juramentos
palabras ininteligibles que sonaban malísimamente. Kenmore inspeccionó
probó el jeep más cercano en otros aspectos más allá de la pérdida de todo
aire almacenado. Moreau vino jadeando y cargado con un puñado de cohet
de señales. Mike llegó saltando y trayendo pólvora de magnesio. El jefe acud
balanceando un monstruoso barril de nieve de aire…

## XVII

## PERSECUCIÓN

Fue la más fantástica de las escenas. Los comienzos del alba hacían qu las cumbres más altas de los Apeninos brillaran con fuego de incandescenci El mare Indrium todavía no quedaba ni rozado por la luz, no obstante l cimas montañosas tenían un tinte extraño. Habían figuras surgiendo a salt enormes, eran hombres corriendo y beneficiándose de la suave gravedad. U jeep lunar se dirigía a uno y a otro, recogiéndolos con sus cargas, subiéndol a bordo y luego marchaba veloz —destellando en el crepúsculo— hacia l monstruos rampantes de piedra que eran las montañas.

En cuestión de minutos el vehículo estaba al principio del paso, a trav del cual el otro jeep había huido... dejando a la Ciudad presumiblemen medio destruida y a todos los demás jeeps atascados tontamente por haberl vaciado los tanques de aire. Las montañas allí se alzaban seis mil quinient metros apuntando hacia las estrellas y la Tierra. Sus picos estaban bañad por la luz del sol con un blanco de fuego. Sus valles eran negros, con negrura de la tumba. Sólo el débil resplandor de la Tierra llegaba de u planeta más que giboso ya. Los múltiples focos del jeep alumbraban el camin por delante; en todo su alrededor amenazaban producirse impensad avalanchas.

En la prisa de partir, las puertas del compartimiento de carga del je fueron abiertas en el vacío y vueltas a cerrar, mientras que las interiores separaron para admitir a los hombres que saltaban a bordo junto con s cargas. Dentro del vehículo había una efectiva falta de aire y sus tripulant tenían que respirar el de sus tanques del vestido espacial, lo que les permitir un suministro para sólo dos horas. No obstante, en el interior no remaba frío exterior y la barrica de nieve de aire crujía hasta que el jefe hizo u agujerito en su parte superior; luego se oyó el gorgotear de un líquido dent de ella. Así el calor de la "cabina del jeep poco a poco restauró una atmósfe que no era todavía respirable y además poseía excesiva sequedad... pero qu

podría al poco engrosar lo suficiente para sustentar la vida.

Moreau agrandó la abertura de la barrica de nieve de aire y remov sacando unos cuantos puñados de nieve, que mezcló cuidadosamente co pólvora de magnesio... que de nuevo volvió a meter en las puntas de l cohetes de señales, cerrándolas herméticamente. Era una mezc singularmente apropiada para el fin que tenía en perspectiva; aquel era mismo explosivo que voló el acantilado lunar en un intento anterior matarles a él y a Kenmore. Se trataba del explosivo utilizado en la Luna pólvora de magnesio y aire congelado. La menor chispa inflamaría magnesio con su «forro» de aire sólido, fundiendo bastante aire para permi la llama; luego toda la masa detonaría en una explosión cegadora, az blanquinosa y profundamente destructora. • Jamás se había utilizado antes cohetes. Las cabezas explosivas que Moreau había preparado serían l primeros proyectiles disparados en la Luna con el directo propósito de matar

Pero Arlene Gray estaba en el vehículo que debían atacar.

Kenmore había pensado que sabía de la ulterior futilidad en el proyecta abandono de la Luna y de todos los esfuerzos para conseguir la navegaci espacial. Pero ahora se sentía con una clase de desamparo que e enloquecedor en el sentido literal. Los hombres que perseguía estab condenados, claro. Ellos no lo sabían, porque nadie comete jamás un delito menos que espere eludir sus consecuencias.

Los hombres del jeep creían sin lugar a dudas que eran poseedores de coartada perfecta. Podían haber sido una parte de los fugitivos huidos de Ciudad en su primer abandono; y podían alegar que se habían perdido d grupo principal, luego repararon su jeep por sí mismos y regresaron a Ciudad para encontrarse sus cúpulas derrumbadas. Se habrían imagina anticipadamente que el solar de la urbe sería visitado por jeeps de las bases proyectiles di. rigidoa, cosa harto probable, y que los recogerían a ellos pa ser devueltos a la Tierra. Su plan estaba ya casi destrozado, pero habí mezclado a Arlene en las consecuencias de su locura. *«Y esto es la pa realmente odiosa de todo crimen»,* pensó Joe Kenmore: *«Los criminales a menu perjudican a otros al destruirse a sí mismos.»*

Moreau, mientras creaba armas de muerte, habló bruscamente.

—Lezd debió haber luchado con quien se llevó a Arlene. Su conducto aire estaba cerrado. Será mejor que tomemos buena nota de esa triquiñue por si tenemos que ir al cuerpo a cuerpo con esos individuos.

Hay un control del paso de aire en el cuello de cada traje espacial. U hombre puede regular o detener el paso del aire de sus tanques según trabajo o si entra en una cúpula o jeep y cuando abre la placa frontal. Algui había meditado en la posibilidad de un cuerpo a cuerpo en el vacío imaginado una táctica perfecta de lo que podría ser judo lunar; eso no se habría ocurrido a la mayoría de los hombres.

Mike Scandia rechinó los dientes. El jefe y Haney miraban por l ventanillas, hacia adelante. Kenmore conducía con furia. No se imaginaba

destrucción del otro jeep sin destruir a Arlene al mismo tiempo. Lo m grande que podía desear era tener un instante en que vengarse por el rapto Arlene... y eso era algo fútil. Pero se notaba lleno de rabia de odio hac aquella parte de puro horror en toda la vasta serie de crímenes.

Su jeep trepaba por el paso de las montañas a una velocidad moderada insuperable que a él le parecía paso de tortuga. Kilómetros más arriba l picachos en forma de aguja parecían recoser el firmamento. Podían percibir débil luz terrestre encima del jeep algunas veces. Más a menudo, ahor parecían zonas de densa negrura en la que las luces del jeep parecían arroj pequeños y lastimosos destellos.

Las huellas se curvaban en una ladera; a un lado se abría un abismo s fin. A casi dos kilómetros de distancia las luces del jeep recorrieron un ondulada pared de piedra oscura. Hubo otro trepar sinuoso y las portezuelas ventanillas delanteras del vehículo apuntaron hacia un flanco montaño iluminado por el sol. El astro rey ya caía sobre aquella zona. No representa vida, pero todo aparecía atormentado, torturado, como si se esforza denonadamente por revivir, o por lo menos en dar cobijo a cualquier cosi viviente.

Pero aquellos que viajaban lo miraron una sola vez. En su mayoría tení los ojos fijos en polvo del paso que se extendía ante ellos. Allí habían huella si los hombres abandonaran la Luna hoy, sus pisadas perdurarían hasta que Sol dejara de brillar muriendo para siempre.

En aquel momento, no obstante, el hecho tenía importancia porque si jeep perseguido doblaba hacia algún lado, los perseguidores lo sabrían instante.

Kenmore conocía aquel camino. Lo había atravesado más de una vez últimamente Moreau y él habían transportado por allí hasta la ciudad el cas de un cohete de carga, colgado debajo del jeep. Su presa no tendría un desti fijo; pensarían que habían destrozado a la Ciudad. Huían a las montañ simplemente para aguardar cualquier oportunidad de que los sobrevivient volviesen a abandonar la inútil urbe... y, pensaban, esta vez todos l refugiados morirían seguramente porque los tanques de aire de sus jee estaban vacíos.

Con toda seguridad aguardarían también recibir una considerab recompensa del gobernante de algún país, cuando regresaron a la Tierra.

Joe Kenmore conducía como un hombre demente o inspirado. necesitaban, por lo menos, tres pares de brazos, y otros dones notables, pa conducir con propiedad un jeep lunar. Cuanto más de prisa se marchaba, m urgente era la necesidad de habilidades ultrahumanas. Pero el jeep Kenmore alcanzaría al vehículo fugitivo porque los saboteadores esperarían que se les persiguiese después del pánico y confusión que habí dejado con su último ataque. Era muy posible que no se molestasen siquie en viajar muy lejos, pero Joe tenía intención de alcanzarlos... ¡por velocida Y lo hizo.

Vio al jeep de los saboteadores como un débil destellar a la luz reflejad
del crepúsculo. Había allí un escalón y un estrecho portal por el que fluía
luz. El deforme y lejano vehículo trepaba entrando en la parcial clarida
Seguía trepando, salía del portal, entre dinteles monstruosos de piedra qu
parecían abiertos a la nada misma.

Kenmore le siguió con tenacidad; sabía lo que le esperaba más allá. S
jeep crujía y rechinaba atravesando una estrecha cañada. Salió tambaleándo
locamente, llegando a una zona en donde la luz de la Tierra parecía ca
brillante. Entonces se producía un fantástico crepúsculo en el que podía ver
todo un pequeño cráter a menos de dos kilómetros, un cráter formado dent
de los muros de otro mayor. Una parte de su muralla circular se hab
derrumbado formando un abismo lateral. Era aquello lo que podía llamar
una cañada lunar, toscamente circular, casi a nivel general. El abismo
extendía casi doscientos metros en ambos direcciones, y el cráter peque
tenía un montículo en su centro y sus paredes las constituían afila d
picachos por todas partes a excepción del borde del abismo, cerca del cu
corrían las huellas de previos viajes en otros jeeps.

El vehículo fugitivo se había metido en aquel lugar. Dio un giro limpio
los motores de sus cuatro ruedas se detuvieron. Sus ocupantes tranquilamen
pusieron los frenos.

Los perseguidores podían oír ahora las exclamaciones de los fugitivos
través de los auriculares. Vieron un destello de luz y toda su tranquilidad
esfumó, volviendo sus asombrados ojos para ver cómo la niebla y el polv
lunar hacían una mezcolanza extraña y cómo un reguero carmesí ven
directo hacia ellos como si fuera una flecha. Al final de aquel reguero hab
otro jeep, el de Kenmore, que marchaba a gran velocidad hacia ellos. Un
escalera de cuerda pendía a su esclusa de aire y una figura humana aparec
colgada de dicha escala. Un segundo reguero de chispas carmesí flameó de l
manos de aquella figura y tomó la dirección de su parado jeep. Los fugitiv
estaban a la vez incrédulos y abrumados. M conductor puso en marcha l
motores; el jeep saltó hacia adelante. Pero había sido detenido sin pensar e
posibles casos de emergencia. Tenía ahora que girar sobre sí mismo pa
proseguir la huida... y se necesitan muchas manos para maniobrar un jeep.

En apariencia, el conductor se dejó dominar por el pánico. Describió u
giro y una de las amplias ruedas se metió en el lugar en que dos grandes roc
convergían precisamente del modo necesario para dejarla inmovilizada.
conductor trató de forzar su rueda aprisionada primero hacia adelante; lueg
hacia atrás. No pudo lograrlo.

Kenmore vio una figura con traje espacial dejándose caer al suelo desde
escotilla del otro jeep y luego correr con frenesí hacia la rueda. Un segund
hombre se descolgó para ayudarle.

Los dos empujaron; hicieron un esfuerzo terrible y lo que parec
imposible tuvo lugar. La rueda quedó libre.

Y el jeep se puso en movimiento. Un jeep ha sido designado para soport

grandes esfuerzos y viajar por cualquier parte. Aquel se había liberado, pe su conductor en apariencia no poseía las cualidades necesarias para salir co bien de tales emergencias. Había un control que permitiría al jeep march una cierta distancia y luego detenerse para dejar que su tripulación pudie reintegrarse a la cabina. Aquello era extremadamente útil, pero no fue usac en la presente emergencia.

El jeep avanzó hacia adelante, seguro, con velocidad creciente hacia barranco junto al que se alzaba el pequeño cráter.

Uno de los hombres del jeep rugía con furia. Lo pudieron oír s perseguidores a través de los auriculares. El otro gritaba. Los dos echaron correr tras la máquina. El vehículo aumentó la distancia que les separaba los dos hombres, marchando hacia el acantilado que se perdía en la nad derrumbándose e iniciando el abismo...

Kenmore puso su propio jeep a toda, velocidad, para intentar, de mane desesperada, provocar un choque e impedir que el vehículo fugitivo siguie adelante... Pero Moreau disparaba cohete tras cohete desde la escala cuerda, jurando histéricamente porque los saltos de la marcha le estropeab la puntería.

Un cohete, sin embargo, se estrelló contra una rueda delantera cuando l fugitivos no estaban a cincuenta metros siquiera del borde del abismo. vehículo patinó treinta metros —despidiendo chispas— antes de pod detenerse. Allí el piso tenía una marcada pendiente en descenso. Pero el je logró pararse.

Kenmore frenó a su lado sólo instantes después. Se lanzó hacia la escotil de aire, pero el jefe ya estaba atravesándola. Cuando Kenmore tocó el sue exterior, el jefe ordenaba a los fugitivos con un gruñido:

—¡Entregaros si lo preferís o... arrostrad las consecuencias! ¡Pero se mejor que os decidáis rápidos!

Se encaraba con las dos figuras de los trajes espaciales que estaban a ci metros, bajo el resplandor de la luz terrestre. Uno de ellos musitaba sonid ininteligibles. Moreau levantó un cohete de señales.

—¿Le disparo? —preguntó.

—¡Dejádmelo a mí! —bramó Kenmore— ¡Dejadme que...!

El más próximo de los dos fugitivos echó a correr. Vino hacia ellos danc saltos de cuarenta y cincuenta palmos, gritando incoherencias. Kenmore sal a su encuentro... y entonces imaginó algo más satisfactorio que destrozar c sus manos al otro.

—¡Dejadle pasar! —gritó a sus compañeros.

Su tono era tan fiero que los demás obedecieron instintivament Kenmore mismo se apartó a un lado.

La única cosa que un terrestre puede recordar con dificultad en l momentos de apuro es que gravedad e impulso son cosas distintas. El homb que gritaba se lanzó furioso contra los tres vengadores —cuatro, cuando Mi salió— con las manos extendidas para aferrar y romper. En la Tierra habr

pesado unos noventa kilos, más otros cuarenta de su traje espacial. Al
hombre y vestido juntos no llegaban a pesar veinticinco kilos. Pero su impul
hacia adelante tuvo la misma energía que si se hubiese hallado en la Tierra.

El hombretón no pudo detenerse. Salió disparado a través de la abertu
que había dejado Kenmore al hacerse a un lado y se encontró volando hacia
abismo ante el que el jeep fugitivo había logrado detenerse cuando
catástrofe parecía inminente. Dio un grito, se sacudió en el aire, tratando
bajar al suelo... de detener su progreso a cualquier precio. Pero un objeto c
sólo siete metros y medio en el primer segundo, en la Luna, claro. Cuan
aquel hombre intento lanzarse hacia abajo, sus piernas dejaron de tocar alg
pero su cuerpo no descendió. Flotaba.

Su masa estaba a medio metro por encima de la superficie del sue
cuando pasó en su terrible vuelo y el piso allí tenía pendiente hacia abaj
Intentó asirse de alguna roca, de cualquier cosa que le pudiera detener.

No lo logró.

Franqueó flotando el borde del abismo y comenzó a curvarse
trayectoria suave pero decididamente hacia abajo. Gritó. Volvió a gritar.

La negrura se lo tragó. Cayó metro y medio en el siguiente segundo y al
más de tres en el tercero. Pero aquel precipicio debía tener más de
kilómetro de profundidad. Su voz continuó llegando espeluznante durante
que parecieron siglos, gritando mientras caía y caía.

Su voz se cortó en medio de un chillido. Si la caída no le había matac
directamente, tendría roto el traje espacial o destrozado el casco. Era inútil
absoluto ir a por su cuerpo... aun cuando hubiera sido posible hacerlo.

—¡Y ahora, ese otro! —exclamó Kenmore con frenético salvajismo.

El aludido estaba parado. Agitaba sus enguantadas manos. Los q
convergían hacia el pudieron oír sus sollozos por los auriculares.

—Te dejaremos con vida —dijo Kenmore muy fríamente—, hasta q
vuelvas a la Ciudad y nos digas lo que sabes. ¡Pero sólo te prometemos eso!

Oyeron lloros y otros sonidos similares. El segundo fugitivo gemía
gemía; luego se dio la vuelta y echó a correr a ciegas, aumentando el volum
de sus gemidos en su profundo miedo y su inimaginable desesperación.

Moreau apuntó un cohete de señales. La llama roja brotó cerca de
mano en el mismo momento en que Kenmore le ordenaba que no disparas
Pero ya era demasiado tarde; el cohete de señales voló casi en una línea rec
matemática, dejando un reguero de chispas brillantes. El fugitivo huía aho
en saltos torpes y alocados que la baja gravedad hace imponerse a cualqui
pánico. El cohete pareció fallar... pasando cerca de él y por casi un metro...

Pero entonces la llama interior alcanzó el explosivo de su cabeza. Hu
un fulgor de luz Manca tan brillante como el propio Sol. Ningún sonid
ningún impacto; nada excepto el destello súbito e intolerable y una nube
polvo lunar... pero el fugitivo había desaparecido.

—Y ahora —dijo Kenmore con la garganta seca una vez más—, verem
si Arlene está bien.

Lo estaba.

## XVIII

## EL REACTOR DE THURSTON

Parecía que todo el futuro estado cortada y seco y que no iban a hab sorpresas. Arlene Gray estaba viva y sin daño alguno, lo que era razón pa alegrarse. Pero la empresa, que —al entender de Joe Kenmore— significab un futuro magnífico para la Humanidad, parecía haber terminado. Allí había causa *de alegría..*

Allí había, para estar seguro el hecho de que el mayor Gray le había dicl a Kenmore que no pensase demasiado en tales cosas y que una nave de Marina, se encaminaba hacia una de las bases de proyectiles dirigidos de Luna. Pero eso no parecía importar. De cualquier modo, llegaría después salir el sol… cuando el viajar era cosa impracticable.

El asunto de la existencia continuada tenía que ser resuelto, incluso pesar de que su propósito quedaba frustrado. Había el regreso de los jeeps los que los habitantes de la Ciudad habían huido... Ahora parecía hab pasado de eso mucho tiempo. Vinieron uno por uno, después de que s tanques de aire fueron repostados por los militares y efectuadas las necesari reparaciones por el personal de las bases de proyectiles. Cuando se enterar de la destrucción del Laboratorio, alguno de los que habían regresado mostró jubiloso. Ahora podrían regresar a la Tierra, no por su propia culpa falta, y ya jamás abandonarían el planeta madre.

Pero otros parecieron mostrarse agresivos, en una agresividad m cercana al sentido de la autodefensa. Habían huido, mientras Kenmore y otr se habían enfrentado a la emergencia de la que ellos escaparon; así l fugitivos no quedaban en demasiado buen lugar. Se pusieron insistentemen recelosos del comportamiento de Kenmore. Alguno musitó sombrío de q sólo él y el jefe y Moreau sabían realmente cómo fue destruido el Laborator y que podían tener sus razones particulares para no decir la verdad a todo mundo.

Hubo un tiempo, además, en que Kenmore y los otros eran considerad tipos altamente dudosos. Sabían exactamente lo que hacer en la Ciud cuando ésta perdía aire. ¿Cerno hubieran sabido el modo de enfrentarse a emergencia aquella a menos que fueran ellos los que la hubieran causado?

Cecile Duclos detuvo todas aquellas murmuraciones mediante el ac comentario de que ella, por lo menos, no estaría viva a no ser por Kenmore. Todavía me es posible emitir a la Tierra sobre el comportamiento de los q *«huyeron»* abandonando a la Ciudad y los aparatos emisores del rayo alunizaje —dijo la mujer especialista en las emisiones de televisión. Y «s cier que ella pudo haber muerto en el alunizaje a causa de aquella deserción; con certeza lo hubiera hecho después a no ser por la búsqueda que hi Kenmore con su jeep.

De aquel punto, Joe Kenmore volvió a ser una persona admirable, porq nadie quería ofender a Cecile. Los habitantes de la Ciudad Civil deseaban s presentados en sus siguientes emisiones y recibir la alabanza para que l teleespectadores de los tres continentes pudieran admirarles. Trabajab febrilmente para alcanzar este fin, atormentado a Arlene, a Lezd y a la prop Cecile en busca de una promesa de alabanza ante les cámaras, tratándol como si fueran héroes. Eso, evidentemente, servía para que interfirieran modo natural en el lógico deseo de Arlene de estar a solas con Kenmore.

Ella se quejó con tristeza acerca de esta persecución y él la contes sombrío que tendrían que soportarla por lo menos un par de semanas. Pasar todo ese tiempo antes de que ordenaran al cohete terrestre, después de puesta del Sol, para comenzar la evacuación de la Ciudad. Arlene estaría ent las primeras en irse; él se ocuparía de eso. En cuanto a sí, perdió un lar período de inutilidad... con más inutilidad todavía, más ociosid aguardándole en la Tierra hasta que tuviese creado un nuevo plan para sí para el futuro de Arlene, No pensó mencionar la nave de la Armada q estaba en camino de la Tierra a la Luna, dispuesta a aterrizar en una base proyectiles lunares. Parecía que eso no tenía nada que ver en absoluto con él

Entonces concedió de mala gana todo su tiempo a celebrar una especie encuesta oficial referente al sabotaje de la Ciudad. La conclusión, bastan acertada, era que todos los sabotajes experimentados podían haber si hechos por los hombres que hicieron el último ataque, que se habían llevad Arlene y que habían sido destruidos en las montañas por sus perseguidores. consideraba que, por lo menos, la mayor parte de todos esos atentados l habían hecho ellos.

Pero eso apenas le importaba a Joe Kenmore. No estaba inclu interesado cuando Mike Scandia, Moreau, el jefe y Haney se ofrecier entusiásticamente para salir y hacer una película tomada en una mina energía solar y destinada a una próxima emisión. Las minas eran interesant pero poco importantes. Un espejo solar concentraba el brillo de la luz astro rey en un foco y ese foco hacía que et calor subiese en aquel mism punto hasta llegar a alcanzar un volumen comparable al del mismo s

Aplicado el punto en un acantilado lunar, la luz fundiría incluso la piedra m refractaria convirtiéndola en lava. Aplicado este foco sobre una vena mineral, no sólo lo fundiría, sino que le haría hervir, vaporizándol evaporándolo. Pero, controlado el foco con propiedad, haría manar arroyuel de puro metal líquido, que se verterían en los moldes adecuados.

El proceso minero era el asunto de la emisión. Cecile, claro, aparecía en pantalla de televisión como si fuese la Luna misma. Explicaba con viveza modo en que se trabajaba a la luz del día... cuando era posible. Un gru dejaba la Ciudad en un jeep que corría lo bastante rápido a través de un cal infernal, como de un horno, hasta un lugar en sombras, en donde el jeep enfriaba. Luego otra rápida carrera a través del infierno que era la superfic lunar a la luz del Sol y así hasta llegar a la mina misma. La mina e simplemente un gran espejo solar junto a un acantilado, con un techa polvoriento para el jeep y para aquellos que trabajaban en el dicho espej Fue un espectáculo efectivo. Cecile describió el peligro y la desolaci calcinadora con estremecimientos contagiosos. Hizo evidente el porqué l hombres eran seres nocturnos en la Luna. Uno podía calentar un traje espac para defenderse del frío, pero no había modo do enfriarlo para que hombres pudiese vivir largo rato bajo el Sol.

Pero la Ciudad, en sí, desaprobó la emisión. Los refugiados que habí regresado hacía poco consideraron que debían presentarlos a todos, uno p uno, a su invisible público teleespectador que en aquellos momentos esta aguardando en tres continentes de la Tierra.

Kenmore ni siquiera asistió a la puesta en antena de la emisión; se hab sumido en una dejadez triste, peligrosamente cercana a la apatía. Cuan llegó la noticia de que la nave de la Marina había alunizado, la que se refi el mayor Gray, no sintió ninguna ilusión. Incluso las noticias de que habí preparado un jeep, equipándolo con reflectores de calor y refrigeración pa intentar hacer un viaje a la luz del día hasta la Ciudad Civil, no despertó interés.

El jefe y Moreau llegaron hasta él algo excitados. Tenían una frenéti idea de fundir una nave con metal sacado de la Luna... dirigiendo el met fundido desde la misma arena hasta un molde. Esa sería su propia nave carga. La idea era bastante práctica en sí, pero Kenmore vio el problema llevar a aquel navío hasta la Tierra. Era posible elevarlo hasta pasar el pun neutral con bastante facilidad... Pasado ese punto donde la gravedad terrest y la lunar se unen mutuamente. Entonces caería sobre la Tierra por su prop peso, Pero el aterrizaje...

Le habló a Arlene de ello, cuando, entre períodos de sueño, ella trató sacarle de su depresión.

—No es mala idea —admitió Kenmore—. Dicen que van a ver si fund una nave y luego ya descubrirán el modo de hacerla aterrizar. Claro que es el problema. Cuesta tanto combustible aterrizar con una nave co despegar. Desde la Tierra pueden dejar que los cohetes de carga se estrell

en la Luna y todo va bien. Chocan con los *«mares»* y son localizados por radar. Después un jeep sale, los recoge y los trae. Pero eso no puede hacer en la Tierra. Uno no puede dejar caer esas naves de carga de un modo segur como meteoros, en ninguna parte del planeta... A menos que se escojan l casquetes polares. Pero se necesitan tres toneladas de combustible pa aterrizar, hacer tomar tierra una tonelada de nave suavemente y esas tr toneladas tienen que ser traídas hasta aquí... Lo que hace una distancia con diez veces la circunferencia terrestre por el Ecuador. El combustible pa aterrizar una nave costaría más que el valor de dicha nave en dinero, importa de lo que estuviera hecha.

Arlene quería que Joe siguiera hablando —sin impórtale el asunto de q se trataba— más que pensando como había hecho últimamente.

—¿Y por qué no dejarlos caer entonces en los casquetes polares —di interesada—. ¿No pueden utilizarse entonces helicópteros en lugar de jee para recogerlos?

—En el Ártico, no —dijo Kenmore—. Es frágil en su mayor parte romperían el hielo y se hundirían. En la Antártida el clima es imposible; fundirían con la misma nieve caída sobre ellos y quedarían invisibles, de tod modos.

—Tiene que haber algún modo —insistió Arlene, a pesar de que no importaba en absoluto—. ¿Y el Sahara?

—Serían enterrados a sí mismos en la arena... ¡Hola! —Kenmo parpadeó y dijo con voz sorprendida—: Hay lugares en donde el océano tie una profundidad de varios kilómetros. ¡Puede diseñarse un cohete de carga. ¡Mira! ¡Podrían hacerse cohetes como novios supersónicos terrestres! ¡Dejarl caer en el océano de modo que su caída fuese registrada y arreglarlo de modo que después volviesen flotando a la superficie... Podrían también llev una emisora que diese su posición...! ¡Tengo que pensar acerca de esto!

Mostró animación por primera vez desde hacía mucho tiempo y Arle pareció fascinada mientras la veía explorar nuevos aspectos de la idea. Ent con él hasta el calculador electrónico de la colonia y soltó una exclamación admiración ante los resultados que tuvo. Metal, sacado de minas y fundido la Luna, podía ser enviado hasta el lugar en donde comenzaría a caer sobre Tierra... no todos los metales, claro. Luego hasta podría utilizarse morter posiblemente más eficientes que los cohetes para disparos en el vacío. S resistencia en el arare para...

Aún estaba sumido en mayores complejidades cuando Moreau y el jefe Haney y Mike Scandia —Mike se había unido últimamente al plan— volviero de un viaje a la mina solar.

—Podemos hacerlo —dijo Moreau con tristeza—. Nos es posible fabric la nave. Comenzamos a calcular el coste del aterrizaje y vimos que es un estupidez. Ningún navío podría costearse a sí su propio combustible.

—¿No? —preguntó Kenmore—. ¿Mirad estas cifras?

Se arrellanó y Arlene se sintió infinitamente aliviada. Se sentó mu

erguida mientras Moreau se dirigía a la cinta del computador y lue exclamaba excitado y después con los demás empezaba a discutir acerca d diseño de la nave de carga, hablando todos a la vez y alzando la v impulsados por su propio entusiasmo. El jefe sabía en dónde había cobalto cantidades fabulosas. Haney conocía la situación de una mina de estañ Había un paraje en donde se encontraba plata y metales todavía m preciosos…

Y también habían leyes —preparadas para un exhibicionismo más q para una utilidad práctica— por lo que los individuos particulares podí hacer denuncias de minas aunque fuese imposible que las pudiesen poner explotación. Los cuatro compañeros se dirigieron alegres a uno de l cubículos para completar las formalidades por las que nadie se hab molestado antes.

—Dará resultado —dijo entonces Kenmore ceñudo—. Y es una cosa t natural para la publicidad que habrá abundancia de capitalistas que quier financiarlo. Así probablemente tendré trabajo en el futuro, ayudando a dirig e1 funcionamiento de «Compañía Incorporada de Minas Lunares y otr Metales». ¿Te gusta, eh?

Pero sus ojos carecían de felicidad. Arlene le acarició la mano. No e culpa de ella, pero lamentaba verle desencantado, verle desilusionado por futuro que había planeado durante tanto tiempo.

Fue una notable coincidencia que el jeep especialmente protegido refrigerado llegase a la Ciudad antes de una hora después de la discusi .sobre las posibilidades de explotar las minas. Su viaje fue un gran adelant Tenía enormes reflectores para despedir de sí el calor del Sol. Incluso esta blindado del calor del polvo lunar sobre el que rodaba. Tenía refrigeración gran escala, pero incluso así, tuvo que detenerse varias veces para enfriars Trajo, sin embargo, a un civil llamado Thurston.

El había ido a hablar con Kenmore. Era uun hombre de tipo mimbre todavía sin acostumbrarse a la gravedad lunar. Pero hablaba con se precisión.

—Allá fuera en el Laboratorio —dijo llanamente a Kenmore cometieron un error. Loa pobres diablos estaban bajo un esfuerzo criminal eso les mató. ¿Sabe usted cómo trabajaban? Como hombres en tiempo guerra quitando espoletas a granadas, a bombas y a minas. Informaban q iban a intentar algo y después lo probaban. Si no les hacía volar en pedaz lo decían así y luego informaban que iban a hacer un nuevo experimento. es un modo de vida tranquilizador para aguantarlo meses.

—Eso es evidente, considerando lo ocurrido —asintió Kenmore.

—Habían estado desarrollando un rayo concentrado de neutron acelerados —observó Thurston. Y añadió—. Puedo decirle esto porque ust ya en realidad sabe demasiado. Podían enfocar el rayo absolutamente acelerar los neutrones hasta cualquier grado. Descubrieron que, con ba potencia, el rayo era tan denso que rompería las moléculas. ¡Bonito trabajo

sí! Luego encontraron que con focos todavía más finos y a mayor aceleracio podrían romper los átomos más pesados… del bismuto para arriba. ganancia de potencia era terrible. Pero habían controlado la fisión atómica así lo comunicaron.—¡Muy útil! —dijo Kenmore con ironía.

Quería significar, claro, que el verdadero motivo para la Ciudad y Laboratorio Espacial era que había un límite entre la cantidad de fisi atómica que podía realizarse sobre la Tierra. Esa envenenaba el aire, y des el planeta madre, hubo un tiempo que la fisión atómica controlada hubie dado ocasión para delirios y el pánico. En el Laboratorio Espacial eso no pod ocurrir.

—Muy útil —prosiguió con suavidad Thurston—. Mire, con un rayo bastante denso, la energía emitida no podría volver hacia atrás, prender fue hacia las partes de atrás, diciéndolo en palabras vulgares. La emisión, la sue de dicha energía sería direccional.

Kenmore dio un salto. La fisión atómica controlada con la energ expelida de una forma direccional resolvería muchísimos problemas. Toda e energía emitida podría ser capturada y utilizada. ¡Toda! Y en el espacio…

—Por eso hicimos un par de cohetes atómicos para probarlos —contin Thurston—. El Laboratorio iba a hacerlo. Mientras esperaban a que terminaran de fabricar los cohetes, comenzaron a imaginarse lo que ocurri si el rayo de neutrones chocaba con elementos «más *ligeros*» a la velocid necesaria para romperlos. Pero estaban bajo un esfuerzo mortal. Aquello e inhumano. ¡Era intolerable trabajar bajo aquella tensión! Así cuando llegar cifras que afirmaban que tal rayo provocaría una reacción en cadena; u reacción que destruiría el Universo… oh, no pudieron sopesarlo todo c tranquilidad. Hay una respuesta al fin de toda investigación y ellos estaban el punto de ruptura. Por lo tanto, creían en aquellos datos. ¡No pudier evitarlo!

—Pero resulta que estaban equivocados —le dijo Thurston—. No tomar en consideración la estructura de los neutrones. Se olvidaron de eso. P tanto, para remediar ese olvido he traído los cohetes. Pueden estallar, a pes de que no lo creo. Pero «sé» que no iniciarán una reacción en cadena. Pues que el Laboratorio ha desaparecido, quiero montarlos en los soportes pa cohetes de la nave que ustedes tienen aquí. La nave terrestre. Instal controles dentro y mezclarlos con cohetes normales. Utilizaríamos los cohet normales para salir de la Luna y adentrarnos bien en el espacio… pondríamos entonces en marcha la reacción que los hombres del Laborator pensaron acabaría con el Cosmos. No ocurriría eso. ¿Quiere usted pilotar e nave?

—¿Qué se cree usted que soy? —exclamó Kenmore, airado—. ¿Cuán comenzamos?

Sería sólo cuestión de horas instalar los cohetes atómicos y colocar l complejos atómicos dentro de la nave. La prueba tenía que ser hecha en u nave civil. El propósito de la Ciudad y del Laboratorio fue cumplido p

paisanos y tenía que seguir siéndolo, o habría angustia y acusaciones en
Tierra. Si el Laboratorio había sido destruido y su trabajo completado por l
militares... oh, la mayor parte del mundo acusaría a los americanos
asesinar a los genios que tanto habían descubierto. Por eso era necesario, p
cuestión política completar el trabajo a través de la Organizaci
Internacional de la Luna.

Kenmore encontró a Arlene mientras los técnicos de las bases
proyectiles se ponían a trabajar en el cohete terrestre. Ella le sonri
esperanzada.

—Hay algo...

La tomó entre sus brazos y la estrechó contra su pecho. El aspecto de
muchacha era cualquier mujer en la Luna. Kenmore comenzó a murmur
palabras casi incoherentes. Arlene se libertó del abrazo.

—Todo eso está muy bien —dijo casi sin: aliento—. Pero, ¿qué
ocurrido?

Joe logró controlarse a sí mismo. Le contó lo hablado con Thurston. El
le miró fijamente.

Entonces les interrumpió Cecile Duclos.

—¡Mi siguiente emisión! ¡Una magnífica emisión! ¡De eso tengo q
hablaros! ¡Arlene, tú irás con Kenmore y me contarás todo lo que pase y en
próxima emisión la haremos desde la nave que ha regresado y yo daré a m
teleespectadores la noticia del triunfo de la Humanidad!.

Kenmore sonrió a Arlene.

—¿Te gustaría ir en ese viaje?

—Tú vas, ¿no?

No hubo concurrencia de público para contemplar el despegue de la na
terrestre. Era media mañana en la Luna —el Sol tenía una altura de cuat
días— y la superficie del «mar» estaba ya más caliente que el agua hirviend
La luz del Sol misma tenía la virulencia del resplandor y el calor de la abier
puerta de un horno. Se podría haber cocinado allí. Por tanto estaba sólo
jeep de la base de proyectiles cerca ,con sus enormes reflectores de cal
pareciendo como la cofia de una monja, sólo que de un tamaño de do
metros de altura y con aspecto plateado. Los hombres de la base
proyectiles se retiraron dentro del jeep y Thurston ascendió por los caldead
escalones hasta la esclusa de la nave. Entró. —Arlene, una vez te di
ramillete, cuando las cosas tenían mal aspecto —dijo Mike Scandia con cier
grandilocuencia a través del intercomunicador y a la sombra del jeep—
Ahora te doy otro ramo cuando las cosas tienen un buen aspecto:
Corporación de Minería Lunar y Metales. ;Toma, de parte del Consejo
Administración!

En la sombreada zona debajo de los reflectores hubieron sólo dur

reflexiones de la incandescencia exterior. Pero Mike tendía algo con su man enmitonada. Y era increíble. En lo que Arlene había visto antes de las flor lunares y que era plata, aquel ramillete estaba hecho de oro. Era infinitamen intrincado, de delicadeza imposible, de una belleza apabullante. Mike tendía un ramito de esbeltos tallos y de ramosas hojas. Eran inexplicables e su mezcolanza. Tenían la aparente fragilidad de una telaraña, pero eran d oro, brillante, reluciente.. Como si fuesen cosas soñadas en un cuento d hadas para proporcionar un regalo inapreciable a una princesa.

—;Oh, hermosísimo! —exclamó Arlene mirándoías—. ¡Pero; Mike... n me digas que se van a desvanecer!

La voz casi se le quebró y la risita del jefe entró por los auriculares de casco.

—Discutimos acerca de esas flores lunares —dijo tranquilizador—. Tenía que ser de mercurio, claro. El vapor de mercurio producido por la luz del S en alguna especie de veta, se condensaba a la sombra en donde no podía s sólo líquido porque hacía demasiado frío. Per tanto se congelaba. Mercur congelado. Copos de mercurio. Naturalmente que se desvanecían cuand alguien se acercaba hasta el punto de calentarlo. Por eso Mike y Haney y y cuando estábamos fuera de la mina solar y hervimos agua de oro delante d un lugar sombreado para asegurarnos, lo vimos todo claro. Eso no podr ocurrir en ningún lugar excepto que tuviese baja gravedad pero... ¿verdad qu son bonitas?

—¡Son adorables! —dijo Arlene con tos ojos brillantes—. ¡Adorables!

—Para ti —dijo el jefe—, para que sea un ramo de novia cuando Joe y os juntéis en el yugo del matrimonio.

Se hizo atrás. El y Haney y Mike y Moreau contemplaron desde la somb del jeep como Arlene trepaba hasta la esclusa de aire con Kenmore muy cer de ella.

El jeep retrocedió y los cuatro hombres buscaron refugio debajo. Al po se detuvo y todos miraron hacia la alta nave terrestre, de plata brillante en u panorama de fuego, destacándose sobre un cielo negro sembrado de estrella La nave terrestre comenzó a vomitar llamas. Se levantó rápidamente hacia l estrellas.

Un largo, larguísimo tiempo después, Joe Kenmore habló con llaneza.

—Ya sabes cómo hacerlo, Arlene —dijo.

Ella asintió y puso su mano sobre las de éL La nave flotaba libr apuntando lejos de la Tierra y de la Luna. No había ningún sonido en interior. Thurston, recién llegado de la Tierra, contemplaba muy form mientras las manos de Kenmore y de Arlene manipulaban el control qu causaría la ignición de los cohetes atómicos del exterior del casco.

—¡Cinco! —comenzó Kenmore—. ¡Cuatro! ¡Tres! ¡Dos! ¡Uno! ¡Fuego!

Arlene ayudó a apretar el botón colocando hu mano sobre la de Kenmor Entonces el suave ondear cesó. Hubo una sensación de peso. De peso no mu fuerte. Kenmore oprimió más fuerte. El peso aumentó. Levantó la man

Disminuyó. Volvió a apretar y el cohete terrestre saltó hacia adelante como u caballo de carreras…

—Da resultado —dijo a Thurston. Su voz sonaba increíblemente tranqui —. ¿Cuánto combustible hay ahí?

—Unas cien horas a una gravedad —contestó, Thurston—. Claro que so cohetes pequeños. Tendremos que construir otros mayores.

—Podremos ir a Marte y volver sólo con éstos —dijo Kenmore en vo muy baja—. ¡Algún, día, de ahora en adelante, podremos llegar basta l estrellas!

—¡Pues, claro! —contestó Arlene llena de confianza

FIN

---

*[1] “píí,,pf»r,é!?sékiads” ¡Este es exactamente lo que esta escrito en el libro! (Nota del Corrector)*